

GERMÁN SALINAS



LOS
SATÍRICOS LATINOS

TOMO SEGUNDO

CUATRO REALES

F. SEMPERE Y C.^ª, EDITORES
CALLE DEL PINTOR SOROLLA, 30 Y 32
VALENCIA

LOS SATÍRICOS LATINOS

GERMÁN SALINAS

LOS SATÍRICOS LATINOS

PERSIO, SULPICIA Y JUVENAL

TOMO SEGUNDO



F. Sempere y C.^a, Editores
CALLE DEL PINTOR SOROLLA, 30 Y 32
VALENCIA

Imp. de EL PUEBLO.—Don Juan de Austria, 14, Valencia

LOS SATÍRICOS LATINOS

AULO PERSIO FLACO

Su vida

Entre las biografías de escritores latinos que la mayor parte de los críticos atribuyen á Suetonio, ha llegado hasta nosotros la de Aulo Persio Flaco, breve y compendiosa, pero bastante á informarnos de su nacimiento y su muerte, de su posición y alcurnia, de los maestros cuyas lecciones oyera en la niñez, y los que en la juventud le iniciaron en la enseñanza de la filosofía; sin echar en olvido sus nobles sentimientos, sus costumbres sin tacha, su pasión por el estudio casi rayana en el delirio, su amor á la soledad, esa eterna compañera de las almas grandes; y el cariño que profesó de por vida á su madre y hermanas; tan tierno y acendrado que no lo recuerdan mayor ni aun semejante los anales del hogar doméstico. Tanto que á juzgar bajo la fe nada sospechosa de este documento, habríamos de aclamarle el más dócil de los hijos, el más solícito de los hermanos, el más respetuoso de los discípulos y el amigo más excelente de los ami-

gos, como si el temperamento, la educación y las circunstancias se hubiesen dado la mano para formar uno de los jóvenes más simpáticos y bondadosos del que no podían elevar á la categoría de sin rival y afamado poeta.

Oigamos al biógrafo, sea como quieren unos el historiador Suetonio ó el gramático Floro, según otros pretenden.

«Aulo Persio Flaco, nacido á cuatro de Diciembre, siendo cónsules Fabio Pérsico y Lucio Vitelio, descendió al sepulcro bajo el consulado de Publio Mario y Asinio Gallo. Natural de Volaterra, pueblo de Etruria, y de la clase de caballeros, contaba entre sus deudos personajes de las más nobles familias. Sorprendióle la muerte en una de sus heredades, próxima al octavo miliario de la vía Apia. Apenas contaba seis años cuando perdió á su padre; y su madre Fulvia Sisena contrajo segundas nupcias con el caballero Fusio, enviudando á poco de su nuevo enlace. Persio Flaco estudió en Volaterra hasta cumplir los doce años, y de allí se trasladó á Roma, asistiendo á las lecciones del gramático Remio Palemón y de Virginio Flaco que le enseñó la retórica. Como dieciséis años tendría cuando trabó con Anneo Cornuto lazos de tan estrecha amistad, que ni aun la muerte pudo desatarlos. Contaba entre los amigos de su adolescencia al poeta Cesio Baso, á Calpurnio Statura, malogrado en la flor de la edad, y á Servilio Noniano, á quien amó con el afecto y reverencia de padre, Cornuto, maestro estoico que compuso tragedias y libros de filosofía, le puso en relación con su discípulo Lucano, convertido muy pronto en tan acérrimo admirador del joven poeta, que cuantas veces le oía recitar, daba rienda libre á su entusiasmo gritando que eran maravillosos sus poemas.

Más adelante conoció á Séneca, pero nunca le fué simpático. En casa de Cornuto trató igualmente á dos filósofos tan íntegros como sabios; Claudio Agatemono, médico lacedemonio, y Petronio Aristócrates de Magnesia, á quienes se propuso imitar en ciencia y virtud, tomándolos por guías sin serle en nada superiores. Los diez últimos años gozó la intimidad de Thraseas Peto, casado con su prima Arria; y en su compañía hizo frecuentes viajes. Era sobrio y honesto, de buena presencia, costumbres apacibles, vergonzoso como una doncella, y amatísimo de su madre, tía y hermanas herederas de su fortuna, que ascendía á doscientos millones de sestercios. En codicilo posterior encargóles dar á Cornuto cien mil sestercios, según unos, y según otros, veinte mil libras de plata y los setecientos volúmenes de su biblioteca. Cornuto aceptó los libros, dejando la suma á las legítimas herederas. Escribió poco y tarde, quedando su libro por terminar, y aun hubo de suprimir al final algunos versos flojos y desmayados. Cornuto hizo en él otras correcciones, y Cesio Baso lo dió á la publicidad á instancias del autor. En sus mocedades había escrito una comedia pretexta, un itinerario y algunos versos celebrando el heroísmo de Arria, que se mató para alentar á su esposo. Cornuto aconsejó á la madre del satírico, que no diese á luz estos ensayos poéticos, indignos de su talento. Al aparecer el libro de las sátiras, los lectores, entusiasmados, se arrancaban los ejemplares de las manos. Antes de cumplir los veintinueve años una enfermedad del estómago le hizo descender al sepulcro. No bien dejó de asistir á la escuela y á las lecciones de sus maestros, experimentó con gran vehemencia la necesidad de componer sátiras, arrebatado por la lectura del décimo libro de las de

Lucilio. En el prólogo del suyo comienza por burlarse de sí mismo y luego de la turbamulta de charlatanes y poetas, sin perdonar en posteriores invectivas á Nerón, contra quien asesta aquel verso:

Aurículas asini Mida rex habet.

que Cornuto enmendó de la siguiente manera:

Aurículas asini ¿quis non habet?

á fin de que Nerón no se diese por aludido».

Gracias, pues, á los datos de esta biografía y á los que sus sátiras arrojan, conocemos perfectamente su carácter personal y las ocupaciones de su laboriosa existencia. Vástago de clara estirpe, recibió desde la infancia en su país natal la educación de un cumplido caballero, continuándola en Roma bajo la disciplina de gramáticos y retóricos, que le inspiraron amor ardentísimo á las letras griegas y latinas. Merced á su posición, pudo adquirir una biblioteca selecta de filosofía, historia y literatura, de cuantos ramos merecen ocupar los ocios de un joven de talento, que deseaba conquistar la perfección por el camino de la virtud, y la virtud trabajando asiduamente en el campo de la sabiduría: aunque á decir verdad sus bienes de fortuna y su erudición pasmosa, más que á favorecer, contribuyeron á dificultar el logro de sus aspiraciones; porque si la ciencia es la hermana de la poesía, la erudición suele ser su más implacable enemiga, refrenando los arranques del genio, ó abrumándolo con una balumba de nombres, fechas, datos y sucesos que le impiden encarnar sus intuiciones en formas originales, atrevidas, palpi-

tantes y ricas de luces y colores. Y lo mismo decimos de su posición. ¡Dichoso el que como Persio no se ha visto agujoneado por la necesidad, en la de acudir á las casas de los Mecenas y los palacios de los ricos, mendigando una protección no siempre conquistada á precio de zalemas y agasajos; pero en cambio, nunca acertará á prorrumpir en las sentidas quejas de Virgilio, al verse despojado de los paternos campos, ni en las irónicas lamentaciones que al bohemio Marcial arrancaba su toga raída y miserable. Para conocer el mundo, y distinguir del falaz el amigo verdadero, y el protector desinteresado del que vende y pregona favores que nunca llega á dispensar, es necesario haber pasado por las angustias de la estrechez, las dudas sobre el pan de mañana, y el sombrío desencanto de quien sueña días de felicidad y gloria, y al despertar se encuentra en los brazos de la miseria. Acaudalado y sin ambición, ¿cómo comprender los afanes que al pobre cuesta ganarse el sustento de cada día, y asegurar el porvenir de sus hijos? Engolfado en sus graves meditaciones y lecturas, ¿cómo penetrar los móviles que impulsan la voluntad y las pasiones que ofuscan el entendimiento, sin descender á la plaza pública, y observar allí con ojo de médico experimentado las mil enfermedades del espíritu, no menos serias y peligrosas que las que acaban por destruir el organismo?

Algo semejante le sucedió con sus relaciones. La nata y flor de la ciencia, la literatura y la política le honraba y se honraba con su amistad; sin embargo, hubiéralo sido de más provecho corretear por el foro, los cuarteles, las hosterías y las tiendas de los negociantes, sin olvidar los tugurios de la prostitución; pues á veces enseñan más mundo las picardías de rufianes y mujerzuelas, que los

discretos coloquios de los sabios. No hubiese entonces escrito de memoria, ni pintado los vicios á su antojo, por conocerlos únicamente de oídas, como esos curas bonachones que sólo saben de ciertas debilidades humanas lo que el secreto de la confesión les revela. Y, cosa extraña, el desconocedor de la sociedad apasionaba á los hombres más conspicuos. Lucano se conmovía y maravillaba oyendo las máximas solemnes y las pintorescas imágenes con tanta profusión en sus versos sembradas. El gran Cornuto, el maestro estoico que emprendió el camino del destierro antes que adular á Nerón, estimaba en tanto sus bellísimas prendas, que lo consideró el único de sus alumnos capaz de hermostear y vestir con las galas de la poesía, los elevados principios de la escuela de Zenón. Su parentesco con Peto Thraseas fué la unión de dos queridos hermanos, que lloraban por la libertad enterrada en los campos de Filipos, y juntos combatían las monstruosas arbitrariedades del César, el uno atacándolas en sus sátiras y el otro en sus discursos, como dos patricios de los buenos tiempos de la república. Sólo con Séneca no llegó á simpatizar: nota discordante que enaltece la sinceridad de su carácter; porque era imposible cordialidad alguna entre el estoico de corazón y el que profesaba la doctrina sin acreditarla con el ejemplo, predicando la medianía en medio de la opulencia, y borroneando declamaciones trágicas en estilo ampuloso y altisonante, con el exclusivo objeto de sostenerse en el favor de su imperial alumno, fanático apasionado de las lecturas públicas y las representaciones teatrales. La pureza de sus amistades nos da la medida de sus afecciones domésticas que su biógrafo pone por encima de las nubes, viéndole, desde la edad más temprana, op-

tar por el alejamiento de los placeres fútiles, y gozarse en otros más puros y regalados, al calor de los brazos de su madre, en compañía de sus hermanas y en los avisos provechosos de los setecientos cuerpos de su librería.

Mas su naturaleza poco robusta por un lado y por otro el exceso de la aplicación, contribuyeron desde los más tiernos años al quebranto de su salud: agudos padecimientos de estómago le mortificaban de continuo, y le enseñaban lecciones de fortaleza contra los asaltos del dolor, tan enérgicos y repetidos, que al cabo consiguieron desabrir su carácter, transformándolo en genialidad áspera, displicente y propensa á la melancolía; á los veintiocho años la muerte vino piadosa á calmar sus dolores y á cortar las alas de su ambición, segando antes de sazónada una existencia que tan sabrosos futos prometía.

Por último, y aquí pondremos término á las observaciones que nos sugieren las noticias del biógrafo, á fin de no caminar demasiado lejos por el camino resbaladizo de la hipótesis, supo también cautivar las simpatías de sus contemporáneos con su modestia y templanza, solamente comparables con su estremada laboriosidad. Horacio pintó con su habitual maestría la fatuidad del poetastro ramplón, que asesina con sus lecturas al prójimo que tropieza en la calle, y no le deja en libertad si no satisface con elogios disparatados y estupendos su necia pedantería. Este retrato del escritor callejero no reza á buen seguro con Persio. Es verdad que la resonancia de nombres como los de Lucilio y Horacio, vibrando con fuerza en sus oídos, le resolvieron á intentar la conquista de la fama del satírico; pero la desconfianza acalló de tal suerte los gritos de la vanidad, que nadie, fuera de sus

amigos íntimos, asistió á la lectura de sus versos, y á pesar de la aprobación de Cornuto y los aplausos de Lucano, ni llegaron á ser recitados en los salones, ni vendidos en las librerías, hasta la muerte del autor. A su publicación las gentes se arrebatában el libro de las manos, lo devoraban con ansiedad y se deshacían en su alabanza.

Examinemos, pues, los méritos que lo avaloran y las circunstancias que favorecieron éxito tan asombroso, fijándonos primero en el fondo y luego en la forma con que se presenta ataviado.

El estoicismo

El mismo Persio declara paladinamente que en la doctrina de Cornuto halló el pan de su espíritu, y la luz que disipaba las sombras de su inteligencia. Era, pues, el reverso de la medalla horaciana, un sectario dispuesto á jurar sobre la palabra del maestro, dominado por esa fascinación que los genios superiores ejercen sobre las naturalezas débiles y apocadas. Así que en vez de estudiar personalmente al individuo con sus tachas buenas ó malas, estudió al hombre en general y en abstracto, tal como debe y no tal como acostumbra á ser por desgracia; en vez de trazar á su pensamiento una marcha libre y desembarazada, prefirió someterlo á las teorías estoicas; y en vez de cursar la escuela del mundo, trató de profundizarlo sin comprenderlo, por esa manía de los jóvenes aprovechados, de lanzarse á regiones ideales, donde la inteligencia se pierde y confunde, en su afán desordenado de descubrir los más recónditos arcanos.

Era el estoicismo un sistema metafísico que pretendía explicar el origen y la naturaleza del mundo, el orden establecido por los eternos decretos y los fines que la criatura racional es llamada á rea-

lizar sobre la tierra, sin detener sus investigaciones ante los umbrales de la eternidad, ni ante la esencia creadora de lo infinito. Era también una dialéctica rigurosa que trazaba reglas fijas y seguras á la razón, á fin de que no se dejara seducir por los falaces espejismos que entronizan el imperio del error en los dominios del entendimiento, y era, por último, un cuerpo de moral rígida y adusta, que convertía al hombre en un dechado de perfecciones, arrancándole de antemano las dudas que le hicieran vacilar y los afectos que pudiesen enternecerlo.

Su origen no podía ser más nobilísimo, como nacido al calor de las disputas socráticas que engendraron la doctrina varonil y robusta de Antístenes, profesada por Diógenes el Cínico con un valor rayano en la temeridad y la desvergüenza, y por el sabio Zenón, que rivalizó con los cínicos en la fortaleza del ánimo, el amor á la verdad y el menosprecio del placer, aventajándolos en el pudor y la modestia con que hizo bienquista la filosofía de cuantos la motejaban, no sin razón, por impúdica, miserable y astrosa.

Este divide la ciencia en tres partes, á saber, racional, natural ó física y moral. La racional abraza el análisis de los criterios de verdad, la demostración de la misma con pruebas sólidas é incontrovertibles, la teoría del discurso, que es una ilación de argumentos encaminados á la persuasión, y la de las voces, que expresan las ideas y afirmaciones, como signos únicos con que las revelamos á nuestros semejantes, de modo que comprende la lógica, la retórica y la gramática. En la física estudia los cuerpos, los elementos y los principios; estos últimos son dos, el paciente ó la materia y el agente ó la razón que opera sobre ella y crea de

los elementos los cuerpos finitos y perecederos, resultando un panteísmo espiritualista, donde la mente suprema, Dios, modela la primer substancia indefinida y sin cualidades, y la resuelve con formas armónicas perceptibles, en la incesante generación de los seres que animan el universo.

Su moral, «que tanta vecindad tiene con la valentía cristiana y pudiera blasonar parentesco calificado con ella, si no pecara en lo demasiado de la insensibilidad», según don Francisco de Quevedo, fué tomada del libro de Job, que debía serle conocido; pero aunque el venerando patriarca bíblico, por su resignación en los trabajos y su conformidad con los decretos divinos, aparezca un estoico tan sublime como Antístenes ó Cornuto se atrevieran á imaginarlo, es más que dudosa la paternidad que nuestro gran satírico asigna á las enseñanzas del Pórtico, con espléndida copia de citas y documentos. Según Diógenes Laercio, Zenón, en su *Tratado de la naturaleza del hombre*, sostiene que su fin es vivir conforme á la ley natural, ó sea á la virtud, y rechaza que la primera inclinación de los animales los lleve hacia el deleite, por entender que éste emana accesoriamente de la conformidad absoluta del sér con la ley que lo rige y gobierna. Y define la virtud, «una disposición del ánimo conforme á razón, y elegible por sí misma, no por algún miedo ó esperanza de bien externo, sino porque en ella se encierra la felicidad»; y así como el que tiene una virtud las tiene todas, así el que incurre en un pecado deja de obrar razonablemente, obedeciendo á sus malos instintos y colocándose fuera del corto círculo de escogidos que ponen en el bien sus últimas aspiraciones; pues si una verdad no es mayor que otra verdad, ni un error más disparatado que otro, tampoco una culpa

será mayor que otra culpa, ni digna la primera de más atroz castigo que la segunda. «Quien dista (dice) cien estadios de Canopo y quien dista uno, dejan igualmente de estar en Canopo»; luego el criminal empedernido y el delincuente de menor fuste se acarrean la misma condenación, por desoir, en su insensatez, las voces de lo justo y honrado, perdidas en el desierto de su fatal ignorancia.

Estos axiomas éticos, por lo rigurosos é inflexibles, llegaban á fraternizar con el absurdo, y no resultaban menos exagerados los que formulaban el principio de la libertad, de donde deriva como legítima consecuencia la responsabilidad de nuestros actos. El estoico sólo la concede al hombre dueño de sí mismo, que busca la sabiduría como fuente de la verdad, y la verdad como el único camino que conduce á la adquisición de la virtud.

Para el estoico el sabio es libre, bueno y feliz: hermoso, aunque le cargue una joroba el pecho y otra la espalda; rico, aunque perezca de hambre; rey, aunque gima en la servidumbre: el sabio no vacila, no duda, no se arrepiente, no se engaña, no modifica su opinión, no se conmueve con las súplicas, ni monta en cólera por las injurias recibidas: permanece insensible á los dolores y también á las alegrías del prójimo: juzga todas las faltas iguales, porque todas son hijas de la ignorancia; y en su sentir incurre en la misma pena el que sin necesidad mata un pollo y el que asesina á su semejante. El sabio es frugal en la mesa, sobrio en la bebida, enemigo del lujo y despreciador de las riquezas: es buen hijo, buen esposo, buen padre, y tan buen ciudadano, que rechaza como dones apestados los honores y soporta con impasibi-

lidad la cárcel, el destierro, la tortura y la muerte.

Esta doctrina tan enemiga de los pasatiempos frívolos y los goces del sentido no pudo asentar las bases de la regeneración de las costumbres, por su empeño de someter á principios absolutos lo vario, mudable y antojadizo de la criatura racional, convirtiéndola más que en la señora de sí misma, en un sér distinto, incapaz del error y el arrepentimiento, inaccesible á los halagos y los dolores, en un ángel, en fin, por la bondad y un héroe por la fortaleza. Y la rigidez de sus dogmas y la sequedad de sus preceptos, si formaron algunos caracteres briosos, honra de la gentilidad, retraían de sus escuelas al mayor número, entregado en cuerpo y alma á las enseñanzas de Epicuro, torcidas por una falsa interpretación, hasta confundirlas con las tolerancias disolventes del fastuoso Aristipo, que levantó un templo á la divinidad del placer, donde fué más reverenciada que los dioses todos de cuantas religiones han sido, son y serán en el transcurso de ios siglos. Pero aun concediendo de buen grado que el sabio sea el único que merezca el goce de una felicidad tan grande como su talento, no podríamos preguntar al estoico: ¿y quién es el verdadero sabio? ¿Osarías tú, que has enflaquecido á fuerza de estudios y vigiliás, engalanarte con tan pomposo título? Y si no te atreves á tanto, después que has sacrificado al deseo de distinguírte por tu saber, la salud, los placeres y las riquezas, ¿á quién lo acordaremos, seguros de no aplicarle un mote irrisorio? Y si todos somos más ó menos ignorantes, ¿no se deduce de aquí, que todos somos esclavos del error y el apetito, esos dos implacables enemigos de la verdad y la virtud? Objeciones tan sencillas quedaban sin respuesta en la escuela de Zenón, sucediendo que

el estoico viese á menudo rebatidas sus palabras por sus hechos, y que sus apetitos, sorprendiendo su conciencia dormida, le arrastrasen á cometer vituperables extravíos, y como no se le concedía medio entre ser virtuoso ó ser criminal, impotente para lo primero, acababa por lo segundo, y cogía en sus manos el cuchillo, y víctima y sacerdote á la par, sacrificaba á Júpiter libertador una existencia sin ilusiones ni esperanzas, es decir, un erial sin corrientes, árboles ni sembrados.

Y no es que Zenón profesara el derecho al suicidio, como creen muchos equivocadamente; la sobriedad y templanza que prolongaron sus días hasta la vejez, á pesar de su constitución débil y enfermiza, son pruebas fehaciente de lo contrario; mas inculcando en sus discípulos el desprecio del placer y el dolor, por el anonadamiento de la sensibilidad, ante las leyes naturales que en absoluto deben cumplirse, y enseñándoles á esperar tranquilos su última hora, cuando el temor de la muerte es lo que da mayor precio á las dichas efímeras de la vida, acabó por hacerla tan indiferente, como una cosa extraña, que no pudiese añadir ni quitar átomo á la tranquilidad del varón justo y honrado. El fanatismo sectario dedujo las consecuencias, llegando más tarde á sostener con Séneca este axioma abominable: «Poca diferencia hay de que la muerte venga á nosotros ó que nosotros vayamos á ella. A cualquier parte que mires, allí está el fin de los males. ¿Ves aquel despeñadero? Por allí se baja á la libertad. ¿Ves aquel mar, aquel río, aquel pozo? Allí, en lo hondo, habita la libertad. ¿Ves aquel árbol seco é inútil? La libertad cuelga de él. ¿Ves tu cuello, tu garganta, tu corazón? Huídas son de tu cautiverio». ¡Funesta libertad la que se compra á precio del crimen, entregando la víctima

al malhechor el hierro que facilita su perpetración!

También el cristianismo nos ordena ser perfectos como nuestro Padre, nos prescribe abrasar el egoísmo en la llama de la caridad, y nos impone el sacrificio, el ayuno y la privación; más comprendiendo los peligros que nos cercan y las caídas á que estamos expuestos, pone al lado de la culpa la redención por el arrepentimiento que cicatriza las llagas de la conciencia. La secta del Pórtico, al contrario, dejaba en el mayor abandono al individuo, en lucha con sus íntimas afecciones, en lucha con los extraños, en lucha con el poder y hasta en lucha consigo mismo, imprimiendo en sus adeptos aquel carácter áspero y taciturno, revelado por un despego tan injusto de la existencia, que con razón podría llamarse al estoicismo la moral de la muerte. De ahí que fueran tantos los suicidas de la época imperial, que ahorraban trabajo á jueces y verdugos, imponiéndose gustosos la pena con que sus perseguidores intentaban aterrorizarlos.

Catón de Utica, resuelto á no sobrevivir al eclipse de la libertad, comunica su determinación á sus hijos, deudos y amigos, que en balde procuran disuadirle de tan funesto propósito. Pide con ánimo tranquilo la espada á su siervo, y al ver que demoraba obedecerle, le abofetea con tal furor, que la sangre llegó á manchar sus vigorosas manos, y con la misma varonil energía, clavó el acero en su corazón, exclamando: «Ahora comienzo á ser dueño de mí mismo».

En recompensa de servicios extraordinarios hizo Claudio merced al opulento Asiático, de escogerse el tiempo y manera de su muerte. Instábanle sus amigos á que la hiciese lo menos dolorosa posible, pero el intrépido acusado, probándoles

que su amor á las riquezas no era tan grande que le impidiese morir como bueno, dedica el último día á sus acostumbrados ejercicios, perfuma su cuerpo con olorosas esencias, cena alegremente en compañía de sus amigos, dispone la pira donde debía ser quemado su cadáver, y advirtiendo que podría incendiar las ramás de un árbol á cuya sombra estaba colocada, ordena que la levanten en otro lugar, para que la cremación de su cuerpo no costase la vida ni á una hoja de los árboles de su huerto. La libertina Epícaris, sometida á horriblos tormentos, para que descubriese los nombres de los principales personajes comprometidos en la trama de Pisón, cierra la boca á los ayes y las delaciones, resistiendo con sobrehumana fortaleza los azotes, el fuego y la tortura, con que la despedazan sus verdugos, furiosos de verse vencidos por la resistencia de una frágil mujer; y destrozada y casi exánime, aún tiene aliento para echarse al cuello, como un dogal, la faja que ceñía su pecho, bastante más valeroso que el de los ciudadanos, caballeros y senadores que delataban cobardemente á sus mejores amigos y aun á sus padres y hermanos, en la esperanza de desarmar con tal infamia la cólera del César suspendida sobre sus cabezas. (Tácito, Anales).

La intrépida Arria, tuvo el sentimiento de ver que á su esposo Cecina, sentenciado por conspirador, faltaban los bríos en la hora del sacrificio; y enseñándole cómo deben morir los hombres, echa mano á la espada, la clava sin piedad en su pecho, la arranca después bañada en sangre, la alarga á su irresoluto esposo, y le exhorta á imitar su conducta con estas palabras: «Toma, ya lo ves, no hace ningún daño». Patricios, tribunos, caballeros, jóvenes y ancianos, niños y mujeres, pobres y

ricos, se entregaban á la muerte con un desprendimiento más bien hijo de la locura que hermano del heroísmo, en aquellos tiempos calamitosos, en que la redención, negando sus consuelos al desvalido é infortunado, lo reducía á buscar en el suicidio el único modo de aliviar la carga de sus trabajos y miserias: que cuando la esperanza del remedio se pierde en las sombras de un pesimismo triste y justificado, parece hasta cierto punto lógica la resolución de acabar el dolor con el paciente incapaz de sufrir las incesantes y furiosas embestidas de la suerte que sin descanso le persigue.

Fondo de las sátiras

Á esta escuela de la moral absoluta se afilió Persio con la intransigencia y el apasionamiento de la juventud, sin advertir que si el exceso de la credulidad conduce á la superstición, el extravío de la moral que iguala todas las culpas, arrastra al hombre á la desesperación ó lo convierte en un hipócrita solapado que oculta sus vicios bajo la máscara de la honradez. Por otra parte, convencido de no ser la suya la época de la heroida y la epopeya, determinóse á explotar los ricos filones de la sátira; pues cuando el miedo sofoca los gritos de la verdad, y los espías y delatores constituyen la salvaguardia firmísima del orden, y grandes lo mismo que pequeños celan en los más íntimos repliegues ese fatal egoísmo que es el síntoma precursor de la ruina de un pueblo, cuando yace el patriotismo relegado á las páginas de la historia, y la pasión de la libertad es sustituida por la pasión de la ganancia, y el libertinaje prostituye la inocencia, y la sepulta en el fango donde se mezclan revueltos los pestilentes humores del cuerpo social, cuando señorean el mundo amarrado á la cadena de la conquista, césares hipócritas y locos, imbéciles y desnaturalizados, y el fraude, el soborno y la

intriga alzan su frente cubierta de infamia y coronada de laureles, sólo el poema que desgarrar, tortura y descuartiza en el potro de la ironía sangrienta á los perversos y criminales, podía ceñir á las sienes del poeta la guirnalda de yedra y levantar su efigie en el templo de la inmortalidad.

Se entregó pues, en alma y cuerpo á la censura de los extravíos dominantes: pero falto de experiencia, por no haberle enriquecido la observación, con el conocimiento de las cosas pequeñas que lleva de la mano á la explicación de las grandes, no acertó con la gracia y travesura, el relieve y color que al género satírico convienen; y de aquí, que su libro resulte una serie de disertaciones filosóficas sobre la vanidad indocta, la impiedad de los votos, la perversa educación, el concepto de la libertad y los inconvenientes de la codicia y el despilfarro, más que una galería de cuadros, donde los personajes se muevan y agiten, como si la sangre circulara por sus venas, y latiese su corazón con vigorosos latidos. Su musa es la matrona de la enseñanza dogmática, no la doncella jovial y vivaracha que cautiva con sus picarescas travesuras. Le preocupa el desorden, pero mucho más la ignorancia de la filosofía y el olvido en que yacen relegados los principios de la ley moral; por esta razón grita en alta voz: «¡Jóvenes y ancianos, buscad en la filosofía de Cornuto el bien supremo y el báculo que sostenga vuestra achacosa decrepitud!

*Petite hinc, juvenesque, senesque,
Finem animo certum, miserisque viatica canis.*

Y en la sátira tercera empuña la férula, y con tono magistral exclama: «¿Adónde vas? ¿á qué blanco apuntas la flecha? ¿ó acosas los pájaros con

pedras y terrones, y vagas indiferente por donde los pies te llevan, viviendo al uso del día? Inútilmente reclama la eficacia del eleboro el enfermo con el vientre hinchado por la hidropesía. La medicina ha de tomarse á su tiempo, pues si el remedio llega tarde, la curación es desesperada, aunque se prometan montes de oro al médico Crátero. ¡Aprended, desdichados, y estudiad las leyes de la naturaleza; lo que somos y el fin para que hemos nacido, cuál es el orden regular de las cosas, adónde vamos y de dónde venimos, procurando no tropezar en la meta; cuál es la norma de la riqueza, qué mercedes se nos permite demandar, qué ventajas reporta el dinero, qué sacrificios nos impone el amor de la patria y los caros parientes, qué conducta nos manda Dios observar, y el papel respectivo que representamos en el mundo.

*«Est aliquid quo tendis, et in quod dirigis arcum:
An passim sequeris corvos testaque lutoque,
Securus quo pes ferat, atque extempore vivis?
«Helleborum frustra quum jan cutis aegra tumebit,
Poscentes videas, venienti occurrite morbo.
(Et quid opus Cratero magnos promittere montes?)
Disciteque, o miseri, et causas cognoscite rerum:
Quid sumus, et quidnam victuri gignimur: ordo
Quis datus, aut metae quam mollis flexus; et unde;
Quis modus argento; quid fas optare; quid asper
Utile nummus habet, patriae carisque propinquis
Quantum elargiri deceat; quem te deus esse
Jussit, et humana qua parte, locatus est in re.*

He aquí el colmo del saber, «aprended y estudiad», porque los males que nos afligen no tanto provienen de perversión, como del error que limita nuestros alcances; y sólo la ciencia que inves-

tiga la naturaleza del hombre, sus ulteriores destinos, sus múltiples deberes, la responsabilidad en que olvidándolos incurre, y el modo de conducirse en cualquier estado, ya en la esclavitud con Epitecto, ya en el trono con Marco Aurelio, sólo la ciencia que nos ilumina con la antorcha de lo justo y lo verdadero, es la ocupación á que debemos consagrar nuestros ardientes afanes.

En la sátira quinta acumula este montón de preguntas, á fin de convencer á su interlocutor de que no es dueño de sí mismo, ni goza los beneficios de la verdadera libertad:

«¿Dirigió la educación tus pasos por el recto camino? ¿Sabes distinguir lo verdadero de lo falso y reconocer por el sonido el oro neto y el que lleva mezcla de cobre? ¿Señalaste con tierra blanca la senda del deber y con carbón los precipicios donde la virtud se estrella? Eres templado en los deseos, sobrio en los gastos y afable con los amigos? ¿Cierres y abres tus pueras al tenor de sus necesidades? ¿Te sientes desinteresado hasta el punto de pisar en el suelo una moneda, sin bajarte á recogerla, y de repugnar la saliva de Mercurio? Pues cuando digas harto de razón «ese soy yo» entonces te concederé que seas libre y sabio por la gracia de los pretores y los dioses; pero si conservas la antigua pasta y te adhieres á los viejos hábitos y con falsas apariencias escondes una zorra astuta en el pecho doloso, verás cómo te exijo lo que te había dado, y te reduzco nuevamente á la servidumbre».

Tibi recto vivere tulo

*Ars dedit? et veri speciem dignoscere calles,
Ne qua subaerato mendosum tinniat auro?*

*Quaeque sequenda forent, quaeque evitanda vicissim,
 Illa prius creta, mox haec carbone notasti?
 Es modicus voti, presso lare, dulcis amicus?
 Jam nunc adstringas, jam nunc granaria laxes;
 Inque luto fixum possis transcendere nummum,
 Nee glutto sorbere salivam Mercurialem?
 Haec mea sunt, teneo, quum vere dixeris, esto
 Liberque ac sapiens, praetoribus ac Jove dextro.*

Doctrina á todas luces errónea. Ese no es el hombre libre, sino el ideal y perfecto que la imaginación apenas concibe, y que la realidad jamás ha producido: es el ángel que el alma enamorada de sí misma crea en sus sueños, inundándolo con el resplandor de su hermosura. Y como si no fuese bastante exagerado este concepto de la libertad, á renglón seguido condena al ignorante á fatal quietismo, porque tiene que errar forzosamente caminando sin guía por escabrosos senderos. «El ignorante peca sin darse cuenta hasta al mover los dedos de la mano».

Digitum exere, peccas

Y como todos los pecados son iguales, pues no se pesan por la relativa bondad ó malicia del agente, sino por vulnerar el código de la sabiduría, todos acarrearán la misma condenación, y marcarán en la frente del pecador el estigma del descrédito y la infamia. ¡Cuán superior discernimiento revela Horacio, al sostener que no delinque con la misma gravedad, el que coge unas coles del cercado vecino, que el ladrón nocturno que despoja los templos de los dioses; y que es una barbarie azotar despiadadamente al merecedor de leve castigo!

*Non vincet rutio hoc, tantumdem ut peccet idemque,
 Qui teneros caules alieni fregerit horti,
 Et qui nocturnus sacra divum legerit. Adsit
 Regula, paeccatis quae poenas irroget aequas,
 Nec scutica dignum horribili scetere flagello.*

Esto se llama saber distinguir la flaqueza de la perversión, y hacer posible el reinado de la virtud sobre la tierra. Sin embargo, no vaya á creerse que la cabeza de Persio necesitaba una fuerte dosis de eléboro, que le curase la manía de lo absoluto, lo perfecto, ó más bien lo imposible; incurrió, sí, en lamentables errores, merced al influjo de la escuela y al deseo ardentísimo de no desviarse del brazo derecho de la letra del filósofo de Samos (la Y); pero cuando olvida (lo que sucede rara vez) las lecciones de Cornuto, y recuerda que es un satírico, por cuyos labios apenas resbalan las sonrisas horacianas, pero cuyo pecho está enardecido por la indignación del intrépido Lucilio, y se dispara contra la sordidez de la avaricia que cierra sus manos á las necesidades de los amigos, y truena contra los déspotas y les señala la profundidad del abismo hambriento de sepultarles en sus fauces, ó contra los hipócritas que so capa de religión, intentan sobornar la justicia de los dioses con sus ofrendas, y anatematiza los desórdenes de la juventud en que la patria tenía fundadas sus esperanzas, risas sardónicas saltan de sus labios, brotan en sus ojos relámpagos de ira, su voz estalla potente y atronadora, y sus palabras, cual plomo derretido, caen sobre la frente del culpable, anonadado por las acusaciones de la propia conciencia y los violentos sarcasmos de la sátira. Véase cómo sorprende los ruegos del falso devoto que solicita de los dioses la muerte del pupilo enfermo, cuya herencia aguar-

da; el entierro del opulento tío, ó la conducción del cadáver de una tercera esposa:

«Penetra sus recónditas intenciones, y óyeles murmurar entre dientes:—¡Que tarde tanto en ver el aparatoso entierro de mi tío carnal! ¡Que la reja de mi arado no tropiece una olla repleta de monedas, por favor especial de Hércules! ¡Que no consiga borrar del libro de la vida el nombre del pupilo de quien soy próximo heredero! ¡Pobrecillo, sufre tanto de la sarna y los ataques de la bilis! Ya Nerio conduce su tercera esposa al sepulcro.—Y para santificar tales votos sumerges dos ó tres veces la cabeza en el Tíber y purgas las lubricidades cometidas la noche anterior».

*Illa sibi introrsum, et sub lingua immurmurat: «O si
Ebullit patruí praeclarum funus!» Et: «O si
Sub rastro crepet argenti mihi seria, dextro
Hercule!... Pupillumve utinam, quem proximus haeres.
Impello, expungam! namque est scabiosus, et acri
Bile tumet... Nerio jam tertia conditur uxor!»
Haec sancte ut poscas, Tiberino in gurgite mergis
Mane caput bis terque, et noctem flumine purgas*
(SÁT. II).

Por lo tétricas y vigorosas diríanse del gran Ribera las pinceladas con que retrata la crueldad del tirano, que se deleita en los suplicios, y oye, como música regalada los ayes de las víctimas mezclados con el rumor de los golpes. ¡Y qué castigo tan atroz le impone! A solas con su conciencia, roída por agudos remordimientos, contempla la imagen de la virtud radiante de hermosura, y no osa precipitarse en sus brazos; llora, gime, se retuerce, y espantado de sí mismo, busca el alivio del sueño; y las

sombras de la noche se le representan más oscuras que el fondo del abismo, adonde sus crímenes lo atraen, lo empujan y lo dejan caer desfallecido; mientras la inocente esposa duerme tranquila á su lado, ignorante de sus horribles angustias.

«¡Gran padre de los dioses, no castigues á los implacables tiranos, cuando sientan abrasadas sus entrañas por la ardiente ponzoña de la crueldad, con otro suplicio, que haciéndoles ver la virtud, con el dolor secreto de haberla abandonado! Los bramidos del toro de Sicilia, y la espada pendiente de los áureos artesones sobre las nobles cervices espantan menos que este formidable grito de la conciencia:—*Vamos, ¡ay! vamos despeñándonos á la sima*. El malvado palidece de terror ante los espectros de las víctimas, ignorados de la esposa que duerme en su lecho».

*«Magne pater divum, saevos punire tyrannos
 Hand alia ratione velis, quum dira livido
 Moverit ingenium, ferventi tincta veneno,
 Virtutem videant, intabescantque relictá.
 Anne magis Siculi genuerunt aera juvenci,
 Aut magis auratis pendens laquearibus ensis
 Purpureas subter cervices terruit: imus,
 Imus praecipitis, quam si sibi dicat, et intus
 Palleat infelix, quod proxima nesciat uxor?»*

(SÁT. III).

Aquí no se ven los miembros tostados, los cráneos rotos ni los charcos de sangre, sino algo más lúgubre y aterrador, las sierpes del remordimiento, clavando sus rabiosas mordeduras en la conciencia del culpable, aterrada por los espectros de sus víctimas inocentes.

Volviendo la hoja, nos hallamos en otro pasaje la caricatura del tacaño que, á trueque de no mermar sus caudales, se da una vida de perros, y la propina aun más arrastrada, si cabe, á sus esclavos y colonos. «¿Conoces las heredades del Vectidio?—¿De qué Vectidio, del ricachón que labra en la Sabinia campos tan extensos, que un milano no es capaz de recorrerlos volando todo el día?—De ese mismo, ese á quien aborrecen los dioses y el genio tutelar, ese, que después de la siembra, cuelga el arado en la encrucijada, y destapa á regañadientes el ánfora de lo trasañejo, mormoteando: ¡Que Dios me dé salud; ese que muerde la cebolla, compuesta con unos granos de sal, bebe las repugnantes heces de un mosto avinagrado, y oye los ruidosos palmoteos de los siervos, cuando les da una olla de puches».

*«Nostin Vectidi praedia?—Cujus?
dives arat Curibus, quantum non milvius oberret;
Hunc ais?—Hunc, dis iratis genioque sinistro,
Qui quandoque jugum pertusa ad compita figit,
Seriolae veterem metuens deradere limun,
Ingemit: Hoc vene sit! tunicatum cum sale mordens
Caepe; et, farratam pueris plaudentibus offam,
Pannosam fecem morientis sorbet aceti.»*

SÁT. IV).

A buen seguro que no oyó jamás este Vectidio los consoladores versos de la sátira sexta, que nos exhortan á secar las lágrimas y socorrer las miserias del desgraciado.

«El deber (dice) te llama. Un infeliz amigo se acoge á las rocas de Brutio, hecha astillas su nave, y sepultadas sus mercancías con sus ruegos inúti-

les en las olas del Jonio, y tendido en la playa, sin otro amparo que la compañía de los grandes dioses pintados en la popa de su nave destrozada, contempla cómo sus reliquias sirven de diversión á los cuerpos marinos. Ahora es ocasión de socorrerle, dándole un pequeño campo de cultivo, que le libre de mendigar errante con la tabla del naufragio».

*Ast vocat officium; trabe rupta, Bruttia saxa.
Prendit amicus inops, remque omnem surdaque vota
Condidit Jonio; jacet ipse in litore, et una
Ingentes de puppe dei, jamque obvia mergis
Costa ratis lacerae. Nunc et de cespite vivo
Frangit aliquid; largire inopi, ne pictus oberret
Caerulea in tabula.*

Así quiere Persio que se empleen las riquezas, no en los deleites que, pudriendo la sangre, enervan las fuerzas y corrompen los sentimientos; sino en los que nos hacen experimentar el placer de lo noble y honrado, y obtienen por recompensa, ya que no el agradecimiento del prójimo, la satisfacción del alma contenta y orgullosa de su propia dignidad y nobleza.

Estilo de Persio

Lo que principalmente deslucen las sátiras, de Persio es la obscuridad de su estilo, que sus admiradores disculpan con el miedo que le infundía la suspicacia de Nerón, enemigo rencoroso de los detractores de su fama poética y sus triunfos de artista. Esta explicación de los motivos que le hicieron velar el timbre de la voz y celar sus designios con la máscara del lenguaje, nos parece poco satisfactoria, y forzosamente hemos de buscar otras más aceptables, que descifren la clave del enigma; pues si el temor de irritar la cólera del Príncipe hubiera sido el freno que contuviese sus audacias, los versos difíciles de comprender serían sólo aquellos en que ataca la estupidez y la petulancia del César, apareciendo los demás iluminados con la luz del mediodía, que hiciera resaltar las figuras, y desprenderse, como chispas fulgurantes, las ideas al calor de la inspiración. Pues no sucede así. Persio es con frecuencia incomprensible y enigmático, lo mismo si describe que si razona, ya se aventure á picantes alusiones, ya camine á pie firme por el campo de la filosofía especulativa; luego su obscuridad no procede de causas políticas, sino de motivos personales y defectos de educación, adquiri-

dos por el estudio, y arraigados en su modo de ser con tanta fuerza como sus cualidades domésticas.

Comenzó Persio á escribir en una de esas épocas en que la ciencia, el arte, la oratoria, la poesía y las manifestaciones todas del espíritu emprenden un movimiento acelerado hacia su último fin: que es ley eterna, que los pueblos crezcan, se desarrollen y alcancen la plenitud de su vigor y pujanza, y luego, por la imposibilidad de permanecer en estado tan floreciente, se fatiguen, decaigan é inicien un movimiento de rápida declinación, igual por lo intento y sostenido al esfuerzo que los levantara á la cima de la gloria. Y lo que ocurre con el poder y la ciencia de las naciones pasa con la pureza de sus idiomas respectivos. En la infancia balbucean, como los niños, palabras torpemente unidas por los lazos de la sintaxis; en la juventud se enriquecen con los datos de la experiencia y los préstamos que reciben de pueblos de su misma sangre y estirpe, después funden los propios con los extraños elementos, los pulen, acicalan y hermocean, y comunican á la lengua tanta finura de delicadeza y elegancia, que diríase que un genio superior la adorna con las más espléndidas galas de la naturaleza, los colores más vivos del Iris y las notas más tiernas y conmovedoras que la voz arranca á las fibras del sentimiento. De allí á poco las galas se marchitan, el brillo se oscurece, la melodía se apaga; y convirtiéndose la elegancia en fastuosidad, la dulzura en ruido vano y el vigor en aspereza, recorre una pendiente resbaladiza, y se altera y corrompe, formando con sus despojos otras lenguas que ocupan su plaza, á las que están reservadas la misma fortuna y la misma inevitable desgracia.

Persio hallóse el lenguaje poético ya formado por Lucrecio, Horacio y Virgilio; y como sentía flacos sus bríos para intentar nada que excediese, ni aun igualase, el primor de estos sus poetas favoritos, resolvió, tomándolos por guías, imitarlos en sus giros, términos y conceptos; explotó sus filones, como negociante que se enriquece á la sombra de una casa opulenta, y puso la mayor solicitud en que el caudal por sus lecturas adquirido, apareciese como riqueza propia, escapando á la nota infamante del plagiario; porque como dice un insigne escritor contemporáneo, en el campo de las letras el robo es delito capital, que sólo se convierte en hazaña singularísima cuando le sigue el asesinato.

Casi con la misma osadía, pone á saco los tesoros de la lengua griega, sin apremiarle la urgente necesidad reclamada por Horacio; y echa mano de sus voces, formas y modismos, y los encaja en sus versos, elaborados como mosaicos de diferentes colores, con extraña confusión de locuciones propias y prestadas, castizas y extranjeras; de donde resulta una mescolanza de corrección y solecismo, de nobleza y vulgaridad, de plagios rebuscados y giros tan atrevidos como originales. Si á este continuo merodeo por los huertos ajenos, se añade su afán de economizar la expresión, hasta el punto de privarse de lo necesario por no aparecer redundante; su frecuente abuso de términos metafóricos inusitados, sus sentencias oscuras, como las respuestas de un oráculo, sus violentas interrupciones temeroso de que se le vaya la lengua adonde apunta la intención, sus máximas triviales revestidas de sutil refinamiento, y la frecuencia con que el apóstrofe y la exclamación detienen el curso del pensamiento, habremos de convenir en que el

estilo de Persio es bastante abonado para acreditar la constancia y terquedad de los pocos eruditos que osaron penetrar en su obscura selva con el afán de descubrir algún rayo luminoso á través del espeso ramaje que la defiende.

Asímismo el diálogo, que tan admirablemente manejó el Venusino, en sus manos es un instrumento inútil para repujar las figuras y destacarlas con su especial fisonomía. Las sátiras primera, tercera y quinta no son es realidad diálogos dramáticos ni disputas acaloradas, sino más bien coloquios entre el poeta y un interlocutor imaginario, que le contradice, y se rinde pronto de buen grado á la eficacia de sus argumentos. En ellas ni los personajes se mueven, ni se oyen sus gritos: ni se notan sus ridículos ademanes, ni revelan en los cambiantes del rostro las impresiones que los embargan. Son fórmulas de recurso, tesis, réplicas y contrarréplicas, donde el poeta hace gala de su dialéctica capaz de pulverizar los débiles reparos de un enemigo forjado al capricho, y á quien arma con armas harto inferiores á las suyas, resuelto á trabar con él un combate sin esfuerzo y alcanzar un triunfo sin gloria.

Y en prueba de que no hablamos á humo de pajas, nótese la afectación de las siguientes metáforas y expresiones: *Auriculis alienis colligis escas, os populi meruisse, reparabilis Echo, fasque animo, hoc natat in labris, curvos deprendere mores, diducit trepidas ramosa in compita mentes, depunge ubi sistam*, y otras cien humedecidas con el sudor de la frente del poeta, rendido de subir y bajar cuestas agrias y tortuosas, cuando con mejor acuerdo podía hacer un viaje descansado por el camino de la naturalidad y la llaneza.

Persio había hecho un estudio detenido y con-

cienzudo de Horacio y lo copia con tanta frecuencia, que el erudito Casaubón, no ha vacilado en declarar, que de los setecientos versos de sus sátiras, una tercera parte es propiedad legítima del amigo de Mecenas; y aunque se esfuerza por encubrir el plagio, no sobresale en las trazas del gitano del cuento, que vendía á su mismo amo tan otro y tan diferente el pollino que la noche anterior le había hurtado, que no lo conociera la madre que lo parió: pues se deja sorprender in fraganti; con el hurto en la mano, y merece justas reprimendas, más que por la gravedad del delito, por no saber, ni encubrirlo mañosamente, ni negarlo con audacia. Prueba al canto. Dice Horacio: «Casi todos los ancianos gritan que se ha perdido el pudor.

*Clamant periisse pudorem
Cuncti pene patres*

Y disfraza la idea del siguiente modo:

*Exclamet Melicerta periisse
frontem de rebus.*

«Exclamará Melicerta que se ha perdido la frente de las cosas».

La frente se toma aquí por el rostro, y éste por el rubor que lo enciende. Tropo sobre tropo, á saber, una sinécdoque de la parte por el todo, y una metonimia del continente por el contenido: en resumen, demasiado afeite para estropear un cutis terso como el mármol y blanco como la nieve.

El favorito de Mecenas exclama:

O si urnam argenti fors quae mihi monstret ut illi,

*Thesauro invento qui mercenarius agrum
Illum ipsum mercatus aravit, dives amico Hercule!...*

«¡Oh, si la casualidad me hiciera descubrir una urna llena de plata, como aquel que se encontró un tesoro, y enriquecido por favor especial de Hércules, compró en seguida el mismo campo que llevaba en arriendo».

Y el discípulo de Cornuto repite el pensamiento de la siguiente manera:

O si

*Sub rastro crepet argenti mihi seria
Dextro Hercule.*

Horacio escribe en otro lugar:

Scilicet ut possem curvo dignoscere rectum

«Para que pudiese distinguir la recta de la curva».

Y Persio lo reproduce así:

*Scis et min justum gemina suspendere lance
Ancipitis librae; rectum discernis, ubi inter
Curva subit.*

«Sabes pesar lo justo en el doble platillo de la balanza, y distingues cuándo lo recto se tuerce en dirección á lo curvo». Sabiduría que á juzgar por la muestra, no adornaba siempre al autor de versos tan ampulosos y campanudos.

Horacio dijo:

Externi ne quid valeat per leve morari

«Que ninguna cosa extraña pueda penetrar su tersa superficie».

Y Persio sutiliza el concepto hasta el extremo de querer

Ut per leve severos

Effundat junctura unguis

«Que la juntura rechace la uña severa». La metáfora horaciana es feliz y espontánea: las partes de la obra han de estar tan perfectamente unidas, que ni se descubra el artificio de la trabazón, ni quepa un alfiler entre las junturas de las diferentes piezas; pero de aquí á sostener que las junturas rechacen á las uñas, hay cien leguas de mal camino. Horacio aconseja al dramático que estudie, penetre y sienta las pasiones en toda su intensidad, si quiere hablar su lenguaje conmovedor.

Si vis me flere, dolendum est.

Primum ipsi tibi.

«Si quieres que yo lllore—exclama—has de llorar tú primero».

Véase como lo disfraza el satírico de Volaterra.

Plorabit qui me volet incurvasse querela

«Llorará quien pretenda encorvarme con su lamento». Pero no saltarán las lágrimas á quien lea semejante frialdad, que no se humedecen los ojos con retazos ajenos, frases de relumbrón y quejas

estériles, sino con versos fluidos y sonoros, bañados en el llanto de un verdadero dolor que la desgracia arranque sin piedad á las fibras delicadas del organismo, ó la compasión nos haga derramar ante el espectáculo de las amarguras enconadas contra aquellos que nos son queridos y quisiéramos ver siempre satisfechos, felices y sonrientes.

Bellezas del estilo de Persio

Si Persio merece graves admoniciones como plagiaio, como imitador de Horacio éstas se resuelven en una lluvia de alabanzas: sus epítetos muchas veces son tan selectos y expresivos, que equivalen á pinceladas de mano maestra, que precisan los contornos y ponen de relieve los objetos y las personas como si estuvieran á la vista. Fije el lector la atención en la vitalidad con que expresa el fruncimiento del entrecejo la frase *uncis naribus indulges*, la vis cómica de los calificativos *comitem horridulum*, *trita... lacerna*, dejándonos ver cómo tiembla de frío el cliente desharrapado, y el poco pelo de la túnica que su protector le regala; la intención oculta en *prece poscis emaci*, y la propiedad de *bicipiti Parnasso*, *haederae sequaces*, *dolosi... nummi* y otras no menos significativas y pintorescas que lanzan rayos de luz sobre los objetos y los destacan briosamente del lugar en que se encuentran colocados. Pues sus metáforas y comparaciones de buena ley dejan el ánimo como suspenso de puro satisfecho.

En la tercera sátira, después de comparar la gritería impertinente del mozo desidioso con los rebuznos de los jumentos de Arcadia, le exhorta á

suaavizar y pulir las asperezas de su toasco natural con el ejemplo del cántaro de tierra mal cocida, que á los golpes de la mano revela en el sonido las faltas de que adolece.

*Sonat vitium percussa maligne.
Respondet viridi non cocta fœdelia limo.*

Y á poco, valiéndose de feliz imagen, presenta al joven sepultado en el cieno de la crápula, que al oír dentro de sí los gritos de la culpa, forcejea y lucha con sus perversos hábitos, como el náufrago que en medio de las olas se fatiga vanamente por subir á la superficie, y ver la luz, y respirar el aire, y con la muerte en los labios saborear un instante la risueña esperanza de la vida.

*Et alto
Demersus summa non rursum bullit in unda.*

En la sátira quinta reprende la pereza de un mozalbeta animado para el mañana de excelentes propósitos, y con el símil del carro, cuyas ruedas posteriores jamás alcanzan á las delanteras, le incita á que se aventaje entre los primeros, si siente la generosa vergüenza de quedar rezagado entre los últimos.

*Frustra sectabere canthum
Quum rota posterior curras et in axe secundo.*

Y más adelante, convencido de que no basta libertarse temporalmente á la tiranía del error para ser libre y honrado, lo demuestra con la comparación del perro, que si rompe la cadena, arrastra un gran trozo de la misma pendiente del cuello.

*Nan et luctata canis nodum abripit, attamen illi
Quum fugit á collo trahitur pars longa catena.*

Aquí es donde prorrumpía Lucano «magnífico, soberbio», redoblando sus admiraciones al escuchar máximas y sentencias como las que siguen á continuación,

Nec te quaesiveris extra.

«No busques fuera de tí el guía de tus pasos».

*Usque adeone scire tuum nihil est
Nisi te scire hoc sciat alter?*

«¡Conque nada vale tu saber, si la gente no conoce lo que sabes!»

Ego te intus et in cute novi.

«Te conozco muy bien, por dentro y por fuera».

Ut nemo in sese tentat descendere, nemo.

«¡Que nadie, absolutamente nadie, trate de conocerse á sí mismo!»

que resplandecen en una versificación, ya que no fluida ni espontánea, como la del desterrado del Ponto, precisa y ajustada al ritmo y la cadencia, y habrás de convenir en que el estudio de Persio, aunque algo fatigoso, es trabajo de erudición muy reproductivo: así lo demuestra la fortuna con que los satíricos modernos cosecharon en sus tierras los frutos más copiosos y sazonados.

Los lectores

Dice el adagio que no hay peor cuña que la de la misma madera y Persio se encarga de no desmentirlo en el prólogo y la primera de sus sátiras, arremetiendo con los del oficio por su fatuidad, su petulancia y su afán de exhibición, y hasta por su miseria que les sirve de musa inspiradora; pues la turbamulta de cuervos y doctos papagayos, como los llama, que inundaban las plazas de Roma, llegó á ser tan numerosa y despreciable, que las personas sensatas la consideraban como una especie de epidemia, que había contagiado todas las cabezas, sin distinción de sexo ni edad. El que no recitaba, veíase obligado, ya por compromiso, ya por respeto, á escuchar los abortos poéticos de sus amigos; y no había escape, ó asesinar con sus librajos ó ser asesinado con el suplicio de cuatro horas mortales clavado en el asiento para oír los más estupendos desatinos y aplaudirlos á rabiarse, y repartir parabienes con la más placentera de las sonrisas. Los recitadores pululaban á granel por calles y plazas, salones y jardines, y como saltimbanquis de baja estofa, incapaces de ganar coronas, mendigaban aplausos, y contentos con la notoriedad, renunciaban á pisar los umbrales del templo de

y si habían de aguardar á que los libreros entregasen sus manuscritos á los amanuenses, y á que los aficionados se arrancasen las copias de las manos, como sucedió con las sátiras de Persio, ya podían esperar sentados, para mayor comodidad. A falta pues, de impresores, el autor echaba mano de sus amigos, descargando sobre ellos los primeros golpes; éstos por no eneresparle la bilis, le aplaudían á su sabor y alentado con tales sufragios se crecía desmesuradamente, y en las plazas donde bulle y se agita la multitud ociosa, en el teatro donde se congregan los tres órdenes, ó en los jardines de los magnates, buscaba triunfos más solemnes concedidos por un verdadero público, escribiendo, como se escribe para las muchedumbres, versos ya altisonantes y campanudos, ya melifluos y delicados, imágenes fastuosas, conceptos paradójicos y rasgos audaces y gigantescos al terminar el número poético, semejante al oratorio en el ritmo y la cadencia armónica y rotunda.

Entonces estallaban simultáneamente las manifestaciones de un fingido asombro: unos golpeaban el suelo con los pies, otros saltaban de su asiento, quienes palmoteaban, quienes quedaban con tanta boca abierta en señal de estupefacción, y algunos hasta dejaban correr por sus mejillas lágrimas de ternura, sobre todo si el recitante era al propio tiempo el acreedor de quien esperaban la remisión de las deudas, ó el patrono que los invitaba á sus banquetes en pago recíproco de las adulaciones con que llenaban de humo su cabeza.

A los alumnos de las letras hacían coro los hombres de Estado, por la ociosidad á que los redujo el nuevo sistema de gobierno, y á unos y otros se agregaron los negociantes, los nobles, los ricos, los magistrados y hasta los príncipes, que

entretendían sus ocios en compañía de las musas. El gran Augusto honraba con su presencia estos palenques, y más de una vez recitó ante un círculo de buenos amigos. Tiberio, á pesar de la ferocidad de su carácter las frecuentaba también por política. El estúpido Claudio abandonaba á sus libertos las riendas del gobierno, mientras escribía poemas denunciadores de su menguado numen, y el hijo de Agripina tuvo tan ciega fe en su destino, que al atravesar el acero su garganta, apenas sintió la pérdida del aliento y el trono, embargado por la inmensa amargura del artista que con su muerte iba á perder el mundo; y su reinado es un ferviente culto á la belleza de las artes, que ciñeron á sus sienes las coronas del histrión, del músico, del cantante y del poeta, y todavía no satisfecho, quiso rivalizar con los mejores en el arte de la recitación, y en los jardines de su palacio y en el teatro, á presencia del pueblo, cantó su voz divina el crepitar de las llamas que devoraban á Roma, y el dolor que convirtiera á Niobe en estatua de mármol; y ¡ay! del que no se manifestase loco de júbilo, al aparecer en la escena, que si era un pobre pelafustán, tropezaba á la salida con un soldado ó centurión que le moliese las espaldas á golpes, y si era personaje calificado, su nombre quedaba inscrito en el registro de los sospechosos, nota equivalente á una sentencia capital. Aburrido de cansancio el que más tarde fué emperador Vespasiano, durmióse tranquilamente en una de estas sesiones literarias; descuido que á no ser por los lazos de compañerismo en el libertinaje que le unían al cesáreo lector acaso le despertara de su sueño para dormir el de la eternidad.

Persio asistió no pocas veces á semejantes alardes poéticos, sorprendiendo en ellos la petulancia

del escritor, que con aire negligente y voz suave y dulzona, recitaba cuentos de la fábula que ninguna enseñanza prometían, y al ver tan rebajada la misión civilizadora del arte, protesta indignado contra su degradación, y expone á la afrenta al lector inmoral y al estúpido rebaño de sus aduladores; que no ha de andar la poesía por las esquinas de las plazas ó los salones de los príncipes, pordio-seando, como mujer entretenida, plácemes y sonrisas; sino como reina y señora ha de imponer respeto con su majestad, seducir con su hermosura, y con su armonía ablandar las peñas, detener el curso de los ríos, arrancar los árboles de su asiento, domar los instintos de las fieras salvajes, y acallar las voces del egoísmo y las malas pasiones que esparcen el terror y la muerte, cuando logran romper las cadenas á que están por la ley de la razón amarradas.

Véase cómo describe la sala donde se congregan el lector y sus alabarderos:

«Ocupas (dice) el alto asiento con el cabello perfumado, la toga blanca y reciente y en el dedo la piedra sardónica del natalicio; y después de suavizar la raspa de tu garganta con dulce jara-be empiezas la lectura acompañándola de lúbricas miradas. ¡Qué escenas y qué costumbres! Los oyentes mudos y sin átomo de pudor se estremecen con la procacidad de tus versos insinuantes, que les penetran hasta la médula de los huesos. ¡Veje te ridículo! ¿y te entretienes en deleitar los oídos de los que te cansan á fuerza de aplausos, hasta el punto de que tu vanidad sin límites, fatigada por la adulación, les imponga silencio?

Scilicet haec populo, pexusque, togaque recenti,

*Et natalitia tandem cum sardonice albus,
 Sede leges celsa, liquido cum plasmate guttur,
 Mobile collueris, patranti fructus ocello.
 Hic neque more probo videas, neque voce serena
 Ingentes trepidare Titos quum carmina lumbum
 Intran, et tremulo scalpuntur ubi intima versu.
 Tun', vetule, auriculis alienis colligis escas?
 Auriculis, quibus et dicas, cute perditus, ohe!*

(Sát. I).

Luego visita los cenadores donde á la postre se recitaba á los gastrónomos, como ahora se toma el café á fin de ayudar á la digestión, y allí escucha las descomunales lisonjas que la hartazón y la borrachera prodigan al lector favorito:

«Los descendientes de Rómulo, con el estómago harto y las copas en la mano exigen la lectura de alguna poesía interesante, y uno de los convidados, el que lleva en los hombros el capote de color jacinto, se dispone á recitar con voz gangosa y atiplada versos ramplones á las Filis y Hypsifilas, ó declama tremebundas escenas, comiéndose la mitad de las palabras. Aplauden los presentes y vociferan:—¡Dichosas las cenizas del poeta, cuán levemente oprimirá sus despojos la losa del sepulcro! Y otros convidados exclaman:—¡Qué de violetas nacerán en torno de su cadáver y de la pira donde sean quemados sus restos mortales!»

*Ecce inter pocula quaerunt
 Romulidae saturi, quid dia poemata narrent,
 Hic aliquis, cui circum fumeros hyacinthina laena est,
 Paucidulum quiddam balba de nare locutus.
 Phyllidas, Hypsipyilas, vatum et plorabile si quid
 Eliquat, et tenero supplantat verba palato.*

*Assensere viri: nunc non cinis ille poetae
Felix! nunc levior cippus non imprimat ossa!
Laudant convivae: nunc non e manibus illis,
Nunc non e tumulo fortunataque favilla
Nascentur violae!*

A pesar de tales sarcasmos, continuaron los lectores estremeciendo los postes y las columnas, por calles y plazas sonaban á todas horas canciones y elegías, y hasta en los tiempos de Domiciano era ocasión de indescriptible regocijo, entre las gentes de buen tono, el día que Estacio anunciaba la lectura de un libro de su Tebaida.

Los centuriones

Eran los centuriones mozos crudos de pelo en pecho, amantes de conquistas fáciles y ruidosas francachelas; poco inclinados á quemarse las cejas, y menos á calentarse los cascos con los problemas filosóficos para sacar lo que el negro del sermón: de su obediencia pendía la salud del imperio, y con las puntas de sus espadas forjaban á su capricho dioses y césares.

La autoridad de aquel Senado que los emisarios de Pirro confundieron con una asamblea de reyes, había pasado á sus cuarteles, donde se fraguaban las únicas conspiraciones coronadas por el éxito: gustábales vivir con rumboso boato y reirse á mandíbula batiente de los estoicos, que con la cabeza baja, la barba sin peinar, los ojos en el suelo y la toga llena de manchas y roturas, iban por las calles expuestos al ludibrio de chicuelos, cortesanas y soldados. Los filósofos por su parte, engolfados en la meditación y devotos acérrimos del éxtasis contemplativo, buscaban en la soledad y el retraimiento un bálsamo al dolor que les producía el eclipse de la libertad, el poder del Senado por tierra, la majestad del pueblo personificada en un loco, un imbécil ó un parricida, las modas ex-

tranjeras dominando las altas clases, y la ociosidad convirtiendo la plebe en abyecta chusma de parásitos y holgazanes, y la campiña de Roma en un páramo donde germinaban las semillas de la esterilidad y la muerte; y desde el pináculo de su soberbia lanzaban miradas rencorosas contra los jefes del ejército, que imponían al mundo los césa-res á su antojo, vitoreando más al que los divertía con más fastuosos espectáculos ó les daba más lucrativo congiarío. Hablar de la libertad á estos soldadotes, que por el terror dominaban al Senado y al pueblo, era cosa, en opinión del satírico, de hacerles reventar de risa y darles motivo á que jurasen, que no comprarían por un as un centón de filósofos griegos.

*Dixeris haec inter varicosos centuriones;
Continuo crassum ridet Vulfenins ingens
Et centum graecos curto centusse licetur.*

(Sát. V.)

Y en un pasaje anterior, tras larga disertación sobre los deberes que la criatura racional tiene contraídos con sus semejantes, advierte al lector que si oye sus palabras, capaces de persuadir al entendimiento más rudo, algún centurión, exclamará con insolente desprecio:

«Sé lo bastante. No pretendo ser otro Arcésilas, ni parecerme á los necios Solones, que tuercen la cabeza, y con los ojos clavados en el suelo murmuran entre dientes sus misteriosas cavilaciones; que pesan las palabras poniendo un hocico de á palmo, y se entretienen en remedar con sus dichos y hechos los delirios del calenturiento.—La nada, nada crea: nada puede volver á la nada—¿y para sacar

tan estupenda conclusión paldices en el estudio y hasta te privas de comer?

*Hic aliquis de gente hircosa centurionum
 Dicat: Quod satis est, sapio mihi, non ego curo
 Esse... quod Arcesilas aerumnosique Solones,
 Obstipo capite, et figentes lumine terram.
 Murmura quum secum, et rabiosa silentia rodunt,
 Atque exporrecto trutinantur verba labello,
 Aegroti veteris meditantés somnia: Gigni
 De nihilo nihil, in nihilum nil posse reverti.
 Hoc est quod palles! cur quis non prandeat, hoc est!...*

(Sát. III.)

Y aprovecha cuantas ocasiones se le ofrecen; y fustiga de la manera menos piadosa, á los oficiales de las legiones, por su brusca insolencia, su hedor apestoso, sus venas hinchadas, y el odio que profesaban á los filósofos, y que éstos les devolvían con creces.

Era lógica la mutua animadversión: los unos representaban el despotismo de cuartel, los otros la autoridad de la ciencia; los primeros cursaban la senda del placer; los segundos, se afanaban en pos de la sabiduría: éstos menospreciaban las riquezas, aquéllos por unos miles de sestercios elevaban á un César á la dignidad de Dios, y lo remitían al Olimpo, después de atravesarlo con sus espadas: querían restaurar los unos el poder del Senado, y los otros que no saliese de los alojamientos militares el derecho de elegir al señor del mundo, y ¡triste es confesarlo! en el punto á que habían llegado las cosas, el ideal de los filósofos era un sueño fantástico, y el proceder de los centuriones el más práctico y conveniente á la política de aquel pueblo, que unció á su carro de triunfo las

naciones, sin caer en la cuenta de que más tarde
ó temprano habría de tascar los frenos que doma-
ban la bravura y tenacidad de sus enemigos.

Avaros y disolutos

Los amantes de las musas suelen quemar poco incienso en los altares de Pluto. Si buscan las riquezas esparcidas en el seno de la Creación, es para convertirlas en inspiraciones, que cautiven con su novedad y deslumbren con su esplendor. Lo bello, lo grande y lo sublime los retrae de lo útil y positivo; y sueñan pompas y grandezas, mientras el hambre llama á las puertas de su estómago con gritos apremiantes: que así se paga el orgulloso desprecio de las riquezas, por lo común tan arraigado en los temperamentos poéticos. Uno de los cuidados para ellos más incomprensibles, es ese afán de atesorar sin descanso, como si la vida fuese eterna y crecientes hasta lo infinito sus necesidades; y Persio no se negó á la obligación que el oficio le imponía de atacar vigorosamente el amor desordenado de la ganancia, que obliga á cometer tantas bajezas á los que quieren levantar el pedestal de su orgullo sobre el cimiento de sus mal adquiridos tesoros. Bien es verdad, que al dueño de una modesta fortuna, nada le es más fácil que vivir en la medianía, y desde esta posición intermedia lanzar dardos contra la prodigalidad, que es el naufragio de las casas opulentas, y con-

tra la avaricia, que embrutece á los egoístas, abyectos y miserables. Mas el que ha visto las orejas al lobo de la miseria, y ha escuchado de cerca sus ahullidos, si no se rinde discrecionalmente al poder del dinero, llega por lo menos á comprender la decisiva influencia que ejerce en nuestros destinos, y sabe medir la enorme distancia que hay entre la miseria y un mediano bienestar, tan indispensable al ingenio que consume sus horas en proyectos de gran aliento y escasa ó negativa utilidad. En diferentes lugares se revuelve contra la codicia, la tacañería y la sed del lucro; pero nada le subleva tanto como oír las preces interesadas de los que se acercan al ara, tratando de conquistar con sacrificios la protección de los dioses. El retrato que hace del devoto venal lo demuestra cumplidamente. «Deseas con el mayor empeño aumentar la hacienda mediante el sacrificio de un toro, y conciliarte el favor de Mercurio ofreciéndole sus entrañas palpitantes.—Haz que la fortuna se me entre por casa, y que los felices partos de las ovejas prosperen mi ganado.—Mas, ¿cómo han de deferir á tu pretensión, si la llama consume tus hermosas terneras? No obstante, terco y más terco, confías vencer la resistencia de los númenes, ofreciéndoles á manos llenas entrañas y grasientos intestinos.—Ya mi campo se dilata, mi rebaño se multiplica, mi caudal aumenta... y al fin sucede que tu codicia burlada y sin esperanza suspira contemplando el fondo del arca vacía.

*Rem struere exoptas caeso bove, Mercuriumque
 Arcensis sibra: da fortunare Penates!
 Da pecus et gregibus factum!... Quo, pessime, pacto,
 Tot tibi quum in flammis junicum omenta liquescunt?
 Et tamen hic extis et opimo vincere parto*

*Intendit: jam crescit ager, jam crescit ovile,
Jam dabitur, jam, jam... donec deceptus et exspes
Nequidquam fundo suspiret nummus in imo.*

(Sát. II).

Observa que el oro ha desterrado de los templos los vasos y las reliquias del culto antiguo y exclama:

«El oro ha sustituido los vasos de Numá, el cobre de Mercurio, las urnas de las vestales y la arcilla de Toscana. ¡Almas encorvadas al suelo é ignorantes de los misterios divinos, ¿de qué os sirve introducir en los templos vuestras depravadas costumbres, y ofrecer á los númenes dones manchados por la codicia? ¡Ay! esta pasión mezcla en provecho suyo exclusivo la esencia de la canela con aceite corrompido, y tiñe los vellones de Calabria del color de la púrpura; arranca á la concha la perla nacarada, y extrae del seno de la tierra filones de hirviente metal. Peca, lo sabe y se goza en su pecado; mas vosotros, pontífices, decidme, ¿qué sacan los dioses de las riquezas? lo que saca Venus de las muñecas que las tiernas niñas le regalán.

*Aurum vasa Numae, Saturniaque impulit aera;
Vestalesque urnas, et Tuscum fictile nutat.
O curvae in terras animae, et coelestium inanes!
Quid juvat hos templis nostros immittere mores.
Et bona dis ex hac scelerata ducere pulpa?
Haec sibi corrupto casiam dissolvit olivo,
Et Calabrum coxit vitiato murice vellus:
Haec baccam conchae rasisse, et stringere venas
Ferventis massae, crudo de pulvere, jussit.
Peccat et haec, peccat; vitio tamen utitur: at vos*

*Dicite, pontifices in sacro quid facit aurum?
Nempe hoc, quod Veneri donatue a virgine pupae.*

(Sát. II).

En otro orden distinto es sobremanera chistosa la pintura del joven rico y disoluto, tendido en la cama, y aun allí rebelde á las órdenes del médico, como en salud á los consejos de la prudencia.

«Buen amigo, estás demacrado.—No es nada.—Mejor: sin embargo, cuídate, porque observo que tu dolencia se agrava á la sordina.—Pues tu rostro tampoco denota exceso de salud.—No te me la echés de tutor, hace tiempo que lo enterré y no quiero sufrir otro nuevo.—Enhorabuena, me callo. El enfermo entonces con la hartazón del estómago y el vientre descompuesto, se introduce en el baño exhalando de su boca mefíticos olores. El escalofrío le sorprende, la copa se le cae de la mano, rechinan tiritando sus dientes, y las náuseas le obligan á provocar la vianda por sus cárdenos labios. Después suena la lúgubre trompeta, las hachas se encienden, y el joven tendido en el suntuoso lecho y adobado con ricas esencias, extiende hacia el portal sus rígidas plantas, y espera la venida de los siervos ayer emancipados, que con la cabeza cubierta le conducen á la pira.

*Heus, bone, tu palles—Nihil est—Videas tamen istud,
Quidquid id est, surgit tacite tibi lutea pellis.
At tu deterins palles; ne sis mihi tutor;
Jam pridem hunc sepeli; tu restas—Perge: tacebo.
Turgidus hic epulis, atque alvo ventre, lavatur,
Gutture sulfurcas lente exalante mephites.
Sed tremor inter vina subit, calidunque triental
Excudit e manibus; dentes crepuere relecti;*

*Uncta cadunt laxis tunc pulmentaria labris.
Hinc tuba, candelae; tandemque beatulus alto
Compositus lecto, crassisque lutatus amomis,
In portam rigidos calces extendit: at illum
Hesterni, capite induto, subiere Quirites.*

(Sát. III).

Nerón

Las sátiras de Persio no reproducen el cuadro de los horrores, crímenes y felonías del César artista, que se atrajo el odio de todos los buenos patriotas y la reprobación eterna de la historia. Sus estúpidas predilecciones literarias, su ineptitud artística y sus necias lisonjas para captarse el favor del populacho, constituyen los principales cargos de la acusación con que Persio lo delata al aborrecimiento de los ciudadanos, bajo los nombres de Polidamas y Alcibiades, con motivo de la decadencia de la poesía y la fatal educación de los jóvenes llamados á regir el timón del gobierno.

Tuvo la gran fortuna de morir á tiempo, y no vió por consiguiente el cadáver de una madre, llenando de horror todos los corazones menos el del augusto parricida, ni á la infeliz Octavia acusada de adulterio por la calumnia y condenada á muerte por el mismo calumniador; ni á la interesante Popea enferma y en cinta, recibiendo un puntapié de su brutal esposo, y cayendo á sus plantas para no levantarse jamás; ni á Séneca recibiendo en pago de sus lecciones la orden del suicidio, ni á Burro en premio de sus servicios el regalo de un tósigo que le aliviase la pesadumbre que le causa-

ba la marcha de los negocios públicos, ni á Lucano reducido al silencio para que sólo la voz angélica del imperial cantante hiciese las delicias de los espectadores.

Tampoco asistió al espectáculo de los suplicios y venganzas que acompañaron al descubrimiento de la conjura de Pisón, ni al que ofrecieron los satélites del poder cuando provistos de antorchas prendían fuego á los cuarteles de Roma, á fin de que el César celebrase al compás de la lira tan espantosa catástrofe.

No le sorprendió guiando como Automedonte los carros del circo, castrando mancebos que convertía en sus esposas, y sirviendo recíprocamente en oficios mujeriles á sus libertos, y asesinando á matronas, doncellas, filósofos, poetas, maestros, centuriones, tribunos y senadores que chorreaban sangre por sus heridas y apestaban el aire con su hedor todavía menos nauseabundo que los vicios del déspota: y esto explica la aparente flojedad con que le zahiere por sus defectos de educación y el libertinaje de su mocedad, que son las manchas menos perceptibles descubiertas en el fondo de su carácter criminal.

En la primera sátira alude tres veces con gran desenfado á su necedad y petulancia. Le acusa primeramente de preferir á los suyos y de otros ingenios los versos de Labeón, ó porque su gusto poético anduviese tan pervertido como su natural, ó lo que parece más verosímil, porque lo estimase autor tan adocenado que no fuese capaz de infundirle la tristeza y la envidia que le consumía al escuchar los sinceros parabienes tributados á la gravedad de Séneca y al estro fogoso de Lucano. Después se burla irónicamente del principio de la Eneida, y pretende que no es sostenible su parangón

con los desalmados versos del imperial poeta; y por último le echa en cara su absoluta carencia de talento, y su problemática delicadeza de oídos comparables con las orejas del rey Midas.

Aurículas asini Mida rex habet.

(Sát. I).

Cornuto, hubo de suavizar este rasgo de osadía á fin de que la suspicacia de Nerón no descubriera en Midas su propio retrato, expuesto á la chacota de la muchedumbre; y la verdad sea dicha, compararle con el rey Midas era el mayor ultraje que inferirse podía al hombre que estimaba en más las coronas de yedra que las de laurel, y que se sometió de buen grado á las exigencias del arte que pretendía cultivar con aprovechamiento, como no escupir, no limpiarse el sudor con el brazo en presencia del público, dormir boca arriba y guarnecerse el pecho con láminas de plomo y tomar frecuentes vomitivos, á fin de conservar el timbre de su voz, que Suetonio gradúa de sorda y débil, y bastante poderosa, sin embargo, para que los jurados le decretasen coronas á millares, y el orbe la obedeciese sin réplica hasta en los más extravagantes delirios. Y por último, en la sátira cuarta, bajo pretexto de reprender á los jóvenes que sin los requisitos indispensables aspiran á gobernar la cosa pública, siendo incapaces de gobernarse á sí mismos y contener con el freno de la prudencia sus desbocadas pretensiones, vuela á censurarle con acritud y desdén por su ridícula petulancia, por la ampulosidad de las arengas que su maestro le componía y él declamaba ante el pueblo asombrado de su elocuencia, por los afeites que destila-

ba su cuerpo afeminado, y por su libertinaje que alentaba el poder y ofrecía al mundo espectáculos nunca vistos por el desenfreno de otras edades.

Imitadores de Persio

Las sátiras del discípulo de Cornuto son moneda de buena ley. Si fuera tan dudoso su mérito, como Nissard pretende, no hubieran llamado tan poderosamente la atención de los eruditos en las letras clásicas, ni le hubiesen creído modelo digno de imitación poetas tan exigentes como Quevedo y Boileau, que hicieron de sus obras estudio particular, y le hurtaron sus conceptos, sus giros, sus movimientos, sus caracteres, y hasta tradujeron al pie de la letra sus atrevidas locuciones. Boileau critica su obscuridad y afectación; pero encomia su frase acerada y concisa, que encierra más ideas que palabras; y como no estaba dotado de fantasía exuberante ni poderosa inventiva, penetra en el campo de los satíricos latinos como en país conquistado, y pilla de los unos y copia de los otros, y con tal de llegar á la composición de sonoros alejandrinos franceses no le importa un bledo que aparezcan enriquecidos con los retratos de Persio y Juvenal, ó con las agudezas y donaires del favorito de Mecenas.

Al primero debe trozos tan selectos, que le obligan á reconocerse su deudor, y tributarle, sin discutir sus merecimientos, inusitados elogios. Bien

es verdad que los pasajes que le imita son de lo más saliente de sus invectivas y aun así distan largo trecho de la energía y hermosura del original. Fije la atención cualquiera en el diálogo que la avaricia y el deleite sostienen con el joven perezoso é irresoluto combatido por dos enemigos tan irreconciliables, y comparándolo con la imitación de Boileau, declare con leal franqueza si ésta se acerca, iguala ó excede el mérito de aquel.

Dice así:

*Mane, piger, stertis: surge, inquit Avaritia: eia,
Surge Negas; instat: Surge, inquit.—Non queo.—Surge.
—Et quid agam?—Rogitas? Saperdas advehe Ponto,
Castoreum, stuppas, ebenum, thus, lubrica Coa;
Tolle recens primus piper e sitiente camelo;
Verte aliquid, jura.—Sed Jupiter audiet.—Eheu!
Baro, regustatum digito terebrare salinum
Contentus perages, si vivere cum Jove tendis.
Jam pueris pellem succinctus et oenophorum aptas;
Ocius ad navem: nihil obstat quin trabe vasta
Aegeum rapias, nisi solers Luxuria ante
Seductum moneat: Quo deinde, insane, ruis? quo?
Quid tibi vis? calido sub pectore mascula bilis
Intumuit, quam non exstinxerit urna cicutae?
Tan' mare transilias! tibi torta cannabe fulto
Coena sit in transtro; Veientanumque rebellum
Exhalet, rapida laesum pice, sessillis obba?
Quid petis? ut nummi, quos hic quincunce modesto
Nutrieras, pergant avido sudare deunces?
Indulge genio; carpamus dulcia; nostrum est
Quod vivis; cinis, et manes, et fabula fies.
Vive memor lethi; fugit hora: hoc quod loquor, inde est.
En quid agis? duplici in diversum scinderis hamo:
Hunc cinea, an hunc sequeris? Subeas alternus oportet
Ancipiti obsequio dominos, alternus oberres.*

horas huyen, el momento en que hablo ya es pasado. ¿Qué harás sintiéndote atraído por dos anzuelos á dos peligros diferentes? ¿picarás el uno ó el otro, ó te dejarás seducir alternativamente ya por éste, ya por aquél, sirviendo con gusto á entrambos señores? Por haber resistido alguna vez los halagos del vicio no te imagines exento de su absoluto imperio, que el perro á fuerza de tirar rompe también la cadena amarradora, mas en su fuga arrastra un gran trozo pendiente del cuello».

Véase cómo le imita Boileau:

Le sommeil sur ses yeux commence á s'épancher:
 «Debout, dit l'Avarice, il est temps de marcher!
 —Eh! laissez-moi. —Debut! — Un moment. — Tu répliques?
 —A peine le soleil fait couvrir les boutiques.
 —N'importe, lève toi. — Pour quoi faire, après tout?
 — Pour courir l'Océan de l'un á l'autre bout,
 Chercher jusqu'au Japon la porcelaine et l'ambre,
 Rapporter de Goa le poivre et le gingembre
 — Mais j'ai des biens en foule, et je puis m'en passer.
 — On n'en peut trop avoir, et pour en amasser
 Il ne faut épargner ni crime ni parjure;
 Il faut souffrir la faim et coucher sur la dure;
 Eut-on plus de trésors que n'en perdit Galet,
 N'avoir en sa maison ni meubles ni valet;
 Parmi les tas de blé, vivre de seigle et d'orge;
 De peur de perdre un liard souffrir qu'on vous égorge.
 — Et pourquoi cette épargne enfin? — L'ignores tu?
 Afin qu'un héritier, bien nourri, bien vêtu,
 Profitant d'un trésor en tes mains inutile,
 De son train quelque jour embarrasse la ville.
 — Que faire? — Il faut partir, les matelots son prêts». —
 Ou si, pour l'entraîner, l'argent manque d'attraits,
 Bientôt l'Ambition et toute son escorte
 Dans le sein du repos vient le prendre á main forte,
 (Sát. VIII).

La crítica distingue líneas más correctas y más justos colores en el original que en la imitación. ¡Cuánta viveza en *mane piger stertis*, y cuánta pesadez en *le sommeil sur ses yeux comence a s' epancher!* pues el *regustatum digito terebrare salinum* rebosa un gracejo harto superior al de los versos con que el satírico francés amplifica el pensamiento; y sobre todo la comparación que cierra el diálogo de Persio, no la admite bajo ningún concepto con el rasgo con que Boileau termina el mismo pasaje.

Este introduce la novedad de sustituir la ambición á la voluptuosidad; pero, y perdone el juicio de Nissard si invertimos sus términos, la voluptuosidad del uno es encantadora, la ambición del otro inoportuna y casi deplorable; pues el poeta latino no retrata, como el crítico francés pretende, al avaro con oídos de mercader á las voces del deleite, sino al hombre contento en la medianía, poco dispuesto á fiarse de las asechanzas de las olas, y menos á corromperse con la mentira, el perjurio y la ilícita ganancia, que al despertar se encuentra asediado por la codicia, que imprime en sus ojos soñolientos el espectro de la miseria, si no cae la pereza y no trafica y jura y miente y engaña con sus tratos leoninos; y la molicie, que bien avenida con su apático carácter, le enumera las molestias de la navegación, los peligros que han de asaltarle, las malas comidas que han de estropear su estómago, y le recuerda lo efímeras que pasan las flores de la juventud, incitándole al festín de los placeres, y á esperar tranquilo y reposado la última hora. Es más, contra lo que asegura Nissard, hemos de advertir que la codicia y la voluptuosidad son dos pasiones enemigas y rivales, no la codicia y la ambición que brotan de la misma raíz, de ese deseo febril de engrandecimiento, que

instiga á los unos á aumentar riquezas, á los otros á solicitar cargos y honores, á todos en fin á llegar, aunque por distintos caminos, al mismo término del viaje.

También reproduce en su sátira tercera el diálogo entre el joven enfermo, y el médico que está de pie á su cabecera dándole saludables consejos, por ser su dolencia de las que se curan mejor con la reforma de las costumbres que con drogas y medicinas; pero ni acierta á traducir las cómicas respuestas que el enfermo devuelve á su interlocutor, ni sabe mostrar de cuerpo presente su cadáver con los pies rígidos, *rígidos calces*, rodeándole sus siervos emancipados, que lo han de llevar en hombros á la hoguera; y es que Boileau roba á Persio, pero no lo asesina, esto es, no alcanza la gloria de que sus aciertos hagan olvidar la fuente donde los ha bebido.

No se muestra menos devoto del satírico de Volterra el polígrafo don Francisco de Quevedo, cuyo estilo grave y conceptuoso es fiel traslado de las maneras de Persio, y cuyo celo por las doctrinas estoicas llega á tal extremo, que á no educarse en los dogmas católicos, hubiérase afiliado sin duda entre los discípulos de Zenón y los sectarios de Epitecto, según se reconoce aficionadísimo á sus enseñanzas que le sirvieron de luz en sus dudas, consuelo en sus trabajos, defensa en las persecuciones y grata diversión en sus estudios. González de Salas afirma que tradujo en verso castellano la sátira segunda de Persio, que una mano inícuca y envidiosa ocultó con otros poemas al aplauso de sus admiradores; más aun faltando este documento, con sólo abrir el volumen de sus poesías, descubrimos el tenaz empeño que puso en convertir en propia substancia las máximas del

poeta latino, que parafrasea en los endecasílabos de sus invectivas y en sus sonetos llenos de gravedad y austera doctrina. Así, cuando medita sobre el consejo dirigido á los nobles para que no den lugar á las burlas que se les hace por la espalda, compone aquel soneto:

¡Oh Jano! cuya espalda la cigüeña
Nunca picó, ni las orejas blancas
Mano burlona te imitó á las ancas,
Que tus espaldas respetó la seña...

Oyele amonestarse por su arrojo en lastimar los
oídos de los príncipes con amargas verdades,

Sed quid opus teneras mordaci radere vero...

(Sát. I).

y en seguida compone este otro más solemne y
majestuoso:

Raer tiernas orejas con verdades
Mordaces, oh Licino, no es seguro;
Si desengañas vivirás obscuro,
Y escándalo serás de las ciudades.
No las hagas, ni enojas las maldades,
No murmures la dicha del perjurio,
Que si gobierna y duerme Polinuro,
Su error castigarán las tempestades.
El que piadoso desengaña amigos,
Tiene mayor peligro en su consejo
Que en su venganza el que agravio enemigos.
Por esto á la maldad y al malo dejo,
Vivamos, sin ser cómplices, testigos,
Advierta el mundo nuevo al mundo viejo.

Su enemiga declarada contra los falsarios y comediantes explica su admiración por la sátira de *bona mente*, que reprende la hipocresía y la falsa devoción; y hasta en sus coloquios particulares repetía tan á menudo aquella frase *non tu prece poscis emaci*, que discurrendo sobre ella con don Joseph Antonio González de Silva la amplificó en dos sentenciosos cuartetos, rogando á su colega terminara la composición, que por cierto no resultó tan primorosa, como si de pies á cabeza hubiera brotado de su numen reflexivo y sentencioso; pero se desquita con gallardía en el soneto que compuso sobre la pregunta *de Jove quid sentis?*, en el que Persio fulmina sus iras contra el protervo que se juzga seguro, si el rayo que la tormenta desprende, abrasa la vieja encina y perdona por entonces su casa, albergue de las mayores iniquidades; y aun lo encontramos más austero al traducir el pasaje de los votos del gastrónomo que demanda fervorosamente á los dioses la salud que sus excesos repetidos le quitan.

*Poscis opem nervis, corpusque fidele senectae
Esto age, sed grandes patinae tucetaque crassa
Annuerere his superos vetuere.*

(Sát. II).

«Que los años por tí vuelen tan leves
Pides á Dios, que el rostro sus pisadas
No sienta y á las greñas bien peinadas
No pase corva la vejez sus nieves.
Esto le pides, y borracho bebes
Las vendimias en tazas coronadas;
Y para el vientre tuyo, las manadas
Que Apulia pasta, son bocados breves,
A Dios le pides lo que tú te quitas,

La enfermedad y la vejez te tragas
Y estar de ellas exento solicitas;
Pero en rugosa piel tu deuda pagas
De las embriagueces que vomitas
Y en la salud que comilón estragas.

Juicios contradictorios sobre Persio

Si se hubiera de aquilatar el valor de las sátiras de Persio por el número de traducciones y comentarios que han hecho sudar á la prensa, ó por las disputas que la crítica ha sustentado ya en pro, ya en contra de las mismas, deberían ser puestas en muy preferente lugar. A su publicación los elogios fueron unánimes y entusiastas; mas andando el tiempo, comenzaron á señalar algunos su obscuridad desesperante, otros su árido dogmatismo, estos su desconocimiento de los vicios de sus conterráneos, y aquellos su propensión á atacarlos con máximas escolásticas, en vez de exponerlos en su desnudez á los anatemas de la justicia y la probidad; pero el haber sido tan contestada la gloria de Persio demuestra con evidencia que, si no es de los que se imponen por su indiscutable mérito, no es tampoco de los que pueden pasar ignorados en la república de las letras; pues ni se aquistan los aplausos de críticos esclarecidos sin grandes merecimientos, ni se logra poner en el potro la curiosidad de pacientes eruditos, sin estimularla con la esperanza de ricos hallazgos; en una palabra, que si Persio no es un genio excepcional, es un talento bajo muchos conceptos estimable,

que inspira la afectuosa simpatía de un compañero dulce y tierno, aunque algo melancólico y poco satisfecho de la vida, cuyos deberes creía tan difíciles de cumplir, y cuyas satisfacciones estaban en parte negadas á la singular pureza de sus costumbres.

Quintiliano dice que «aunque no escribió más que un reducido libro, conquistó mucha y legítima gloria. *Multusu et verae gloriae quanvis uno libro Persius meruit*; y Marcial sostiene que

*Saepius in libro memoratur Persius uno
Quam levis in tota Marsus Amazonide.*

«Hay más que estudiar en el librito de Persio que en todo el poema de las Amazonas de Marso».

Los padres de la Iglesia aceptan su rígida doctrina, y San Agustín entre ellos recuerda entusiasmado el lugar en que pinta la virtud fascinando los ojos del tirano en justa expiación de sus crímenes horrendos. Sidonio Apolinar y Boecio testifican la autoridad que gozaba entre las gentes de letras á principios de la Edad Media, y San Ambrosio, al contrario, interrumpe el coro de las alabanzas, pues según Baile, arrojó el libro al fuego exclamando: «Lejos de aquí ya que no quieres que se te entienda», y la misma operación hizo San Jerónimo para iluminarlo con las llamas y purgarlo de su tenebrosa obscuridad. Tarreo Hebío reconoce su erudición, mas no que su pensamiento tenga la diafanidad de los cristales de la fuente Hipocrene, y Meursio va más lejos, afirmando que no es posible entender á un escritor que no se entendía á sí mismo.

El padre Vavasseur lo declara impenetrable, y

Selis se arrima á su parecer, bien que expone las circunstancias atenuantes. Escaligero lo abruma con su desdén, y califica sus sátiras de declamaciones de pésimo gusto, hilvanadas por un estudiantón, que no tiene en la cabeza ningún conocimiento sólido, ni del mundo que le rodea, ni del hombre cuya reforma pretende; mientras que Casaubón embraza el escudo y rompe lanzas con los que intentan amenguar su fama, sacando á luz en su obsequio un comentario erudito, paciente y voluminoso: tanto, que ha motivado el que se diga con sorna de su trabajo, que la salsa vale más que los caracoles, ó lo que es igual, que la ilustración supone más que la materia ilustrada. Lope de Vega, aunque es dudoso que lo hubiera leído, se confunde entre los partidarios de la legitimidad de su fama, y Quevedo lo traduce, lo copia, lo parafrasea y lo imita en el pensamiento y el lenguaje. Heinsius no opina del mismo modo, y sostiene que Persio se pasó la vida pronunciando oráculos en el antro de Trophonius; el escéptico Baile le apellida el Licofrón latino; Dusaux lo censura aunque con la indulgencia del sabio; Perrean señala sus primores, mas no por eso echa en saco roto sus defectos; y el descontentadizo Nissard duda que hubiese llegado jamás á curarse de sus impertinentes pretensiones y de los resabios de su falsa educación. Sin embargo por encima de tan opuestos pareceres, su nombre, triunfando de las acusaciones y los siglos, viene á demostrar palmariamente que nunca el valor real se anega en las ondas del olvido por las tempestades que levantan las disputas de críticos y comentadores; y todavía hay quien consume largas vigalias por penetrar sus arcanos, quien enamorado de la precisión de su estilo lo toma por modelo, quien imita sus diálogos y sus hermosas

figuras, quien se deja cautivar por la pureza y elevación que sus versos respiran, y quien contemplando frente á frente al más monstruoso de los césares y al más ingenuo y cándido de los satíricos, se siente fortificado en la consoladora creencia de que también prosperan las semillas de la bondad y la nobleza en esas épocas de degeneración social y política, que han escrito con tintas tan negras las páginas siniestras de la historia.

Traductores de Persio

La obscuridad del libro de Persio que dificulta en grado sumo el desentrañar los conceptos, hizo indispensable la adición de las notas y comentarios que aclarasen los pasajes dudosos, y amplificaran sus frases tan extremadamente concisas que casi roban el pensamiento á la vista del lector. Después de las primeras ediciones dadas á la estampa en Roma y Brescia, allá por las postrimerías del siglo XV, salieron á luz otras con notas eruditísimas, en tan gran número, que Perreau asegura haber contado más de cincuenta comentarios, desde el de Cantalico Cloro hasta el de Koenig; siendo el más paciente y meritorio el de Isaac Casaubon, cuyas diligentes y fructuosas vigiliass dieron lugar á que se dijese que el comentario valía más que la obra comentada.

Entre los españoles que se dedicaron á la ilustración de Persio, cuéntanse el Brocense, Antonio de Lebrija y aquel Diego López que escribió la Declaración Magistral de las sátiras de Juvenal, traduciéndolas en romance palabra por palabra, más para facilitar el conocimiento, que para hacer saborear sus bellezas á los desconocedores de la

lengua del Lacio. ¡Lástima que la falta de crítica le hiciese incurrir á menudo en interpretaciones erróneas que contribuyen á obscurecer el sentido ya harto ambiguo del original! Persio fué siempre poco leído en nuestra patria. Con los dedos de la mano podrían contarse los latinistas que le conocen á fondo. En alemán, italiano é inglés, se han hecho de sus libros numerosas ediciones. En Francia pasan de veinticinco las publicadas, ya en prosa, ya en verso; más en España nunca alcanzó ni una parte de la celebridad conquistada por otros escritores latinos.

Nicolás Antonio atribuye á Bartolomé Melgarejo una traducción y comento de las sátiras, que nadie conoce por no haberse dado á la estampa, y otra á don Antonio González de Salas, igualmente desconocida; y éstas y la traducción también perdida de la sátira segunda por don Francisco de Quevedo son las únicas noticias que tenemos de versiones antiguas españolas.

Entre las modernas hemos visto con agrado la que hace algunos años editó en Méjico el profesor de gramática latina don José María Vigil que, siguiendo la correcta y escrupulosa de Perreau, tradujo en verso la sátira de *Bona Mente*, y alentado por la aprobación de los entendidos, hizo lo mismo con las restantes, «después de algún tiempo de paciente laboriosidad» como él mismo confiesa con sencillez que honra sobremanera su talento.

No se le oculta que el estilo de Persio es casi intraducible, y arduo el conato de aspirar en otro idioma á su reproducción fiel y exacta: entiende, como Perreau, que la recta interpretación de los clásicos sólo puede ser fruto de una serie de trabajos directamente enlazados con los progresos de las lenguas, y reduce sus pretensiones á traducir

con fidelidad el pensamiento del satírico conservándole su propia fisonomía.

Adviértense en ella, es verdad, versos duros y voces culteranas: así por ejemplo, en el prólogo escrito en endecasílabos, traduce el epíteto *Heliconiadas* por las «hijas de *Helicón* cuando debieran ser sus habitadoras; vuelve la frase *Pegaseium melos* por la de «*canto pegaseo*, lo cual no es sino repetirla; en la sátira primera, rimada en tercetos, abundan los ripios que quitan al diálogo la movilidad y viveza de los exámetros latinos, y dejan borroso el colorido de expresiones tan pintorescas como *Examenve improbum; in ista castiges trutina, nec scombros carmina metuentia nec thus, sartago loquendi* y otras no menos afortunadas. Tampoco atinó con el verdadero sentido de este lugar de la sátira segunda:

An, quia non, fibris ovium, Ergænnaque juvente

puesto que lo traduce:

«Tu cada ver vitando y triste Ergena
con las fibras de ovejas».

Los epítetos de *juventud detonsa* y *aire grave-doso* de la sátira tercera huelen á culteranismo, y el empleo del verbo perjurar como reflexivo en la quinta, es atentatorio á las reglas gramaticales. Aun así la labor de Vigil es digna de alabanza y de que se miren con indulgencia sus descuidos en gracia del acierto con que revela la mente del poeta en versos fáciles y castizos que tanto se aproximan á la briosa concisión de los originales.

LOS SATÍRICOS LATINOS

El fragmento de Sulpicia

La autenticidad del fragmento de Sulpicia, no ha sido como la de los versos que se atribuyen á Turno por nadie puesta en tela de juicio. ¡Fenómeno extraordinario el de una matrona de clara estirpe y talento más claro todavía, y á quien la posición debió permitir el lujo de entretener sus ocios en las gratas amenidades de las musas, que insensible á los halagos de la heroida ó la elegía, se resuelve á explorar los quebrados y difíciles pasos por donde viaja con audaz atrevimiento la poesía satírica, expuesta á resbalar y caer en el precipicio á la menor imprudencia hija del descuido ó la temeridad! Y no cabe duda que este fué el género escogido por Sulpicia, y que su cultivo le ofreció rica cosecha de frutos á creer el testimonio del tantas veces citado Marcial. En uno de sus epigramas (el XXXV del lib. X) que por su dulzura suena como el más lindo madrigal, tributa sendos homenajes á esta mujer deliciosa, que por lo visto sabía imponer á todos consideración y respeto, é infundir en el mismo grado el cariño que

sujeta las voluntades con lazos invisibles, cuando el epigramatario de Bilbilis, tan suelto de lengua y no corto de intención, olvida los chistes y equívocos dificultosos, por los términos más tiernos y delicados, al glorificarla como la prez del hogar doméstico, por reunir todas las virtudes del sexo, sin obscurecerlas con esa vulgaridad tan frecuente en la inseparable compañera del hombre. He aquí el epígrama, que mejor bautizaríamos con el nombre de himno ferviente en que la sinceridad no deja deslizar ni uno solo de los conceptos rebuscados de la galantería.

*Omnes Sulpiciam legant puellae,
Uni qui cupiunt viro placere,
Omnes Sulpiciam legant mariti,
Uni qui cupiunt placere nuptae. etc.*

«Lean á Sulpicia todas las doncellas que quieren agradar á un solo hombre, y los maridos todos que viven felices con una sola esposa; pues no pinta el furor de Medea, ni relata el abominable festín de Tiestes, ni da crédito á Escila y á Biblis; pero describe las glorias del amor casto y púdico, sus juegos y picarescas travesuras. El que la estime en lo que vale, habrá de confesar que nunca ha leído á escritora tan maligna y á la par tan decorosa. Tales creo debieron ser los juegos de la ninfa Egeria en la húmeda gruta de Numa. Si hubieses tenido ¡oh, Safo! por condiscípula ó maestra á Sulpicia, fueras más docta y más recatada también, y si el empedernido Faón os hubiera visto juntas á las dos, se hubiese enamorado de Sulpicia; aunque en balde, porque ella rehusaría el aceptar á Júpiter Tonante, á Baco y al mismo Apolo, si le habían de arrebatár á su amado Caleno».

Como se ve esta composición es una cumplida apoteosis de la fama de la escritora y la matrona fiel y pudorosa que, á la vez que escribía poemas festivos y retozones que pudiesen leer las doncellas inocentes para endulzar los tedios y hastios de su soledad, eternizaba la fe de sus amores y el nombre del esposo en quien cifraba su felicidad, iluminada por la antorcha de Himeneo: bien diferente de aquella esposa citada por Juvenal, que casó con ocho maridos en cinco años, siendo el prototipo de la degradación á que había llegado el matrimonio, mucho antes de entrar en su período agónico el imperio. Y que debía ser su honradez inmaculada y ejemplar, lo acreditan las hipérboles de Marcial, afirmando que hubiese renunciado al tálamo de Jove y los rubicundos Baco y Apolo, por no abandonar á su esposo Caleno, á quien amaba más cuanto más le conocía en las tiernas intimidades del hogar doméstico. Pero tanta dicha no puede ser perdurable en los tiempos del cesarismo, y las virtudes ajenas se cónfabularon de modo inconsciente para turbarla y desvanecerla, como á otros perdieron las propias, cuando lucían con fulgor tan intenso que irritaba la vista yerta y recelosa del déspota que á la sazón regía los destinos del mundo.

Junio Rústico proclamó en un opúsculo á Peto Thraseas y Helvidio Priscó los más virtuosos de los romanos, y esto fué bastante á que decretase su muerte aquel emperador adúltero, rapaz y supersticioso, conocido con el nombre de Domiciano. Pero no satisfecha su venganza con tan poca sangre, y recelando que en las escuelas de la sabiduría alentase aún el amor á la libertad de los buenos tiempos, dió el cobarde edicto de extrañamiento de los filósofos, que alcanzó al esposo de Sulpicia,

perteneciente á esa clase escogida de ciudadanos que estudian, piensan y discurren, cuando el Príncipe ordena obedecer, adular y prosternarse vilmente ante su divina y sacratísima imagen. Entonces el dolor de Sulpicia se desbordó en furiosas imprecaciones. Nunca es más tremenda la cólera femenina que cuando brota del amor, y ella, que no amaba, sino idolatraba á su esposo, al conocer el decreto de expulsión que dejaba triste y solitario el nido de sus amores, se revolvió como una leona contra el fautor de su desventura, y lo maldijo con la maldición más pavorosa de todas, la del inocente perseguido que atrae sobre el culpable el rayo de la justicia. No quiso desfogar su odio en los yambos ligeros y procaces de Arquiloco, ni escóger los dísticos de Ovidio y salpicarlos con las lágrimas que resbalaban por sus mejillas en el momento de desligarse de los brazos de Caleno, sino invocar la musa de la epopeya, la musa de los héroes y las batallas, los incendios y las catástrofes inauditas; porque en el edicto de proscripción de sabios y maestros, veía un cínico insulto á los timbres de Roma, ganados por el esfuerzo de las legiones, y sustentados por las artes de la paz, las enseñanzas de los doctos y la noble entereza de los legisladores.

Creyeron un día los romanos altamente depresivo el educar sus hijos en las ciudades extranjeras, ó invitaron con recompensas y alicientes á médicos, filósofos y artistas á establecerse en la Ciudad de las siete colinas, á fin de hacerla tan ilustre y respetable por la cultura y el saber, como imponente por la fuerza política y militar que se dejaba sentir en los últimos confines; y cuando habían llegado á realizar su anhelado propósito, y Roma era el cerebro del mundo y el brazo de hie-

pro que sujetaba los continentes divorciados por el mar, un monstruo coronado, un ignorante soez que despreciaba los trabajos de poetas é historiadores, y sólo por aprender vilezas y traiciones hojeaba á ratos las memorias del infame Tiberio, un mal hijo, peor hermano y padre tan desnaturalizado, que al anuncio de serlo, mataba los engendros de su virilidad con violentos abortivos que conducían al sepulcro á su Julia idolatrada, después de sacrificar muchas víctimas y adjudicarse las fortunas respectivas, temiendo, y con sobrado motivo, que no prevaleciesen los efectos de sus procripciones, mientras resonara en aulas y academias la voz austera de la verdad, expidió el orden del destierro de los filósofos, que, por su desinterés y pureza de costumbres, se le antojaban acusadores harto elocuentes de su ignorancia, su rapacidad y su brutal despotismo.

¡Lastimoso contraste! Al paso que la flor y nata de los buenos estudios y las artes liberales se dispersaba á todos los vientos, los esbirros, los sicarios y delatores se veían colmados de mercedes por aquel César de flacas piernas, vientre dilatado por los excesos del triclinio y el lecho, espaldas anchas de gañán y miraba débil, yerta y escrutadora, como si acechase el descubrimiento de sus propios vicios y maldades, en los rostros de los palaciegos hipócritas que le daban el título de Dios, y en templos y estatuas le prodigaban por burla los honores consiguientes á su celestial categoría.

Mas los anatemas de los proscriptos y las maldiciones de Sulpicia, convertidas en fatídicos vaticinios, en el único fragmento de su sátira que la antigüedad nos ha conservado, encontraron por fin resueltos á los dioses á vengar la humanidad ultrajada. Domiciano se hizo aborrecible á sus pa-

rientes, amigos y parciales que, cubriendo sus designios con el manto de la disimulación y con el celo aparente del bien público, poníanle en guardia contra personajes inofensivos, para apartar su atención de los peligrosos y resueltos á asegurar el golpe libertador, y con estos frecuentes avisos llenaron su ánimo asombradizo de los mayores sustos y congojas.

Negros presentimientos le martirizaban como verdugos implacables: los espectros ensangrentados de sus víctimas que se forjaba en los sobresaltos del remordimiento, se le aparecían en el insomnio adustos, crueles y amenazadores: la menor sospecha de infidelidad que le hiciese concebir cualquiera de sus libertos, le helaba la sangre en las venas y le hacía dictar sentencias horripilantes que, en vez de tranquilizarle, llenábanle de nuevas inquietudes y zozobras, sirviéndole los mismos medios con que pensaba sortear sus peligros, para multiplicarlos ante sus ojos desmesuradamente abiertos por el terror.

Se acordó en una de aquellas téticas horas de que su secretario Epafrodito ayudó á Nerón á clavarse el acero en la garganta, y dispuso que pagase con la cabeza la irreverencia de haber puesto las manos en la persona augusta de un emperador, aunque fuese movido á ello por lástima de su desgracia y en previsión de los ultrajes que le esperaban; y receloso de que su primo hermano Clemente, cuyos hijos había adoptado por sucesores, concibiese el propósito de sustituirle, hízole también decapitar, agotando con esta última crueldad la paciencia y el sufrimiento de todos. Entonces, como si la naturaleza tomase parte activa en la general aversión, sucedieron casos terroríficos que presagiaban próximas é inevitables catástrofes. La

tempestad se encendió en ira y con un rayo abrasó el Capitolio, con otro el templo de los Flavios, y un tercero arrancó la inscripción de su estatua triunfal, arrojándola sobre una tumba inmediata, según lo testifica Suetonio. Las respuestas de la Fortuna que siempre le fueron propicias, ahora destilaban sangre y le sumían en honda desesperación: pero lo que exaltó su miedo hasta lo indecible, fué la profecía de un astrólogo que refiriéndose á sí mismo, anunció que su cadáver sería devorado por los perros, y á pesar de las precauciones tomadas contra el infeliz, haciéndole degollar en el acto, y sepultarle sin demora á fin de que su enterramiento patentizase la impostura de su ciencia, circuló bien pronto el rumor de que una deshecha tempestad había destruido los fúnebres preparativos, y que los perros desgarraron su cuerpo medio tostado por las llamas.

A la noticia de este suceso cayó en una postración estúpida, y la víspera de su asesinato dijo que la luna iba á aparecer ensangrentada, y que se preparaba un acontecimiento de que hablarían mucho las gentes. Quiso descansar, y la excitación enfermiza de sus nervios le negó el alivio del sueño. Salta azorado del lecho, corre como un loco que quisiera huir de sí mismo, se golpea y rasca la frente y sus dedos se manchan de sangre. «¡Ojalá fuese la última!» exclama, y en aquel momento Partenio, su ayuda de cámara, le advierte que un hombre desea hablarle y comunicarle cosas muy importantes.

Era el más audaz de los conjurados que, fingiéndose delator de una sedición próxima á estallar, le entrega un papel con la lista de los supuestos conspiradores, y así que le ve abstraído en su lectura, le sepulta el acero en aquel vientre obeso

y deforme, semejante á una cloaca donde apesta-
ban todas las obscenidades é inmundicias de la
Roma imperial.

LOS SATÍRICOS LATINOS

DÉCIMO JUNIO JUVENAL

Su vida

Décimo Junio Juvenal, más afortunado que Turno y Sulpicia, ha hecho resonar su voz potente y amenazadora á través de los siglos, ha conseguido que Acrón en la antigüedad, Escalígero y Justo Lipsio en el renacimiento y nuestro Diego López en tiempos posteriores, le aclamasen con el pomposo título de príncipe de los satíricos, y que sus versos, que ya respiran el dogmatismo de un axioma moral, ya se desatan impetuosos y turbulentos como río desbordado, se estimen por datos irrecusables de la historia del pueblo rey, que hasta en su decadencia acertó á producir historiadores de la talla de Tácito y poetas como el que encabeza esta última parte de nuestro trabajo, erizada de escollos é inconvenientes por las opiniones contradictorias que se han emitido sobre el valor y la autenticidad de sus cinco libros de sátiras.

Todas se conservan íntegras, si se exceptúa la

última en parte mutilada, y cuya filiación quieren muchos que no sea la misma de las quince precedentes, y todas suministran material harto copioso á las observaciones de la crítica; mas si es grande nuestra satisfacción por haber heredado este tesoro de doctrina y poesía, es no menor el sentimiento de que los amigos del gran satírico no se tomasen la molestia de consignar los hechos principales de su existencia y darnos su vera efigie individual y artística, para ver si correspondía exactamente con la que de un modo vago é indefinido nos hace fantasear la lectura de sus invectivas. Este sentimiento es natural y justificado. Después de conocer al autor, por el interés que despierta en nosotros, deseamos conocer al hombre, y armonizar su carácter con su obra, sus actos con sus palabras; y cuando se trata de un genio de tanta fuerza, osadía y arrogancia, quisiéramos escudriñar sus más ocultos afectos, y darnos cuenta cumplida de la relación íntima entre el autor y su producción literaria, ya que ésta en último término sólo es un hecho, aunque público y notorio, y al que á veces se liga la existencia entera de quien lo realiza.

Lo poco que de Juvenal sabemos, en parte se debe á las noticias, bien escasas por cierto, que de sí mismo nos comunica, en parte á los gramáticos y escoliastas, no siempre conformes en sus aseveraciones fundadas en rumores tradicionales tan opuestos y poco autorizados, que preferimos en ocasiones renunciar á la verdad, á pretender encontrarla caminando ciegamente por las sombras.

Al fin de la sátira tercera, de la que hablaremos después, su amigo Umbricio, dispuesto á emigrar de Roma, se despide con estas palabras que no dejan duda acerca de la patria del poeta:

*Ergo vale nostri memor, et quoties te
Roma tuo re, ci properantem reddet Aquino
Me quoque ad Helvinam Cererem vestramque Dianam
Converte á Cumis*

«Pásalo bien y acuérdate de mí, y cuando salgas de Roma á reponer tus fuerzas en Aquino, tu pueblo natal, avísame, y desde Cumas iré á sacrificar en tu compañía á Diana y la Helvina Ceres».

Y en el verso quince y siguientes de la sátira, queriendo demostrar, con su ironía acostumbrada, que no le faltaban los títulos ni las dotes que deben adornar á quien intente no confundirse con la nube de fastidiosos moscardones que zumbaban sus ingratos versos en los oídos de los ciudadanos pacíficos, sin duda con el objeto de hacerles aborrecibles los benéficos dones de las musas, declara que él también había sometido en la niñez la mano á la férula del maestro, y en la adolescencia se había ejercitado en la declamación, aconsejando al dictador Sila retirarse á descansar en la vida privada.

*Et nos ergo manum ferulae subduximus, et nos
Consilium dedimus Sullae, privatus ut altum dormiret.*

Ya veremos á su debida sazón el influjo decisivo que estas aficiones oratorias ejercieron sobre su numen, influjo más pernicioso que favorable, como todo ejercicio que fía á la habilidad del procedimiento lo que sólo puede alcanzar la viveza del ingenio, la amplitud y rapidez de la comprensión y el calor del alma encendido al contacto de las grandes acciones, que enardecen y arrebatan hasta el delirio á los apasionados de la verdadera grandeza.

El año de su nacimiento no es fácil determinar con exactitud matemática; pues mientras alguien lo pone en el cuarenta y dos, Borguesi lo fija en el cuarenta y siete; mas todos los testimonios convienen en que vivió la luz antes de promediar el primer siglo de la Era, y prolongó sus días hasta la edad avanzada de los ochenta ú ochenta y dos años, porque en la sátira décima quinta nombra expresamente al cónsul Lunco, que ejerció su magistratura en ciento veintisiete d. d. J. C.

Que visitó el Egipto, parece indicarlo el verso cuarenta y cinco de la misma, donde habla como testigo ocular *quantum ipse notavi* de la refinada lujuria y espantosa ferocidad del pueblo de Canopo; si bien de aquí no se deduce forzosamente que muriese en dicha región, ni que fuera el lugar á donde salió desterrado, en castigo de algún atrevimiento poético con que desahogó su cólera contra el omnipotente favorito del emperador; y aunque este destierro sea casi unánimemente aceptado por críticos y escoliastas, ni de las palabras del poeta, ni de las noticias de sus biógrafos, se desprende tan claramente que hayamos de aceptarlo como si estuviese fuera de toda controversia.

Aquella lacónica relación de la vida de Juvenal que con el nombre de Probo publicó Jorge Valla en su edición de Venecia, y que muchos códices reproducen adicionada con escolios, en parte conformes entre sí, en parte discordantes y opuestos, hasta el punto de hacer poco segura si no imposible una convicción decisiva, es el único guía que puede encaminar nuestros pasos; y allí y en las noticias más recientes, y por ende menos autorizadas, sólo consta que Juvenal, por haber suscitado el enojo del emperador (no cita el nombre) con la publicidad de algunos versos epigramáticos ó satí-

ricos, fué nombrado prefecto de una cohorte, y con este honor aparente desterrado á los últimos confines del imperio.

Es asimismo acreditada creencia que tan dura determinación la motivaron los versos de la sátira séptima contra el pantomimo Paris, el cual, por favor de la emperatriz Domicia, llegó á gozar el más omnímodo del caviloso y suspicaz Domiciano, tanto, que Sidonio Apolinar llama á nuestro poeta el desterrado por la cólera de un histrión.

Los versos son los siguientes:

*Quod non dant proceres, dabit histrio. Tu Camerinos
Et Baream, tu nobilitum magna atria curas
Praefectos Pelopea fecit, Philomela tribunos.*

«Lo que no dan los próceres lo da un pantomimo. ¿Y seguirás pisando los atrios suntuosos de Bareas, los Camerinos y otros nobles? La representación de Pelope valió á unos la prefectura, á otros la de Filomela el tribunado».

Esta invectiva sólo es aplicable con verosimilitud al pantomimo Paris, gran favorito de Domiciano, que repartía honores y nombramientos á su antojo, y llegó á dominar en palacio y á conseguir que la emperatriz Domicia, la hija del heroico Corbulón, se liase con él en relaciones adúlteras, que llegaron bien pronto á los oídos del esposo ultrajado, quien en el paroxismo de su furor, mandó asesinar en la calle al cínico y audaz histrión; y hubiera hecho lo mismo con su ingrata esposa, si las persuasiones eficaces y reiteradas de su liberto Flavio Urso no desarmaran su cólera suspendida sobre la frente de la culpable. La prueba más convincente del ciego amor que le profesaba, fué el

contentarse con alejarla de su presencia, perdonándola luego y llamándola nuevamente á su lado, como si le fuera imposible vivir separado de esta mujer encantadora y funesta, que más tarde le pagó el perdón de sus liviandades, entendiéndose con los conjurados que habían de libertar de un monstruo la tierra, y á una mujer infiel de su esposo aborrecido.

Aunque esta suposición parece tan verosímil, los gramáticos no están de acuerdo acerca del emperador que desterró á Juvenal ni acerca del punto de su destierro. La opinión más generalizada señala el país del Nilo; pero unos lo relegan á la ciudad de Hoasis en el alto Egipto, otros como Suidas y el cronógrafo Malala le conducen á la Pentápolis en Libia; y tampoco faltan quienes rechacen semejantes versiones, y con visos de probabilidad pretendan que fué nombrado prefecto de una de las cohortes estacionadas en las fronteras de la Escocia.

Iguales disentimientos al precisar el nombre del Cesar que le impuso este castigo, y al fijar la duración del tiempo que estuvo proscrito, así como el sitio y la causa de su muerte; pues en tanto que algunos le dejen morir lejos de la patria consumido por la nostalgia, sostienen los más que volvió á Roma, y que la pesadumbre de no ver en ella á su caro Marcial, puso fin á sus años, que pasaron de los ochenta. En este punto de su longevidad convienen de tal modo, según Carlos Federico Hermann, los cálculos de los escoliastas y anotadores, que podemos dejar por definitivamente asentado que falleció ya octogenario. Ahora bien, como el mismo sagaz erudito discurre, es muy extraño que un hombre de edad tan avanzada, pues vió las postrimerías del emperador Adriano, (si no

prolongamos su existencia hasta Antonio Pío), que no había servido jamás en las filas de las legiones, recibiese el mando de una cohorte en los últimos confines del imperio, los más peligrosos y de mayor responsabilidad, por lo mismo que tenían enfrente los pueblos más indómitos y feroces; por esta razón creemos que la época del destierro debe referirse al emperador Domiciano con quien convienen los conceptos satíricos del poeta sobre el valimiento desvergonzado de París; porque este príncipe había de guardar vivísimo resentimiento contra los que le recordasen su debilidad de engrandecer á un joven acanallado, que osó mancillar el tálamo de la esposa á quien tan ciega y perdidamente idolatraba. Es más, aquel desengaño produjo tan desastroso efecto en su carácter sombrío y ceñudo, que desde entonces su cavilosa suspicacia comenzó á recelar traiciones y ocultas asechanzas en sus palaciegos, amigos y parientes, y á revelar su absoluto desprecio por la humanidad, á la que infligió horripilantes suplicios con la misma indiferencia con que se entretenía á solas en su gabinete, atravesando con la punta de un alfiler las moscas que tenían la desgracia de volar cerca de su augusta persona.

No murió Juvenal en tierra extraña, aunque esta fuese la intención de sus perseguidores, y lo prueba el epigrama décimo octavo del libro XII del viejo Marcial, quien desde Bibilis le escribía, dándole cuenta de las ocupaciones agrícolas que entretenían sus horas, y le compensaban de los treinta años de fatigas pasados en Roma, tras la conquista de un nombre y un pedazo de pan, logrando con más facilidad el primero, por su ingenio fácil y desenvuelto, que el segundo, á pesar de las lisonjas prodigadas sin tasa á magnates y emperadores.

En este epigrama se supone á Juvenal distraído por el alegre y bullicioso barrio de Suburra, trepando por la colina donde se alzaba el templo de Diana, ó fatigándose por las cuestas de los Celios, el mayor y el menor, y haciéndose aire con el extremo de la toga, para respirar de la sofocación que le producía su carrera precipitada y afanosa. Volvió en nuestra opinión á pisar las calles de Roma, gracias á la amnistía con que los nuevos príncipes Nerva y Trajano anunciaron el fin de las persecuciones políticas, y que se inauguraba una era de justicia y libertad que abría las puertas de Italia á cuantos suspiraban por ella desde remotas tierras, y volvió á sus ocupaciones habituales de cortesano elegante y espiritual que se complace en las fiestas y espectáculos, en los centros donde se reúne la multitud ociosa y en frecuentar los atrios mármoreos de los potentados, que no siempre correspondieron como debían á sus deferentes atenciones, si son justas las quejas amargas de la sátira séptima y otras que luego hemos de examinar detenidamente.

¿Fué el Egipto el punto de su destierro? Así se ha creído y sigue creyéndose por muchos todavía; pero los últimos versos de la sátira segunda que cantan el poder militar de los romanos extendido hasta la Juverna, las Orcadas y la Bretaña donde son tan cortas las noches, diéron pábulo á la sospecha de ser alguno de estos países el verdadero de su expatriación. En una lápida descubierta en Aquino y descifrada por el gran epigrafista é historiador alemán Teodoro Mommsen, consta el nombre de Juvenal como sacerdote del divino Vespasiano y tribuno de la cohorte primera de los Delmatas; por consiguiente, precisando el destino de dicha cohorte quedan desvanecidas de un golpe

las dudas, incertidumbres y vacilaciones sobre punto de tal importancia. Y los diplomas atestiguan que aquella servía en la Bretaña, y la historia nos recuerda que, durante el gobierno de Domiciano, las legiones de Agrícola sostuvieron rudos choques con los escotos por el año ochenta y cuatro de la era cristiana, y así es muy probable que allí fuera destinado Juvenal, con la intención de que pereciese, ó por el rigor de clima ó por el hierro de los bárbaros.

Aceptando estas conclusiones, dice Hermann, hay que separar por un gran lapso de tiempo la época de su destierro á la Escocia, de su muerte en no sabemos qué lugar acaecida: la primera debió sorprenderle á los cuarenta cumplidos, y la última apagó su varonil y robusto aliento siendo ya octogenario: de aquí también que no parezca aventurado suponer que sus cinco libros de sátiras fuesen escritos y publicados á la vuelta de su forzosa emigración, siquiera el pensamiento de trocar el arte declamatorio y sus falsos oropeles por el cultivo de la sátira, siguiendo los pasos del ardoroso Lucilio, lo hubiese acariciado en su juventud, y después lo madurase en suelo extranjero, resuelto á dar un empleo más noble á sus facultades, haciendo frente al tropel de crímenes, escándalos y monstruosidades que amenazaban destruir el pueblo de Quirino, sin que sus enemigos tuviesen que desenvainar la espada para verter una sangre que en su propia podredumbre llevaba los gérmenes que habían de parar bien pronto los latidos del corazón.

Y es un fenómeno curioso que la vocación poética revelada casi siempre en la adolescencia y á veces en los albores de la niñez, tardara tanto á declararse en nuestro satírico, á quien la necesidad ni la obligación impidieron realizar en sus juveni-

les años la empresa que había de inmortalizarle. Su posición, como hijo natural ó adoptivo de un libertor rico, le consentía el lujo de vivir en Roma, visitar las casas de los próceres, y dedicarse á los ejercicios retóricos, en los que sobresalió por su rara facundia, sin pretender el lucro del capital que representaba su trabajo, emprendido por gala y fantasía de la mocedad más que por alcanzar un nombre en el foro que le permitiese vivir á costa de sus infelices y atribulados clientes. Lucilio, Horacio y Persio no aguardaron á que el bozo les advirtiera que pronto serían hombres hechos y derechos, y á que la experiencia les iniciase en los secretos del arte, para lanzar á la publicidad sus sátiras, el uno joviales, francas y atrevidas, como convenían á un soldado; el otro caprichosas, malignas y punzantes, pero contenidas en los límites de la prudencia, como escritas por un cortesano; y el tercero graves, serias y melancólicas, porque así respondían á su humor y á la educación recibida de su madre y su maestro Cornuto. Es tanto más inexplicable esta apatía y lentitud en darse á conocer como rival de tan eximios antecesores, cuanto que nunca fué un anacoreta del yermo ó un joven misántropo y frailuno como Persio, sino uno de los mil que aspiraban á la reputación, bullían en la sociedad aristocrática, indulgente y pecadora en el mismo grado, frecuentaban el barrio de Suburra, exposición permanente de gentiles cortesaninas y mozos bulliciosos y calaveras, y no se desdaban de asistir á los convites de los ricachones, en alguno de los cuales hubo de advertir la desconsideración y altivez de mal género con que los clientes eran tratados por los soberbios esclavos de la opulenta mansión. Y si pudo en este continuo tráfigo faltarle espacio, de seguro que no le falta-

ron ocasiones de acreditar su talento observador, y aderezar los resultados de su análisis crudo é implacable con epigramas incisivos y rasgos cáusticos que debían deslizarse con harta facilidad de sus labios, según la profusión con que los siembra en la labor censoria más adelante acometida.

Su amistad íntima con Marcial, de la que no quiso dejarnos prenda alguna, aparece bien declarada en los chistosos y volanderos rasgos del epigramático aragonés, induciéndonos á creer que se entregaba con ardor á la declamación escolástica, y se recreaba asimismo en la poesía juguetona y ligera, como lo hacían por pasatiempo los literatos de aquella edad, ya que les estaba entredicha la discusión de los problemas que tocasen de cerca ó lejos al buen régimen de la cosa pública; y nada de particular tendría que aquel su primer ensayo poético, inspirado por el vergonzoso favoritismo del histrión Paris, que los gramáticos llamaron sátira chica, fuese un molesto epigrama, por su índole festiva y socarrona casi tan dañino como aquella; pues si no desgarrá, hiere; si no mata, mortifica; pudiendo ser considerado como una sátira de corto vuelo.

Vino después el alejamiento forzoso de la patria, el rigor de la campaña en climas á los que no estaba acostumbrado, la madurez de la razón y con ella el convencimiento de haber malgastado sus ocios en ocupaciones frívolas, que no le proporcionaban honra ni provecho, y sí contratiempos como el que tan amargamente lamentaba, y entonces formó el propósito de dedicar el resto de sus días á corregir las costumbres reinantes, aplicando sin piedad ni conmiseración el hierro y el cauterio, siempre que lo peligroso y hediondo de las llagas reclamara como indispensables tan he-

roicos remedios. No es inverosímil que al recuerdo de los trabajos y amarguras de su persecución sangrasen las frescas heridas, y el resentimiento espolleara su tardía, pero enérgica resolución, y que su nuevo empeño, á la par que un natural desahogo del espíritu, fuera un desbordamiento de su cólera impetuosa; pues en sus sátiras lo mismo se ve el dialéctico que razona con los argumentos de la escuela, que el corazón lacerado por el dolor que le producía el desquiciamiento de la sociedad contemporánea, empeñada en no tener rival ni en la grandeza de su poderío ni en lo espantoso de sus maldades.

Las circunstancias eran harto propicias á su honroso propósito. A los cuarenta de edad había visto pasar ante sus ojos las figuras terroríficas de Calígula, Claudio y Nerón; las despreciables de los legionarios Galba, Otón y Vitelio, y cuando el ínclito Vespasiano y su hijo Tito, que mereció de la posteridad el dictado más tierno con que se haya nunca bendecido la memoria de un príncipe, el de amor y delicias del género humano, parecían asegurar con la firmeza y dulzura de sus respectivos gobiernos un régimen que cerrase la era de los delatores, los suplicios y las persecuciones, vino el brutal Domiciano á desmentirlos rotundamente con sus incestos atroces y sus horribles venganzas, y á inspirar la desconsoladora creencia de que aquello no tenía remedio, que el servilismo abajo, la tiranía arriba y la ruindad en todas partes, habían gangrenado de tal modo la sangre del gran pueblo, que se aproximaba para él la hora decisiva de las tremendas é inevitables expiaciones.

La muerte de Domiciano, á quien aborrecía con el odio de la víctima á su verdugo, y el advenimiento del arrogante y valeroso Trajano, poco in-

clinado á renunciar ninguna de las prerrogativas imperiales, y menos á seguir la política de sus infames predecesores, ni á ensangrentar sus manos con otra sangre que con la de los bárbaros vencidos allende las fronteras, le ratificaron en su resolución de protestar contra el espectáculo del despotismo y la iniquidad triunfante, con voz que llenara de pavor á los culpables, y advirtiese á los siglos venideros que en aquel antro de Gomorra, alentaba un patriota noble y esforzado que creía en la fuerza redentora de la virtud, la buena fe y la justicia, aunque las viese pisoteadas, ultrajadas y vilipendiadas por la insolencia segura y orgullosa de su impunidad.

Juvenal aprovechó esta favorable ocasión y mientras Trajano renovaba los laureles del imperio, comenzó á componer sus sátiras y á leerlas, no sin temor, en un círculo de amigos que las divulgaron como dignas de aparecer escritas en letras de oro; y alentado por la aprobación de los doctos, prosiguió dando rienda suelta á su humor acre y punzante y á su indignación desatada y violenta en los tres primeros libros que comprenden hasta la novena inclusive. Los dos restantes que contienen desde la décima á la última muestran los señales de haber sido en edad más avanzada compuestos; en ellos el resentimiento parece casi dormido, la cólera ya no le dicta ironías tan crudas y mortificantes, y los chistes y las burlas ceden su lugar á máximas y reflexiones propias del maestro de filosofía, empeñado en destruir con la luz de la enseñanza los errores dominantes, como si no desesperase aún de la salud y redención de aquel pueblo, el más insigne por sus hazañas, el de más potencia asimiladora para fundir la diversidad de las gentes en el crisol de un imperio universal y el que más

merecía por su perversión inaudita haber engendrado en su seno satíricos como Lucilio, Horacio y Juvenal.

La declamación

En la sátira primera, recuerda, como vimos, sus estudios de gramática y sus ejercicios declamatorios que disculpan su atrevimiento de cultivar un género poético que eternizó los nombres de Lucilio y Horacio. Mucho le hubiéramos agradecido que nos diese noticias precisas é interesantes de sus inclinaciones, sus gustos y sus éxitos juveniles; mas como no creyó oportuno satisfacer nuestra curiosidad, habremos de contentarnos con el dato único, como el ojo de Polífemo, que nos suministra sobre los principios de su educación, al aquilatar la influencia decisiva que sus ensayos retóricos ejercieron sobre sus poemas; en una palabra, todo el bien y todo el mal que hizo el retórico novel al satírico de la edad madura y experimentada. Así como la juventud griega corría presurosa á refrescar sus labios en la fuente que manaba en los jardines de Academo, á penetrar en el santuario de las ciencias interpretadas por el análisis escrutador del gran Aristóteles, ó á buscar una explicación satisfactoria al origen del mundo en las teorías panteístas de Zenón y Epicuro, así la juventud romana, menos propensa á la especulación metafísica ni á preocuparse seriamente con la solución de

problemas tan pavorosos y misterios tan insondables como el principio y último fin de los seres, abrigaba la absoluta confianza de que, mientras su brazo manejase la espada con el valor de los antiguos caudillos, los pueblos bárbaros serían sus tributarios ó sus esclavos en cumplimiento de la voluntad de los dioses que la predestinaban á un imperio sin límites. *Imperium sine fine dedi*. Pero los espíritus inquietos y ambiciosos, que deseaban intervenir en la marcha de la política, al mismo tiempo que se ejercitaban en el campo de Marte, acudían á las aulas de los retóricos domiciliados en Roma, después de la guerra de Tarento, ó á las más famosas de Atenas, ansiosos de instruirse en el arte de la palabra, hasta conquistar la verdadera elocuencia, esa soberana de las almas en los pueblos regidos por instituciones republicanas, y no bien perdían de vista la férula del maestro, pasaban á las manos del profesor de retórica que les instruía en el arte de bien decir y les obligaba á leer los relatos de los historiadores que inflamaban el entusiasmo con las hazañas realizadas por sus ascendientes, y los poetas que les iniciaban en el lenguaje de la pasión que electriza á las muchedumbres de las grandes asambleas, y no les daba el alta, si no les veía dueños de su palabra, de sus ademanes y de sus movimientos, para defender al cliente perseguido, ó presentarse en los comicios solicitando la investidura de los cargos á que se creían con derecho, por sus méritos personales ó por la nobleza de sus insignes antepasados.

Aquel pueblo realista y positivo como pocos, no buscaba en la enseñanza el puro goce de la inteligencia que ve dilatarse la esfera de su comprensión, sino el adquirir las luces que hicieran más fructuosas sus energías, y compensaran con resultados

prácticos y tangibles los esfuerzos de su voluntad inquebrantable: así estudiaba la ciencia de los números, á fin de no equivocarse en el cómputo del lucro; la geometría y la mecánica para levantar puentes, acueductos y fortalezas; las leyes para defenderse de un rival intrigante que amenazara con enfadosos litigios, y la retórica para persuadir á los ciudadanos, interesar á los jueces de un tribunal, y conseguir en el foro y Senado triunfos poco menos envidiables que los concedidos á los heroicos caudillos que enriquecían con nuevas comarcas y regiones el vasto patrimonio de la república nunca saciada de tesoros y conquistas.

Y todo contribuía á que la enseñanza de la retórica, emigrada de Atenas á las orillas del Tíber, diese en las aulas frutos tan abundantes como sanos, y fuera la principal preocupación de los padres que destinaban sus hijos á la política, puesta la mira en que el lustre de la familia brillase con inusitado esplendor á través de las nuevas generaciones. Las ardientes y rencorosas luchas de los partidos, los hondos problemas sociales que habían transformado la población agrícola de Italia, la aspiración de los peninsulares, sometidos por la fuerza de las armas, á gozar los derechos de los vencedores, puesto que también ellos contribuían á las victorias romanas con su sangre y sus tributos, la ambición sin freno de los políticos oculta bajo la máscara de un desinteresado patriotismo, y, sobre todo, el campo abierto á todas las aspiraciones legítimas y la tribuna ofreciéndose en la plaza pública á todo el que juntase al arraigo de sus convicciones una palabra audaz, fogosa, arrebatada y grandilocuente, eran circunstancias capaces de estimular al más apático y desídiioso, de enardecer al más sosegado y comprometer al más indiferente

en las discusiones y contiendas ardorosas que habían resonar por todo el orbe la fama de los oradores en ellas comprometidos: de ahí que en el último período del gobierno republicano la tribuna fuese glorificada por tan egregios varones, y que la oratoria política y forense siguieran una marcha solemne y triunfal, desde las arengas tribunicias de los Gracos hasta los discursos y defensas y acusaciones de Cicerón, que funden en una armonía maravillosa las previsiones del hombre de Estado, los impulsos del patriota, las delicadezas del arte y las galas y preseas de una poesía arrebatadora. Pero desde el momento que el segundo triunvirato secuestró las franquicias populares, y anuló la autoridad del Senado, y el estrépito de las armas civiles hizo imposible oír la voz de la persuasión y redujo al silencio á los que por el sufragio de sus conciudadanos fueron llamados á regir los destinos del gran pueblo, la oratoria no tenía ya misión ninguna que cumplir, y hubo de retirarse abatida y desesperada á llorar su desventura y disponerse á morir envolviendo en su frío sudario las instituciones republicanas que la mecieron en su cuna, la robustecieron en su juventud y más adelante le dieron una fortaleza capaz de afrontar los mayores peligros y resistir las furiosas acometidas de sus inquietos y turbulentos enemigos.

Comprendiendo Octavio y Antonio que su posición no sería definitiva mientras alentase el genio de la elocuencia, el incomparable Cicerón, decretaron amigablemente su muerte; y si el primero vengó con ella las injurias mortificantes de las filípicas, el segundo se cubrió de infamia, pagando con tan fría ingratitud los consejos del gran maestro que tan provechosos le fueron en los principios de su carrera, para desembarazarse de los muchos

y sagaces émulos que adivinaron y trataron de atajar sus miras egoístas y ambiciosas.

Desde aquel día, la oratoria que conquistaba los votos de las tribus, y movía el ánimo de los senadores, la oratoria que como llave misteriosa abría las puertas á las aspiraciones encumbradas por encima del montón, la oratoria que persuade, convence, exalta y enardece vertiendo en sus períodos rotundos y avasalladores los afectos que arden en los temperamentos nobles y esforzados, hubo de enmudecer y sucumbir, al mismo tiempo que la ley conculcada, la justicia perseguida y la licencia triunfante, hacían completamente inútiles sus esfuerzos valerosos; porque sin tribunos que alienten y formulen las progresivas aspiraciones populares, sin estadistas cautos y precavidos que rechacen las novedades prematuras y extemporáneas, sin la precisión de acometer reformas en pro de los desheredados conscientes de su fuerza, que rehusan aceptar por favor lo que de derecho les corresponde, sin partidos ni bandos fuertes y respetables por su significación, que representen los antagonismos de las clases sociales, viertan en sus discursos la pasión que brota al choque de los intereses opuestos, y el amor y el odio que engendran las simpatías ó antipatías personales; y, sobre todo, sin la libertad que incita á los buenos patriotas á tomar parte en las deliberaciones sobre la marcha de los sucesos, y á inclinarse según su leal saber y entender en el sentido más justo y patriótico, serán posibles las dulzuras de la declamación, no los arrebatos de la elocuencia, cautivarán la vista los elegantes oropeles del retórico, no los arreos varoniles del orador que conmueven, irritan, entusiasman y arrastran con la violencia de un despeñado torrente, á tomar las resoluciones que

las circunstancias aconsejan, en esos críticos momentos de vida ó muerte para la independencia, la gloria y el porvenir de las naciones: en resumen, la elocuencia enmudece y triunfa su hija bastarda, la declamación.

Las escuelas retóricas no sucumbieron con la libertad en los campos de Filipos, antes bien el apartamiento forzoso de la política que el nuevo régimen imponía á los mejores ciudadanos, pobló las cátedras de numerosos alumnos que entretenían las horas en dilucidar tesis morales y filosóficas ó defender intrincados y absurdos litigios, haciendo gala de sus hábiles recursos y su fácil é inagotable verbosidad. La oratoria ya no era la matrona hermosa y robusta capaz de dar á la patria hijos que fuesen su ornamento y orgullo, sino la mujer que, á fuerza de cosméticos y unturas, trata de disimular los estragos de los años en su semblante, como si los afeites de los tocadores pudieran falsificar, de modo que no se conociese el engaño, la frescura de la juventud sana y pudorosa.

A mayor abundamiento el Estado acabó por asalarar á los profesores, convirtiéndolos en dóciles instrumentos de sus designios encaminados á matar las iniciativas individuales que estuviesen en pugna abierta con las nuevas instituciones; así que la retórica reprimió su vuelo, y se contentó con preparar los jóvenes dedicados á los trabajos del foro ó que aspiraban á pronunciar algún desvergonzado panegírico de las glorias de un César que se hubiera con justos títulos captado el desprecio y el odio universal.

El pontífice de la nueva iglesia fué Quintiliano, español nacido en Calahorra, y maestro de tanta autoridad en su tiempo como la que tenían los legados imperiales sobre las indómitas y levantiscas

legiones de las fronteras: Quintiliano, que toma el niño de los brazos de la nodriza y no le abandona hasta dejarle convertido en un flamante orador, delicia y regocijo de sus progenitores que ponían en las nubes la precocidad de sus tiernos vástagos, permitiéndose alimentar las más doradas esperanzas acerca del porvenir que les estaba reservado; Quintiliano, uno de los espíritus menos corrompidos por el influjo de la decadencia, y que contribuyó no obstante á precipitarla, por su empeño de resucitar un cadáver, como si no supiese que el organismo deja de existir si le falta el soplo vital que presta energía y movimiento á todos los órganos; Quintiliano, que, como dice perfectamente Nissard en sus Estudios de crítica y costumbres sobre los poetas latinos de la decadencia, á pesar de su extensa lectura, de su juicio penetrante y agudo, de su estilo lleno de gracia y delicadeza, y de un amor á la oratoria tan apasionado que hasta cuando llega á lamentar la temprana muerte de su primogénito, parece angustiarse más la pérdida del presunto orador que su extraordinaria aplicación prometía, que la amargara del padre al sentir que le arrancan aquel pedazo de sus entrañas, no sólo no acertó á contener la decadencia progresiva del arte á cuya enseñanza había consagrado sus afanes, sino que con su gran talento la precipitó tanto como el primero; porque cuando una institución ha de perecer indefectiblemente, sus más acalorados y tenaces defensores contribuyen á este fin con los mismos puntales con que intentan evitar ó retrasar su próximo desmoronamiento. Con espíritu más sagaz y reflexivo, se hubiera convencido de que en la organización social sólo alcanzan amplio desarrollo y perfeccionamiento las instituciones que satisfacen urgentes y positivas necesida-

des, y ni la oratoria era en su época artículo de gran necesidad en los tribunales sometidos á los antojos del emperador, ni como recurso de gobierno tenía ya valor, desde que la política cesarista la obligó á enmudecer, trocando con gusto sus armoniosos períodos por las aclamaciones de la plebe y los vítores de los soldados que en última instancia eran los aunos de la situación. Así que sus buenos propósitos se estrellaron en la temeridad de la empresa, y aunque exige á su orador como primera condición una honradez intachable y reconocida, donde ni aun la calumnia se atreva á clavar el diente, una vasta cultura que le haga dueño de la mayor suma de conocimientos, una memoria fiel y pronta que evoque con facilidad las noticias acumuladas en el archivo de su cerebro, y una palabra que obedezca á su voluntad imperiosa, como esclava enamorada de su señor, principios admitidos por los maestros de todas las escuelas, sembró sus Instituciones de tantos preceptos inútiles y observaciones pueriles, que si pudo su enseñanza dar cierto barniz de facundos y disertos á algunos imberbes peroradores, no fué dable contribuir á formar un sólo orador que rivalizase con los del siglo de oro, porque la época de la elocuencia había pasado para nunca más volver.

La elocuencia ha de brotar de la efusión del alma, de las convicciones arraigadas, del patriotismo que se ofrece en holocausto por el bien público y del afán perseverante de someter al pro común el espíritu inquieto de las muchedumbres obsecadas con frecuencia por el error y la pasión. La palabra, el gesto, el continente y los ademanes son sus medios de revelarse al auditorio, y basar en ellos el arte del bien decir y la esperanza de los éxitos anhelados, es atenerse á la apariencia más

que á la realidad de las cosas, y juzgar por la corteza la calidad interna del fruto. El entendimiento ocupado en cuestiones frívolas y de poca entidad pretende alcanzar por las delicadezas y elegancias de la expresión, lo que le es imposible por la importancia del fondo, sin convertir jamás en realidades sus aspiraciones: de aquí que la declamación, trabajando por mantener vivo el fuego sagrado, contribuyese á enfriar poco á poco hasta el último rescoldo. Y si letal fué su influjo en la oratoria, no lo fué menos en la poesía; pues introdujo en ella la moda de las descripciones fastuosas y prolijas, los períodos llenos de estéril verbosidad, los aforismos vagos preconizados en la escuela, y una tendencia marcada á buscar en los artificios y convencionalismos lo que es el aliento semidivino de la pasión exaltada y la fantasía creadora de nuevos mundos y horizontes. El gran talento de Quintiliano y el fervor casi religioso con que se consagró á la enseñanza de sus alumnos, dándoles en sus Instituciones un guía seguro que los dirigiese por el buen camino, ni fueron parte bastante á que su doctrina no se contaminara con los miasmas de la declamación, ni consiguieron rejuvenecer la oratoria expirante, que sucumbía al peso de sus desgracias, viendo cómo aceleraban su fin las recetas de los médicos empeñados en su curación con remedios empíricos y vulgares; y al enmudecer la lengua de los Gracos, Hortensios y Cicerones, comenzó á sonar la voz meliflua y dulzona de la retórica, comprometida á deleitar á sus oyentes, ya que renunciase á dominarlos y arrastrarlos con los golpes contundentes y los bríos impetuosos de la elocuencia; y la declamación puso cátedra de buenas letras, y aleccionó durante siglos á sus discípulos en la invención, el plan y el recitado de sus

suasorias y controversias. Reducíanse las primeras á aforismos morales, tesis filosóficas, panegíricos de insignes varones, defensas de la majestad de las leyes y consideraciones sobre hechos trascendentales, á todos aquellos temas que por su vaguedad é indeterminación se prestaban mejor á que el alumno discudiese por cuenta propia, y vistiese á su ensayo las galas más en armonía con la naturaleza del asunto, los gustos del auditorio que había de alentarle en su carrera, y la índole especial de su genio, según fuese inclinado á someterse á la disciplina dialáctica que robustece la fuerza del razonamiento, ó se sintiera atraído á esas regiones inaccesibles á la pesadez del silogismo, donde se cierne la fantasía ansiosa de enlazar los fenómenos terrestres y las grandezas y caídas del hombre con las leyes inmutables y divinas de que son pasajeras y vivas manifestaciones.

¿Cuál es el principio eterno que armoniza los elementos contrarios de la naturaleza? ¿Es la doctrina ó el buen natural lo que forja esos ínclitos ciudadanos, orgullo del pueblo que los viera nacer? ¿Son los tesoros acumulados la fuente inagotable de la felicidad ó se tropieza más pronto con ella vagando por los senderos que la humildad y la modestia frecuentan con pasos tranquilos y silenciosos? ¿Obró bien Aníbal, después de la derrota de Cannas, en entregarse á las delicias de Capua, dejando que el enemigo se repusiera del terror que le infundieron sus repetidos descalabros, y Sila, el dictador, no expuso, retirándose á la vida privada, su obra política á los ataques de las facciones que ensangrentaron la Italia con sus discordias intestinas tan funestas á los privilegios de los patricios como á la libertad que tras continuos esfuerzos habían conquistado los plebeyos?

Estas y otras semejantes eran las cuestiones señaladas á los escolares ya de antemano impuestos en la gramática y la dialéctica, y la lección de los poetas é historiadores; cuestiones que desarrollaban en arengas pomposas y brillantes, corregidas por sus maestros con la mayor escrupulosidad, y recitadas después con énfasis y desenvoltura ante sus padres, parientes y amigos, maravillados de los rápidos progresos del precoz orador, que bien pronto había de ser en los tribunales el escudo del derecho y la inocencia, ó en la curia la voz vibrante, juvenil y fogosa que redujese al silencio la cascada y difícil de los viejos senadores.

Las suasorias fructificaban en un terreno especulativo donde la imaginación imponía sus leyes avasaliadoras al juicio no bien formado de los jóvenes alumnos: las controversias se circunscribían al examen de negocios civiles y criminales, á la recta apreciación de las circunstancias del hecho ó las incidencias del litigio, el valor de los testigos y documentos y los móviles que convierten el impulso en acción, siendo preferentemente cultivadas por los que se dedicaban al foro; mas los asuntos en ciertas escuelas propuestos, á fuerza de inverosímiles tocaban en lo disparatados y absurdos, y la razón más serena, vencida por sus dificultades, se retiraba en silencio y consentía que la sutileza, el sofisma y la argucia ocupasen su lugar y resolviesen con los peores argumentos los casos intrincados que pretendían plaza de invenciones prodigiosas capaces de causar la admiración de las edades.

La cuestión estaba reducida á presentarse con desenfado, decir con distinción y facilidad, cortar con audacia el nudo imposible de ser desatado, y ofrecer una solución aparente á un proble-

ma insoluble por haberse planteado sobre la base de lo falso y convencional.

Quintiliano consigna y reprueba estos temas estrambóticos entre los que descollaban el proceso de «los gemelos enfermos, el sepulcro desencantado, el veneno oculto, los tormentos del necesitado, la acusación de antropofagia, las abejas del pobre, la fianza del amigo» y otras del mismo jaez, verdaderos rompecabezas que obligaban á discurrir hasta devanarse los sesos en busca de soluciones fantásticas y conculcadoras de las leyes de una dialéctica racional y contundente.

Y esta declamación tan ficticia y casuística, risible mueca de la oratoria que truena y relampaguea desde las cumbres del pensamiento y la convicción, si hizo estragos en el arte de la palabra, aun los hizo mayores en la poesía, sujeta á multitud de preceptos frívolos, que enfrenaban su atrevimiento, alejándola del ideal apetecido y casi nunca conquistado.

Séneca y Lucano son ejemplos confirmadores de nuestro aserto. Juvenal, como él mismo confiesa, perdió sus mejores años entretenido en estos vanos ejercicios, y satisfecho con la reputación de facundia que le conquistaban, tardó mucho en convencerse de que malgastaba lastimosamente sus extraordinarias facultades, y cuando quiso lanzarse á la carrera por el campo de la sátira y emular las audacias del caballero Lucilio, su espíritu escrutador y temerario hallóse oprimido por los falsos hábitos de escuela, que convirtieron en la virilidad al orador poeta en un poeta orador, y pase el retruécano, gracias á la verdad que el concepto encierra; y su mirada penetrante y su observación perspicaz de la vida real que, como rayo luminoso, traspasaba la superficie de las cosas y personas,

hasta sondear su íntima naturaleza, quedaron semiveladas por las brumas del error, las pasiones teatrales y las tesis atrevidas, por la inclinación á la antítesis y la paradoja, por la tendencia irresistible al efectismo y al contraste, por el lujo de pormenores que despliega en sus amplificaciones que lo muestran esforzándose en sacar partido de las circunstancias más triviales, por intercalar (así lo parece) párrafos de sus declamaciones en los cuadros de sus invectivas ó al contrario por un afán vehemente de vigorizar la expresión que le obliga á reducirla y condensarla en breves términos, como si quisiera robustecer las ideas con la enérgica presión de la palabra, en suma, que cuando Juvenal quiso abandonar la declamación, como mujer que-rida de quien estuviese saciado, siguió ésta importunándole y acosándole con sus ruegos, y quitándole la libertad de sus movimientos, para convencerle de que no es tan fácil olvidar los ídolos de la juventud, y que las inclinaciones, los sentimientos, las creencias y los estudios de esa feliz edad arraigan con fuerza en el alma y no la abandonan del todo hasta que estingue su luz creadora el soplo helado de la muerte.

Política y filosofía de Juvenal

Convenimos con Nissard en los resabios de mal gusto que la declamación y las lecturas poéticas hicieron habituales en el numen de Juvenal, adulterando su dicción sobria y precisa con la verbosidad del orador forense, é iluminando el ambiente que envuelve las figuras de sus cuadros con la luz de vagos aforismos y máximas generales que por su misma vaguedad parecen advertir á todos, sin que ninguno en particular se sienta por ellas amonestado; convenimos también en que no se esforzó por contrarrestar esas tendencias decadentistas que buscan lo nuevo y original, en lo extraordinario y estupendo que tocan los límites de lo inverosímil; pero no estamos conformes en que fuese un espectador indiferente á las desgracias de la patria, y viera sus males y se gozase en ellos, siempre que le proporcionasen temas donde pudiera desplegar las gracias de su estilo pintoresco, acre y mordaz; reduciéndose á prorrumpir en sentidas y estériles lamentaciones, ya que no hallaba el remedio á las presentes calamidades que hacían presagiar una catástrofe tan inaudita y horrenda, como los crímenes que la provocaban á limpiar la tierra de la miseria y podredumbre que la tenían infestada.

Según el crítico francés, toda su política se reduce á la eterna querella entre el rico y el miserable, entre los que gozan y los que sufren, entre los expoliadores y los expoliados; querella donde suenan los gritos agudos de la indignancia mezclados con el estrépito y la algarazara de los festines, que agotaban tesoros bastantes á mantener una provincia; y si hemos de ser francos, nos parece que en la interpretación del pasaje de la sátira tercera, que enumera los trabajos y dificultades sin cuento con que el menesteroso tropieza en la capital del mundo, ha tomado el rábano por las hojas, pues Juvenal condena lo mismo las turbas de haraganes y mendigos que habían sustituido á la población labriega de Italia, contenta con los frutos de sus tierras y los partos de sus animales domésticos, que á los insolentes advenedizos de la fortuna, que eclipsaban con su fausto provocativo el esplendor de los palacios imperiales. Cuando se encontra contra hombrezuelos como Catulo y Arturio, la nata y espuma que flotaba en aquel hervidero de feos apetitos y torpes concupiscencias, no es por los caudales que atesoran, sino por los bajos ministerio á que deben su adquisición, como contratistas de la limpieza de las cloacas, la cremación de cadáveres en la pira y la venta de esclavos en la plaza pública, negocios con que realizaban enormes ganancias, mientras las ocupaciones honrosas y liberales apenas producían lo necesario á sufragar las más urgentes necesidades; y la ira le ciega, viéndolos engreídos y arrogantes sobre el pedestal de su desfachatez, dar á su costa espectáculos de gladiadores, y atentos á las exigencias del populacho, ordenar la muerte del infeliz galo, que no mostró habilidad para huir de la red que extendía sobre su cabeza un incesante perseguidor: tales

personajes es difícil que inspiren más benévolos sentimientos.

No consta que Juvenal estuviese afiliado á ninguna agrupación ni parcialidad de las que entonces como ahora se disputaban el privilegio de hacer felices á los pueblos; pero es muy frecuente que los enemigos de cábalas y banderías tengan convicciones más arraigadas y patrióticas que los videntes que hacen de la política su principal ocupación: así lo demuestra á todas horas el horror que le infunde la degradación presente y el recuerdo lleno de inefable dulzura de la sobriedad y sencillez de los pasados tiempos. Si su política no es la de un vidente que penetra lo porvenir, y descubre en la actualidad los gérmenes que han de desarrollarse en adelante, es una política recta, sana y bondadosa, y por lo mismo harto difícil de realizar en la práctica. Si vale la palabra, era un tradicionalista acérrimo, que, espantado de su siglo, volvía con cariño los ojos á la época de las guerras púnicas y sociales, ó la más remota de Numa Pompilio, cuando los romanos se mostraban inteligentes y sencillos labriegos en la paz, invencibles por su tesón y constancia en la guerra, y siempre tan celosos de su libertad, que no hubiesen trocado por ningún tesoro el derecho de sufragio que daba las magistraturas á los más nobles y prestigiosos, y los hacía en cierto modo dueños de sus propios destinos, sin tener que prosternarse como los persas ante la majestad de un monarca que humillase su fiera condición con homenajes que repugnaban á su carácter rudo é independiente.

«¿Dónde está (exclama en la sátira primera) la sencillez de los antiguos para escribir cuanto se

les antojaba y que yo no me atrevo á llamar por su propio nombre?... El que se ha calado el yelmo no puede rehusar la batalla. Veremos qué se nos consiente decir contra los que reposan en la vía Flaminia y la Latina».

Unde

*Ingenium par materiae? unde illa priorum
Scribendi quodcumque animo flagrante liberet
Simplicitas, cujus non audeo dicere nomen?*

Galeatum sero duelli

*Poenitet.—Experiar quid concedatur in illos
Quorum Flaminia tegitur cinis atque Latina.*

porque si asestamos nuestros dardos contra favoritos omnipotentes y queremos romper la mordaza que ponen en nuestra boca, saldremos de nuevo al destierro, ó tal vez la grasa de nuestro cuerpo sirva de alimento á las antorchas que iluminaron los jardines imperiales de Nerón.

«Felices (grita en la sátira tercera) los abuelos de nuestros abuelos y siglos dichosos aquellos que vieron á Roma satisfecha con una sola cárcel, bajo el gobierno de los reyes y tribunos».

*Felices proavarum atavos, felicia dicas
Secula, quae quondam sub regibus atque tribunis
Viderunt uno contentam carcere Romam.*

Aquella antiquísima época, tan fecunda en acciones heroicas y espontáneos sacrificios, que produjo varones de la entereza de Mucio Escévola y doncellas tan arrojadas como la virgen Clelia, le llenan de pasmo y admiración; y no se detiene á reflexionar si sus hazañas eran hechos incontro-

vertibles, ó hermosas ficciones de la poesía que simbolizaban el valor y la constancia de los primitivos romanos. No mira con menos respetuosa consideración la siguiente, ilustrada por los Brutos y Camilos, los Galbas y Emilios, los Fabios y Escavros, sin reparar que sean patricios ó plebeyos, ya que todos contribuían á la gloria de Roma, todos la honraban con sus merecimientos, y enseñaban á los jóvenes lecciones de patriotismo; pues un ejemplo glorioso persuade más y mejor que todos los ejercicios de la dialéctica; y la persona de Cicerón conservando la tranquilidad pública seriamente amenazada por los sicarios de Catilina, la del joven de Arpinas que sintió cien veces en sus espaldas cómo dolía la vara del irritado centurión, y años después era el ínclito caudillo que defendía la Italia de la inundación de los cimbrós y teutones, y aquel Decio Mus que, devorado por la ansiedad de la victoria, sacrificó su preciosa vida á la salud de todas las legiones y de la juventud del Lacio enardecida por su heroísmo, se le aparecen como figuras más que humanas, enseñando á los buenos los deberes contraídos con la patria, tanto más excelsa y victoriosa cuanto mayores son los bríos y esfuerzos de los hijos que se alimentan al calor de sus glorias.

Esta es su política aprendida en las páginas de la tradición, más inspirada que los cantos de una epopeya, y capaz de transformar en ciudadano sin tacha y soldado valeroso á todo el que tenía la suerte de nacer en las riberas del Tíber.

«Sé buen soldado (sátira VIII), tutor solícito, juez incorruptible y testigo veraz en cuantas ocasiones comparezcas á declarar sobre hechos dudosos; y, aunque el tirano Fálaris te dicte los términos del perjurio y te amenace con el toro candente,

considera la iniquidad más abominable preferir la salud al honor, y sacrificar á la vida las virtudes que nos hacen dignos de merecerla. El reo de muerte perece, aunque devore á cientos las ostras del Lucrino, y se perfume el cuerpo con todos los ungüentos de Cosmos. Si vas de gobernador á la provincia largamente esperada, no te dejes arrebatar por la cólera, depón la avaricia y compadece la miseria de los pueblós aliados. Allí verás los huesos de los ricos limpios hasta de los tuétanos. Cumple las prescripciones legales y los mandatos de la curia: ten presente el honorífico premio á los buenos reservado y el justo rayo que hirió á Númeritor y Capitón, piratas de la Cilicia condenados por los senadores».

*Esto bonus miles, tutor bonus, arbiter idem
Integer: ambiguae siquando citabere, testis
Incertaeque rei, Phalaris licet imperet ut sis
Falsus, et admoto dictet perjuriam tauro,
Summum crede nefas animam praeferre pudori,
Et propter vitam vivendi perdere causas.
Dignus morte perit, coenae licet ostrea centum
Gaurana, et Cosmi toto mergatur aheni.
Expectata diu tandem provincia quum te
Rectorem accipiet, pone irae frena modumque,
Pone et avaritiae: miserere inopum sociorum.
Ossa vides regum vacuis exsucta medullis.
Respice, quid moneant leges, quid curia mandet;
Praemia quanta bonos maneant; quam fulmine justo
Et Capito et Numitor ruerint, damnante senatu,
Piratae Cilicum.*

Tales eran los hombres, tales los principios que debían gobernar la república. Patriotismo, firmeza, constancia y desinterés, alentado por el soplo

de la libertad, aun podrían convertir aquel rebaño de parásitos, vagabundos y pordioseros, en un pueblo altivo é independiente que añadiese nuevos laureles á las glorias antiguas, obscurecidas por las sombras que proyectaban la disipación y el enervamiento de los poderosos, y la ruindad de los que nada tenían que perder, ni aun la vergüenza que en otros tiempos hubieran sentido al percatarse de su degradación y envilecimiento.

¿Y de dónde procedía aquella epidemia moral que comenzando por atacar á los más débiles y enfermizos, amenazaba dar buena cuenta de los más fuertes y vigorosos? Oigamos sus palabras: «La humilde fortuna escudaba antiguamente la pureza de costumbres de nuestras mujeres, y el trabajo asiduo, los sueños cortos, las manos encallecidas en la rueca, la proximidad amenazadora de Aníbal y los ciudadanos prontos á rechazarle desde la torre Colina, preservaron nuestras casas del contagio. Ahora sufrimos las consecuencias de una larga paz, y el lujo más desolador que la guerra ha vengado al mundo sujeto por nuestras águilas. Desde que acabó la antigua pobreza, los crímenes y las maldades comenzaron á señorearse de Roma, convertida en esclava del refinamiento de Síbaris, los desórdenes de Rodas y Mileto, y la muelle Tarento que, ceñida de rosas, se abisma en el fango de la crápula».

*Praestabat castas humilis fortuna Latinas
Quondam, nec vitii contingi parva sinebant
Tecta labor somnipse breves et vellere Tusco...
Vexatae duraeque manus, ac proximus urbi
Annibal, et stantes Collina in turre mariti.
Nunc patimur longae pacis mala: saevior armis
Luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem.*

*Nullum crimen abest facinusque libidinis, ex quo
Paupertas Romana periit. Hinc fluxit ad istos
Et Sybaris colles; hinc Rhodos, et Miletos,
Atque coronatum et petulans madidumque Tarentum.*

(Sát. VI).

Veía bien claro el origen de las desgracias que engendraron el despotismo imperial, resuelto á envilecer con dádivas, mercedes y amenazas á los ciudadanos, para hacerlos cómplices de sus tremendas iniquidades, ó á entregar al hacha del verdugo la cabeza que no se inclinase ante su majestad acatada como un numen que hubiese descendido del Olimpo á recrearse con el culto y la reverencia que le tributaban los simples mortales; pero no veía con la misma perspicacia que la sujeción presente era una consecuencia de la libertad pasada, que los males que tanto le angustiaban eran los corolarios legítimos de las antiguas victorias, que un pueblo sobrio, pujante, bien organizado y mejor dirigido por una política tan prudente como ambiciosa, que jamás firmaba tratos de paz con los enemigos, si no los veía rotos y deshechos implorando con lágrimas la clemencia del vencedor, forzosamente había de llegar á la dominación universal, al predominio absoluto de la fuerza armada sobre la autoridad de las leyes, al endiosamiento de los jefes de las legiones que ensanchaban los límites del imperio, á acaparar en su seno los tesoros de los reyes vencidos, los ricos productos de los países tributarios, las artes y las ciencias de los que fueron sus maestros, convertidos mas tarde en siervos humildes y temerosos, y que Roma ya no era la reina del Tíber, sino la ciudad cosmopolita, donde se revolvían en la más heterogénea confusión, los dioses y las sectas, las

escuelas y las supersticiones, las razas y los idiomas, las fortunas y las miserias del mundo entero, empeñado en conquistar por la audacia, el soborno y la intriga á la conquistadora de reinos y naciones, hinchada y desfallecida por la sed hidrópica de su temeraria ambición.

En los tiempos antiguos y por ende más poéticos y hermosos, el dictador, desde su carroza triunfal, volvía á uncir la yunta con que labraba el pegujal heredado de sus padres, mientras en el colindante se entregaba á la misma faena, el mozo que acababa de servir á sus órdenes como simple soldado; y la grandeza de sus hechos y el honor de su nombre no le impedían, pasada la necesidad de sus servicios, dedicarse al oficio más honroso de todos, al de ganar el pan de cada día con el sudor de su rostro; pero en los que Juvenal tuvo la desgracia de alcanzar, la población agrícola é independiente veíase sustituida por un enjambre de míseros y harapientos esclavos, y aquellos campos tan bien cultivados en los siglos anteriores quedaron convertidos en vastos eriales que ni aun producían pastos en abundancia para el ganado: los modestos terratenientes ó se habían hecho ricos propietarios, gracias á sus usuras, tráficos y contratos fraudulentos, ó quedaron reducidos á proletarios, bastante altivos para ofrecer á nadie sus brazos por un módico jornal: que la miseria, en vez de abatir, suele sobrexcitar el orgullo de los que presumen haber sido alguna cosa en tiempos mejores; y así por horror al trabajo vegetaban en la humillación á la sombra de los ricos que protegían su desnudez y su indigencia. Las distribuciones de granos y las liberalidades de la espórtula, si momentáneamente mataban el hambre, á la larga favorecían la ociosidad que multiplicó en pro-

gresión alarmante las exigencias de la clase menesterosa, y los ciudadanos quedaron divididos en dos clases antagónicas é irreconciliables, tan desiguales en el número como en la calidad y posición; unos cuantos centenares de ricos, y millares de millares sin otro recurso que sus dádivas, nunca tan generosas que llegasen á sufragar ni medianamente las imperiosas necesidades de la casa, la mesa y el vestido.

Esta desigualdad tan peligrosa y tan irritante trajo en pos de sí la degradación sin ejemplo que Tácito nos pinta en sus anales, Suetonio en sus biografías, Marcial en sus epigramas y Juvenal en las sátiras de que nos venimos ocupando: depravación que inducía á Tiberio al retiro de la isla Caprea, desfogando en esta roca solitaria tan sucios apetitos carnales que aun hoy llenan de estupor á los más curados de espanto, llevaba á Calígula á establecer en su palacio un lupanar que le enriqueciese con las ganancias del lenocinio, si ya no pensó en su desatinada locura, que el oficio de rufián añadía esplendor á la púrpura imperial, y decidía á Nerón á convertir en mujeres los mancebos, por las apariencias del sexo que dejaban impresas en sus carnes las bárbaras mutilaciones á que los sometía, como si sus antojos bestiales pretendiesen corregir y enmendar las obras de la naturaleza; depravación que alentaba á los magnates á enriquecerse de prisa con violentas exacciones y descarados latrocinios, imitando á los príncipes en su lujo dispendioso y sus torpes lubricidades, y á la plebe que no tenía que velar por el lustre de la alcurnia y la conservación de la hacienda, á lanzarse á todo linaje de excesos, alentada por el ejemplo de sus gobernantes y la esperanza de la impunidad que impulsaba sus locos atrevimientos.

Juvenal se sentía ahogar en esta atmósfera asfixiante, y Roma se le mostraba como un inmenso cadáver en estado de putrefacción. *Dignus morte periret*. Presentía la catástrofe más cruenta y terrorífica que la de una tragedia de Esquilo, sin vislumbrar siquiera por dónde vendría el cataclismo. No adivinó cuál sería el polen fecundante que había de regalarnos los frutos sanos y nutritivos del porvenir, la idea redentora que hubiese de transformar una sociedad de parásitos, esclavos y criminales, en otra de hombres tan ingenuos y laboriosos, como amantes de la pureza y la hermosura del alma ceñida por rica aureola de virtudes que reflejasen con visos irisados sobre la tierra las inspiraciones y sublimidades del cielo.

Y allí vivían en fraternal consorcio los nuevos regeneradores, humildes, pacíficos y silenciosos, pagando al César sus tributos, nutriendo con sus hijos las filas de las legiones, dándole ciudadanos tan probos y desinteresados como leales y sumisos; pero resueltos á soportar con resignación espantosos suplicios, antes que reverenciar como dioses las estátuas de los emperadores ni las efigies de los númenes olímpicos. Juvenal tuvo ojos y no vió, oídos y no oyó, perspicacia y no supo adivinar. Era demasiado romano para admitir, ni en suposición, que el remedio á tantos males y desventuras pudiese venir de la Judea, el país que consideraba más despreciable, supersticioso y venal de cuantos invadieron la ciudad eterna. Una sola vez nombra á los cristianos cuyos cuerpos abrasados sirvieron de antorchas en los jardines de Nerón, mas si no les imputa como Tácito crímenes nefandos y atroces, es muy posible que los creyese una de tantas sectas judaicas, y no los diferenciase de los prosélitos de Moisés, cuyo fanatismo repugnaba tanto á

su educación filosófica, como desdén le inspiraban sus falsas milagrerías. Y sin embargo, aquellas víctimas humildes y resignadas que abandonaban con gozo la vida, recreándose con la esperanza de otra mejor, aquellos tímidos seres que no se defendían, no luchaban, no provocaban el poder constituido, pero sabían afrontar sus iras con una fortaleza y serenidad que pudieran envidiar los héroes de Plutarco, eran los instrumentos elegidos por la Providencia para la ejecución de sus insondables decretos, eran las ofrendas expiatorias que purificaban con su sangre la tierra, cansada de alimentar en su seno los hijos que tan inicua mente la deshonoraban; y si entonces se sentían privados del aire, la luz y hasta de la vida, dentro de poco vendrían á ser los representantes de una vida más perfecta y duradera, la luz que iluminara el caos tenebroso de las supersticiones gentílicas, y el aire que llevase en sus alas efluvios de pureza, santidad é inocencia que limpiasen la atmósfera de los miasmas pestilentes que la infestaban.

Juvenal fué un satírico y no un profeta, un observador y no un adivino; y es disculpable que no advirtiese la revolución que se fraguaba en las últimas capas sociales, puesto que los más sabios la consideraban como una nueva fase de las supersticiones judaicas. Hoy, después de tristes y dolorosas experiencias, sabemos que los procesos evolutivos de la humanidad surgen en el cerebro de algún filósofo abrasado en el amor de sus semejantes, son combatidos como absurdas utopias por los que viven bien hallados con el orden presente, y mirados como un faro de salvación por los tristes, los miserables, los que padecen hambre de verdad y sed de justicia, hasta que llega el día en que las doctrinas innovadoras vencen las más obstinadas

resistencias, y son proclamadas como bases indestructibles del organismo social.

Descubrir y encauzar las nuevas corrientes del espíritu humano, de modo que fecundicen los páramos improductivos, es empresa que da honra y provecho á la perseverancia, si logra vencer los obstáculos opuestos á la realización definitiva de sus ideales: empeñarse en volver atrás la corriente de los ríos, es pretender la fama de loco desatinado, que intenta conseguir con sus débiles fuerzas el trastorno de las leyes naturales: y, no obstante, son muchos los que en el orden político y religioso apenas hallan otro expediente que volver la vista hacia lo pasado, y levantar del sepulcro los siglos que fueron, con sus hombres, sus leyes, sus costumbres y sus instituciones: empeño tan absurdo é irrealizable, como si al pisar los umbrales de la vejez llevando á cuestas la carga de nuestros achaques y desengaños, más insufribles por el temor de la muerte que con callados pasos se aproxima, suspirásemos por la juventud perdida y pretendiéramos que acudiese á nuestras quejas y remozara nuestros bríos, agotados por esa lucha diaria en que hasta los más valerosos tienen que caer necesariamente vencidos.

Tampoco podemos asentir á las afirmaciones de Nissard, cuando habla de nuestro poeta como pensador y moralista. Toda su sagacidad atizada por las intenciones menos benévolas apenas ha descubierto tal cual pasaje que denuncia al declamador ampuloso de la escuela, ó al epigramático que, en los momentos de mayor indignación, lanza un chiste procaz y corrosivo contra el infeliz á quien hace blanco de sus flechas; y con tan pobres argumentos y tan inseguros indicios se arroja á pronunciar sobre los sentimientos y la moralidad

de las sátiras fallo tan riguroso como el siguiente: «Juvenal vivió en medio de la decadencia. A pesar del laconismo de su historiador, es fácil en mi entender á cualquiera que haya hecho un estudio algo profundo de este poeta, determinar lo que debió ser su carácter y su conducta. Insisto en la necesidad de un estudio profundo, porque si es cierto que no hay ningún género de poesía que sea producto más directo de su tiempo, que la sátira, que saca de él todos sus materiales y de él toma todos los colores, no es igualmente una verdad innegable que sea siempre la expresión fiel del carácter de su autor ni que en ella se descubra á primera vista el hombre en el poeta. Y esto es aplicable á casi todos los satíricos y especialmente á Juvenal. Al principio parece un hombre acalorado y fogoso del temple de Thraseas, que alivia su resignación con sus gritos de cólera, ya que la fortuna no le dejó protestar con una honrosa muerte contra la monstruosidad de su siglo; pero estudiándolo más á fondo, bien pronto se descubre que es un ser indiferente, que se acalora para decir frialdades, cuya indignación es más de cabeza que de corazón, y que el fondo de su filosofía es la indiferencia de Horacio con un alma más fiera y acaso costumbres más castas». Y en comprobación de sus asertos aduce el testimonio de su intimidad con Marcial, y el color harto subido de los epigramas que le inspira. Como si éste debiese guardar más consideraciones al amigo de la juventud, que las que se guardaba á sí mismo y al público que reía de la mejor gana los chistes escabrosos de su musa desvergonzada, so pena de perjudicar con su amistad, por tantos apetecida, á quien hacía objeto de su franca predilección. Marcial era mucho más honrado que decentes no pocas de sus ocurrencias. «Si

nuestra página es lasciva nuestra vida es proba», dice con sinceridad, y fuera de ciertas humildes adulaciones arrancadas por el hambre, sólo se le puede reprochar el desahogo con que describe, expone y pinta la desnudez impúdica de una sociedad que no pecaba de encogida ni meticulosa, ni se solía incomodar, porque un poeta zumbón diese forma á las murmuraciones y chismes de su crónica escandalosa convirtiéndolos en festivos epigramas, mil veces leídos y celebrados por los mismos que solían ser blanco de sus punzantes alusiones.

Juvenal aborrecía el fanatismo del sectario que hace antipática al hombre razonable hasta la misma verdad. Los cínicos merecen su desdén, los estoicos se diferencian de aquellos en la longitud de la túnica, y sólo para la sobriedad de Epicuro encuentra frases de cariñosa consideración. Conocedor de los sistemas filosóficos y sus tendencias morales, jamás quiso jurar, siguiendo á Horacio, sobre las palabras de un maestro. La rigidez del Pórtico que no concedía su venia á la culpa más leve, chocaba con su ilustración, y el libertinaje epicúreo que hacía del deleite el fin supremo de las aspiraciones humanas, repugnaba á la austeridad de sus sentimientos. Ni considera iguales todas las faltas, ni se revuelve con la misma saña contra la infeliz sierva que descompone un rizo del tocado de su señora, que contra la infame Porcia asesina de sus propios hijos, ó el insolente Crispino á quien no quitaba el sueño el castigo horroroso de la vestal que su sacrílega lubricidad había corrompido. Distingue perfectamente las faltas de los crímenes, y se burla de las unas y abomina de los otros con transportes de horror y cólera. Es más, reconoce de buen grado que en la mocedad son naturales ciertas lozanías, reprehensibles en años más

reflexivos y adelantados. *Quaedam resecentur prima barba* «ciertos devaneos deben caer con la primera barba», (Sát VIII). *Breve sit quod turpiter audes*, «sea muy corto el tiempo en que vivas entregado á las torpezas sexuales»; porque el vigor de la juventud no se te ha dado para escandalizar, sino para sentir honradamente y crear una familia que sea mañana el orgullo y sostén de tu achacosa ancianidad; y si es disculpable la pasión juvenil que enciende la sangre y apaga la luz de la razón, cuando el olvido del deber y el miramiento resulta un corto paréntesis abierto en el discurso por el ardor de la inexperiencia, sería digna de áspera reprensión tu conducta si vivieses años y años encenagado en la crápula y olvidada es la obligación de emplear el tiempo en los oficios propios del buen ciudadano. Juvenal es un juez severo y rígido, pero no siempre inflexible; indaga la calidad y las circunstancias del delito, y le impone el castigo consiguiente á su intrínseca malicia: no tiene la tolerancia benévola de Horacio con los bribones empecatados, ni se obstina en creer, como Persio, que baste mover un dedo para incurrir en responsabilidad; y no por esto se puede decir que su moral sea ecléctica, circunstancial y acomodaticia, sino la moral sensata, práctica y de resultados positivos, la que no pretende convertir al hombre en el símbolo de la perfección absoluta, pero trabaja esforzadamente por que no sea un malvado, que acabe por despreciarse y odiarse á sí mismo al ahondar dentro de su corazón y no descubrir allí más que instintos soeces, bajos apetitos y tardíos y cobardes arrepentimientos. Precisamente por esta indulgencia, que tanto acredita su lenidad con los errores y descuidos de los mozos, es tan duro é inexorable con el incesto, la pederastia, el parrici-

dio y el asesinato, á los que lanza furiosos anatemas que suenan tan aterradores en los oídos, como en la conciencia los gritos del remordimiento que siguen á la perpetración del delito. Precisamente lo que decidió su voluntad, si hemos de dar crédito á lo que nos dice en su sátira primera, fué la escandalosa depravación que paseaba triunfante por las calles de Roma, y sublevaba su carácter tan amante de lo bueno y lo justo, arrastrándole á riesgos y peligros de los que ya había sido víctima por la enemiga de un histrión. Ó Juvenal fué un indigno farsante, tan despreciable como los hipócritas taticiturnos que en su sátira segunda aparecen entregados á las más viles disoluciones, cubriendo la inmundicia de sus cuerpos con la toga amplia y negligente del filósofo, ó hay que convenir en que prestó á sus contemporáneos los servicios relevantes de esos médicos, que, en medio de una sala de apestados, permanecen inmunes al contagio, y conservan bastante serenidad para acudir en auxilio de los que aun son capaces de salvación, y arrancar el mayor número posible de presas á la muerte con su ciencia, su humanidad y su valor, no menos heroico que el prodigado en los campos de batalla. Ni una sola vez se desmiente, ni una sola vez se equivoca: lo que él juzga inicuo y abominable, lo es, lo ha sido y lo será, mientras la noción de lo justo y lo injusto ilumine nuestro cerebro. Los que no sienten la hermosura de la virtud ni los atractivos que la hacen tan seductora, nunca acertarán á describirla como Juvenal; pues el hombre indiferente, que se inclina á transigir con el mal para evitar mañana otros mayores, halla á la mano atenuaciones y delicados eufemismos, se esfuerza por ganarse las simpatías de sus semejantes y explota en la ocasión sus errores en provecho pro-

pio: intima con los buenos acreditando su falsa hombría de bien, y no rechaza á los ruines y perversos para demostrarles que no le asustan sus fechorías; y no truena, no se encoleriza, ni desentona porque sabe que el sol de la verdadera justicia no ha de resplandecer jamás sin nubes sobre la frente de los mortales, y mucho menos, como Juvenal, se cala el yelmo, empuña la lanza y se arroja á un combate desesperado en que todas las probabilidades están en favor de su derrota: lo que prueba la sinceridad de sus convicciones, pues nada nos autoriza á suponerle tan loco de atar que se expusiera al peligro por defender en público lo que en privado le fuese indiferente. Esto es tan absurdo que no merece la pena de la refutación.

Como dice perfectamente el señor Diaz Carmo-
na en el estudio de Juvenal que precede á la traducción de sus sátiras publicadas por la Biblioteca Clásica, «la primera cosa que se observa es que su autor tenía una alma honrada y recta, junto con cierta inflexibilidad de carácter que no le permitía transigir con los vicios, y cuanto mayor es la indignación que maniñesta, mayores son también las pruebas de esa honradez y rectitud. Hay cosas que no se fingen si no se sienten, y más diré, hay caminos que no se emprenden si no hay en el ánimo cierta propensión que mueva á ello. La idea sola de fustigar con el azote de la sátira á una sociedad corrompida, ni siquiera se le ocurre al hombre que vive sumérgido en la corrupción, y se halla muy bien con ella y sabe que la ejecución de esa idea está erizada de peligros y de escollos. Por el contrario el varón recto y de honestas costumbres que, nacido en una época de general corrupción y envilecimiento, ve por doquiera que torna los ojos pisoteada la moral, vendida la justi-

cia, olvidada la antigua grandeza, degenerados los caracteres, dominantes las más viles pasiones, escarnecida la virtud, la tiranía imperando arriba, el servilismos abajo, la adulación en todas partes, la liviandad más desenfrenada en todos los corazones sin encontrar en cambio una sola virtud, un solo rasgo de magnanimidad, de nobleza, de honestidad, ni de grandeza moral, ¿cómo queréis que no sienta hervir en su pecho la indignación, y si tiene aliento y ánimo para tante, no deje desbordar esa indignación en sus palabras, como la protesta de la naturaleza humana contra las que la cubren de vilipendio con sus vicios?». Quien así se produce no es el cronista indiferente de una época malhadada, que se goza en recoger el fango de las calles, la suciedad de los tugurios y el virus purulento de las llagas inmundas, y compone con estos ingredientes cuadros y escenas de efectos teatrales que revuelvan de asco los estómagos, y nos hagan tan repulsivo al autor como á su obra; es el juez incorruptible que se afana por hacernos odiosos los nefandos delitos que persigue y porque nos sea simpática y adorable la sobriedad, medicina del cuerpo, y la virtud que es el pan regalado del alma; mientras reserva su menosprecio para los títulos, los honores, las pompas y las riquezas que alucinan los ojos y corrompen el buen sentido de las muchedumbres.

Si algo sería lícito reprenderle es la frecuencia con que abandona la paleta del pintor naturalista, por explicar á sus lectores los principios de una moral elevada y sublime que los convierta en padres cariñosos, maridos intachables, solícitos tutores, amigos fieles y sinceros, y ciudadanos tan celosos del honor patrio, como aquellos que pujaron en la subasta de los campos donde asentaba sus

reales el vencedor de Cannas. Por dondequiera que abramos su libro le vemos remontarse en alas de la sabiduría, iluminar con la luz de los cielos su inteligencia, y derramar sobre sus contemporáneos ráfagas de verdades y enseñanzas que educaran al hombre nuevo y en todo diferente del que aparecía retratado en sus sátiras.

Véanse los sentimientos humanitarios que brotan de sus versos á la conclusión de la sátira décima quinta, escrita contra el estúpido fanatismo de los ribereños del Nilo, que no contentos con venerar como dioses las hortalizas que plantaban en sus tierras, los ibis, las serpientes y los monos, sentían odio tan feroz y salvaje contra sus vecinos, fanáticos adoradores de otros dioses de la misma estofa, que los retaron á campal batalla, haciendo dardos de las piedras y cuchillos de las manos; y en cuanto vieron caído uno de sus rivales, se gozaron en despedazarle y hacer de sus miembros un festín horroroso, que satisficiese al mismo tiempo su hambre y su odio.

Irritado contra tan feroces caníbales exclama:
«La naturaleza nos ha dado un corazón tierno que se revela en las lágrimas, y es el presente que más dignifica á la criatura racional; nos inclina á compadecer la desgracia del amigo que defiende su propia causa con la tristeza profunda del reo, y á respetar la inocencia del pupilo que emplaza ante el tribunal á su fraudulento tutor, y cuyos largos cabellos, caídos sobre la faz de rosa bañada en llanto, le asemejan á una niña encantadora. Sufriremos el imperio de la naturaleza ante el féretro núbil doncella y el sepelio de la tierna criatura cuyos restos aun no son quemados en la hoguera. ¿Qué hombre de bien, digno de empuñar la antorcha en los misterios de la diosa Bona y ser elegido

por la sacerdotisa de Ceres, permanece insensible á las desventuras de sus semejantes? La piedad, nacida al calor del aliento divino, nos distingue de los brutos, y eleva nuestros pensamientos á la comunicación de los dioses, y nos capacita para el ejercicio y progreso de las artes, don celestial negado á los irracionales que se inclinan y miran al suelo. El Creador dotó á las bestias de instinto y á los hombres de inteligencia, para que un afecto benévolo les obligara á socorrerse mutuamente, á reunir los grupos diseminados de población, emigrar del solitario bosque, abandonar las selvas habitadas por sus ascendientes, edificar viviendas y unir los propios lares con los del vecino, y gozar sueños tranquilos en el seno de la confianza común, proteger con las armas al ciudadano caído ó vacilante por la sangre que manan sus heridas, dar la señal de combate con la trompa conocida del ejército, y defender todas las torres y asegurar todas las puertas con una sola llave».

Mollissima corda

*Humano generi dare se natura fatetur,
 Quae lacrimas dedit; haec nostri pars optima sensus.
 Plorare ergo jnbet causam dicentis amici
 Squaloremque rei, pupillum ad jura vocantem
 Circumscriptorem, cujus manantia fletu
 Ora puellares faciunt incerta capilli.
 Naturae imperio gemimus, quum funus adultae
 Virginis occurrit, vel terra clauditur infans,
 Et minor igne rogi. Quis enim bonus, et face dignus
 Arcana, qualem Cereris vult esse sacerdos,
 Ulla aliena sibi credit malu? Separat hoc nos
 A grege mutorum: atque ideo venerabile soli
 Sortiti ingenium, divinorumque capaces,
 Atque exercendis capiendisque artibus apti,*

*Sensum a coelesti demissum traximus arce,
 Cujus egent prona et terram spectantia. Mundi
 Principio indulsit communis conditor illis
 Tantum animas, nobis animum quoque; mutuus ut nos
 Affectus petere auxilium et praestare juberet
 Dispersos trahere in populum, migrare vetusto
 De nemore, et proavis habitatas linquere silvas;
 Aedificare domos, laribus conjungere nostris
 Tectum aliud, tutos vicino limine somnos
 Ut collata daret fiducia; protegere armis
 Lapsum, aut ingenti nutantem vulnere civem;
 Communi dare signa tuba, defendier isdem
 Turribus, atque una portarum clave teneri.*

Dígase ahora si quien siente la solidaridad humana hasta derramar lágrimas de conmiseración á la vista de las desgracias del inocente, era un carácter seco y desabrido que miraba con olímpico desdén 'as desdichas no merecidas del prójimo. Dígase si es un sátirico indiferente quien al condenar los votos indiscretos que se dirigen á los inmortales, pidiéndoles honores que deslumbren, riquezas que fascinen, cargos que envidie el vulgo, dotes oratorias que causen la admiración de presentes y venideros, los triunfos de los héroes, la longevidad de Nestor ó Priamo, ó la belleza fascinadora de Adonis, mercedes tan deseadas como dañosas y perjudiciales á los pocos que las obtuvieron, advierte en estas palabras lo que se permite pedir á los dioses, más solícitos que nosotros mismos en lo que importa á nuestra felicidad.

•Ruégales te concedan un claro entendimiento, un cuerpo sano, un ánimo valeroso y libre de los terrores de la muerte, que no codicie la efímera dicha de prolongar la existencia hasta la decrepi-

tud, y sepa sobrellevar en calma sus contrariedades, que jamás se encolerice, que nada ambicione, y que prefiera los trabajos y las fatigas de Hércules, á los placeres de Venus, los banquetes opíparos y los mullidos lechos de Sardanápalo».

*Orandum est, ut sit mens sana in corpore sano
Fortem posce animum, mortis terrore carentem,
Qui spatium vitae extremum inter munera ponat
Naturae, qui ferre queat quoscumque labores,
Nesciat irasci, cupiat nihil, et potiores
Herculis aerumnas credat saevosque labores,
Et Venere, et coenis, et pluma Sardanapalli.
Monstro quod ipse tibi possis dare. Semita certe
Tranquillae per virtutem patet unica vitae:*

(Sát. X.)

Pasajes como estos son tan frecuentes, que nos inclinamos á creer que encontraba á veces íntima fruición en abandonar los perversos á su suerte, y recrearse en la compañía de los pocos elegidos, señalándoles el camino de la rectitud que conduce al logro de la dicha verdadera. En otras calla el filósofo, y habla el mundano, seguro de que sus malignas advertencias no serán echadas en saco roto por los libertinos amenazados con los chismes é indiscreciones de los siervos, castigo el más doloroso y acerbo, por lo mismo que se lo imponen aquellos que comen su pan, se resguardan bajo su techo y llegan por la soltura de la lengua á ser los dueños de la reputación y tranquilidad de sus casas.

«¡Ah, Coridón, Coridón, ¿esperas que nadie guarde los secretos del poderoso? Antes que sus esclavos callen, hablarán los jumentos, los perros,

los mármoles y las columnas. Cierra las ventanas, tapa los resquicios, une bien las junturas de las puertas, quita la luz del aposento, y todos los divulgan. Nadie se acuesta junto á su cámara, y á pesar de tan exquisitas prevenciones, lo que hizo antes de cantar por segunda vez el gallo, lo averigua el tabernero vecino antes de anochecido, y lo sabe con las añadiduras que ponen de su cosecha el escribiente, el cocinero y el pinche. ¿Qué crimen dudan achacar á sus amos los que sólo así se vengan de los azotes recibidos? ¡Ah!, no faltará un borrachón que te busque en la vía pública, y *velis nolis* te regale el oído con el sucio relato de tus liviandades. Tú le suplicarás como á mí que baje la voz, pero sordo á los ruegos, gozará más en pregonar tu infamia, que apurando del hurtado Falerno tantas copas, cuantas apuraba Lausela en sus brindis á la salud de la patria».

*O Corydon, Corydon, secretum divitis ullum
Esse putas? servi ut taceant, jumenta loquentur,
Et canis et postes et marmora. Claude fenestras,
Vela tegant rimas, junge ostia, tollito lumen
E medio, clamant omnes: prope nemo recumbat,
Quod tamen ad cantum galli facit ille secundi
Proximus ante diem caupo sciet; audiet et quae
Finxerunt pariter librarius, archimagiri,
Carptores. Quod enim dubitant componere crimen
In dominos, quoties rumoribus ulciscuntur
Baltea? Nec deerit qui te per compita quaerat
Nolentem, et miscram vinosus inebriet aurem.
Illos ergo roges, quidquid paulo ante petebas
A nobis taceant illi; sed prodere malunt
Arcanum, quam sobrepti potare Falerni
Pro populo faciens quantum Lausella bibebat.*

(Sát. IX.)

Este es el suplicio mayor de los audaces que menosprecian por igual las leyes humanas y divinas, pero mudan de color y se estremecen como si vieran una espada ante sus pechos, cuando algún bellaco que no se muerde la lengua, aprovecha la ocasión y los apedrea con una granizada de insultos tan atroces como merecidos. Y para no multiplicar las citas, terminaremos este debate entablado por el crítico Nissard, con aquel apóstrofe tan tierno y conmovedor que le arranca en la sátira séptima la tacañería y mezquindad de los ricos con los maestros de sus hijos, pagados más ruinmente que los pinches, lacayos y cocineros:

«¡Oh dioses, haced que la tierra pese levemente, que broten rosales olorosos y reine una perpetua primavera en torno de las urnas sepulcrales de nuestros antepasados, que honraron al maestro poniéndole en el lugar sagrado de un padre!»

*Di, maiorum umbris tenuem et sine pondere terram,
Spirantesque crocos et in urna perpetuum ver,
Qui praeceptorem sancti voluere parentis.*

No insistimos sobre este punto, porque haríamos sospechosa la razón, esforzándola demasiado con nuestros argumentos, harto más débiles que la base donde se apoyan: sólo añadiremos, que si algo se puede reprochar al poeta, es el frecuente abandono de su misión de censor, por el de maestro de las costumbres, y el dar á sus últimas invectivas el tono de serias y elevadas disertaciones de moral, que enderecen los pasos de los buenos, ya que no logren detener la carrera precipitada de los perversos.

Nissard recomienda un estudio detenido y profundo de Juvenal que rectifique los juicios de la

crítica harto interesados en su favor, y, á nuestro parecer, su pretensión de haberlo realizado, le ha hecho descubrir manchas y lunares capaces de reducirlo á la talla de un ingenio mediocre que en estilo alisonante dice algunas frías vulgaridades; y no contento con cercenarle sus méritos indiscutibles, le acusa también de escéptico y descreído, y si no llega á lanzarle la nota de impiedad, no anda muy lejos de suponer que la merecía. ¿Y en qué funda su acusación? En que se burla sin rebozo de Júpiter y Marte por sus escandalosos adulterios, y abomina de los ritos y ceremonias que bajo pretexto de religión daban pábulo á las orgías más increíbles, y del fanatismo venal de los que comercian con las cosas sagradas, vendiendo la interpretación de la voluntad divina á precios exorbitantes ó económicos según la bolsa de los crédulos que embaucaban sus necias supercherías; pero cuida de no traer á colación los hermosos versos de la sátira segunda que culpan á la indiferencia religiosa de haber helado la piedad en los corazones, y suspiran porque la luz de la fe vuelva á encender en ellos el fuego sacrosanto de las antiguas y púdicas costumbres, y se desentiende de la sátira décima quinta que en su final es una acción de gracias á los dioses, por haber formado el linaje de Japeto de una arcilla superior á la de los brutos, y haberle infundido su aliento creador de las ciencias y las artes; y aparenta olvidar otros pasajes no menos significativos que dejan entrever á las claras que el poeta se consolaba interiormente de los tedios y repulsiones de la vida, recogién dose en el santuario de su alma, y platicando á solas con la divinidad tal como la concebía su razón potente y luminosa.

Nada más absurdo, ni tampoco más frecuente,

que esas acusaciones de incredulidad lanzadas por el fanatismo contra las inteligencias preclaras, que repugnan encerrar el concepto sublime de lo divino en mitos tan poéticos como inverosímiles, ó en supuestos que rechaza la razón indignada. A mayor comprensión de la naturaleza y el hombre, más tiene que agrandarse la idea del Sér que ha creado tantas grandezas y maravillas. En un cerebro estrecho y raquíptico la concepción religiosa será tan limitada como la cortedad de sus alcances y se revelará por actos y exterioridades de cuya significación ni aun sepa darse cuenta. Esta es la fe de las turbas, no la de los creyentes que razonan los motivos de su adhesión moral y religiosa, y sienten resonar dentro de sí, con las voces más tiernas, la piedad que los distingue de los brutos y les impide permanecer sordos á los mandatos de la religión, siquiera la conciban como la concebían los Sócrates y Platones, despojando al mito de su poesía, como á un fruto de la corteza para saborear la verdad escondida bajo su hermosa envoltura.

Aun hallamos menos fundamento á las apreciaciones de Nissard cuando niega que su musa fulmina la irritación impetuosa y la amenaza cruel con voz estentórea, y sostiene que su indignación procede de la cabeza más que del corazón y que su cólera es tan ficticia como la de esos energúmenos que para dar peso á sus razones, las envuelven en gritos y apóstrofes desaforados, dando á entender que hasta se recreaba en penetrar en los antros del crimen ó los tugurios de la liviandad, á la caza de tipos deformes y escenas repugnantes que llenasen el fondo de sus cuadros iluminados por el fulgor de un estilo brillantísimo, y que sus truenos y rayos son parecidos á los que el tramoyista falsifica en las tablas, y no á los que vibra un numen

iracundo que llena de angustia y zozobra las almas asustadizas de los criminales.

Falso de toda falsedad: sus gritos é imprecaciones no son las alharacas del demagogo que á falta de argumentos las echa por la tremenda, á fin de intimidar á los que no logra persuadir, sino los ecos de una conciencia recta y honrada que ya no es dueña de su silencio y lanza sobre sus contemporáneos acusaciones tan pavorosas como justas. Que al protestar de las alevosías y crueldades de Nerón se le aparezca el infeliz Orestes, y encuentre sus crímenes menos nefandos; que al desatarse contra la cobardía y el salvajismo del pueblo de Canopo, compare su horrendo delito con el de los bravos y tenaces españoles, á quienes el rigor de la adversidad obligó á nutrirse con cadáveres humanos por no doblar sus cabezas á las imposiciones del sitiador, y recuerde con tal motivo las doctrinas de Pitágoras; que en algunos otros casos la furia de su indignación se temple y dé lugar á luminosas sentencias filosóficas, aprendidas en la escuela de Sócrates y de Cleanto, nada, absolutamente nada prueba lo que el crítico francés pretende; pues ni son tan extemporáneos estos recuerdos que merezcan una sonrisa de desdén, ni nos parece acertado juzgar á un poeta del primer siglo de la Era como á un autor de nuestro días. Algo ha progresado la lógica, algo también la delicadeza de la educación y los sentimientos que nos impiden aplicar el mismo criterio á antiguos y modernos, á nacionales y extranjeros; y si nosotros, según es el público á quien dirigimos la palabra, empleamos las formas del discurso que mejor se relacionan con su inteligencia, prescindiendo de otras más eficaces y concluyentes, no vemos por qué negar este derecho á un satírico que no escri-

bía como Horacio para un círculo de intelectuales, sino para los súbditos de un vasto imperio, en que era tan refinada la cultura de unos pocos, como ciega, brutal y crasísima la ignorancia de la multitud.

De la abundancia del corazón habla la lengua, y el que tan implacable se muestra con los profesores de moral y los intérpretes de la ley encenagados en la crápula, no iba á declararse reo de la misma culpa con una indiferencia sospechosa de complicidad. Detengámonos en la sátira primera, y haciendo coro al chiste punzante y á la risa forzada del que ríe por no entregarse á la desesperación impropia de la entereza varonil, oiremos las voces mal reprimidas de la cólera que prorrumpen en estrepitosos dieterios, los chasquidos del látigo que cruza el rostro de los insolentes enriquecidos por su falta de aprensión, el zumbiar del sarcasmo que penetrá como un dardo en las carnes embotadas por la gula y el sensualismo, y la sentencia de muerte dictada contra el que á fuerza de glotonerías se apresura su fin, y es conducido al sepulcro sin que una lágrima de piedad ó agradecimiento resbale por su pálido cadáver; y el hondo desconsuelo del autor que vé la intensidad del mal y no acierta el remedio de tanta desventura, encienden sus ojos con el fuego de la ira, y arrancan de sus labios frases de desprecio, contra los poetas que cantaban los prodigios de las leyendas mitológicas, en vez de dirigir una mirada escrutadora en torno suyo, y buscar en la realidad hechos, personajes y argumentos que mereciesen salir á luz cubiertos de oprobio y baldón para escarmiento de ruines y facinerosos, persuadiéndole de que sólo la sátira es el género que debe cultivar un poeta digno de loa, cuando hay tanto que reprender y tan poco

que alabar en la inmunda sentina en que la capital del orbe se había transformado.

«Imposible no escribir sátiras (exclama) cuando un joven eunuco se desposa, cuando la intrépida Mevia hiere al jabalí etrusco, y se presenta con el venablo en la mano y el pecho desnudo, cuando un quidam que me rasuraba de mozo, provoca á todos los patricios con sus riquezas, y cuando Crispino, nacido entre el populacho del Nilo y esclavo de Canopo, cuelga en sus hombros la púrpura de Tiro, y luce los anillos de oro de verano en sus dedos sudorosos, incapaces de resistir el peso de otros mayores. ¿Quién puede tolerar los escándalos de la abyecta Roma? ¿Quién no se irrita al ver la nueva litera del abogado Matón llena con su abdomen, y al delator de un gran amigo, pronto á devorar las reliquias de su mermado patrimonio, delator á quien Masa respeta, á quien Caro envía regalos, y á quien el pusilánime Latino entrega su mujer Timele? No extrañes que te deshereden los que redactan á su favor las cláusulas de un testamento en recompensa de sus servicios nocturnos locamente pagados por la sensualidad de una vieja ricachona, hoy el camino más recto para llegar á la fortuna... reciban enhorabuena el jornal ganado á costa de su sangre, y palidezcan, como el viajero que pisa descalzo una culebra, ó el retórico que pronuncia su arenga junto al ara del templo de León.

¿Y no arrojaré toda la bilis del hígado á la faz de ese miserable que tras despojar y corromper á su pupilo, aun atropella al pueblo con la turba de sus acompañantes, y á la del inicuo procónsul que logró, mediante el soborno, eludir el castigo de las leyes?»

Quum tener uxorem ducat spado, Maevia Tuscum
 Figat aprum et nuda teneat venabula mamma:
 Patricios omnes opibus quum provocet unus,
 Quo tondente gravis juveni mihi barba sonabat;
 Quum pars Niliacae plebis, quum verna Canopi
 Crispinus, Tiras humero revocante lacernas,
 Ventilet aestivum digitis sudantibus aurum,
 Nec sufferre quaet majoris pondera gemmae
 Difficile est satiram non scribere. Nam quis iniquae
 Tam patiens urbis, tam ferreus, ut teneat se,
 Causicidi nova quum veniat lectica Mathonis
 Plena ipso? post hunc magni delator amici,
 Et cito rapturus de nobilitate comesa
 Quod superest, quem Massa timet, quem munere palpat
 Carus, et a trepido Thymele submissa Latino?
 Quum te submoveant, qui testamenta merentur
 Noctibus, in coelum quos evehit optima summi
 Nunc via processus, vetulae vesica beatae?
 Unciolam Proculcius habet, sed Gillo deuncem,
 Partes quisque suas, ad mensuram inguinis haeres.
 Accipiat sane mercedem sanguinis, et sic
 Palleat, ut nudis pressit qui calcibus anguen.
 Aut Lugdunensem rethor dicturus ad aram.
 Quid referam quanta siccum jecur ardeat ira,
 Quum populum gregibus comitum premat hic spoliator
 Pupilli prostantis? et hic damnatus inani
 Iudicio

(Sát. I.)

Este temple vigoroso y audaz se revela con la misma intensidad en las sátiras restantes, siempre que la ocasión lo reclama y hasta cuando pinta cuadros de sin par efecto con oscuros colores y al rudo sarcasmo sustituye la ironía que asoma la risa á los labios que la pronuncian, ríe como hombre grave y austero que contrae ligeramente la

boca sin abrirla la necesidad de una carcajada alegre y estrepitosa: sus chistes, sus befas, sus ocurrencias no son alfilerazos que manchan la piel con una gota de sangre, son golpes que dejan maltrechos y con heridas gravísimas á los que provocan su fiero ensañamiento; mas como es imposible continuar largas horas en la indignación, recoge las velas cuando le conviene y deja bogar su nave al soplo de una brisa refrescante; y la transición es á veces tan brusca, que nos produce el efecto que al salir de una habitación caldeada nos produciría la ráfaga de aire glacial que azotase nuestra cara al descubierto. La cólera es un furor instantáneo que en su misma fogosidad consume la fuerza que la alimenta, y sus transportes impetuosos producen tal laxitud que brindan pronto con el sosiego al espíritu soliviantado.

Pretender la continuidad de la indignación nos parece tan poco juicioso, como exigir de la tempestad que asuste con el trueno y azote los campos con su lluvia torrencial, y no desvanezca sus nubes ni dé punto de respiro á la tierra amedrentada. Las pasiones más vivas son por su intensidad las menos duraderas; pues las grandes excitaciones relajan de tal modo la fibra que producirían la locura ó la muerte si la naturaleza con voz imperiosa y nunca desobedecida no les señalase el momento en que debe cesar su violencia; mas no por esto deja de ser tan sincera la cólera de Juvenal como repugnante el cinismo y la desfachatez de los malvados que provocaban sus violentos exabruptos.

Juvenal y Horacio

Viendo los críticos en la sátira juvenalesca una nueva forma de esta composición distinta de la horaciana y de la que en época más remota cultivó el atrevimiento de Lucilio, han dedicado sendas páginas á señalar las diferencias esenciales entre la burla de Horacio festiva y maleante, y la ironía de Juvenal, tan grave como el rostro de un juez severo, y mientras unos le saludan con el nombre de príncipe de los satíricos, y le dan la primacía sobre sus antecesores, otros menos entusiastas se complacen en relegarle á segundo término, ó deprimen su bien conquistada reputación más de lo que consienten los fueros de la justicia. En realidad estos dos poetas se dividieron los dominios de la sátira, recibiendo el uno las tierras más fértiles y risueñas, el otro las más abruptas, enriscadas y peligrosas; obedeciendo cada cual á su genio personalísimo y á la fuerza de las circunstancias, y llegando por distintos senderos al fin especial que se proponían. Los que se deleitan con la gracia regocijada y chistosa, la ironía burlona y el rasgo fino é insinuante que asoma á los labios una risa franca y placentera, los que profesan la teoría del arte por el arte, y estiman sus obras originales como delicadas joyas

de oro, que no necesitan el aditamento de las piedras preciosas para que el buen gusto de quien las lee, entusiasmado por el artificio y la materia, las aprecie en su justo valor, los cortesanos elegantes, los hombres de mundo y los espíritus poco escrupulosos que consideran el arte de vivir y agradar como el más difícil y necesario de todos, encontrarán mayores encantos en la seducción y finura de Horacio que en las rudas invectivas y los cuadros sensacionales y á menudo repulsivos que se complace en trazar el satírico de Aquino, para que el horror al vicio y al crimen sea tan grande como el desprecio consiguiente á los que se enfangan en el primero y se precipitan en el segundo, sin temor al abismo abierto ante sus pies por sus locuras y funestas aberraciones. Pero el que cree en la misión del arte trascendental, que no satisfecho con entretener ocios y divertir melancolías, aspira á la enseñanza de los preceptos morales que dignifican la humana naturaleza, el que poco inclinado á saborear los goces de un refinamiento cuyas delicadezas escapan á su comprensión, se enardece y entusiasma con los atrevimientos que el valor y la dignidad infunden en los pechos varoniles, el que sabe por experiencia cuánto purifica el deseo de adquirir y conservar la virtud, por los esfuerzos á que obliga la adoración de esta divinidad tan hermosa como exigente, ése dará siempre la primacía á la impetuosidad y dureza de nuestro satírico, sobre la gracia chispeante y donosa de Horacio, defensor tan tibio de la virtud, que autoriza á suponer que no creía ciegamente en sus maravillosas excelencias, á pesar de preconizarla en repetidos lugares como la adorable compañera que más contribuye á nuestra felicidad.

Juvenal, franco y denodado en sus ataques,

jamás esconde la mano con que vibra dardos mortales contra los viles objetos de su animadversión; pero teme comprometer su crédito personal y se aparta cuanto puede de aparecer en su obra satírica, recatándose constantemente de la vista del lector, como si se avergonzara de mezclarse y confundirse con el aluvión de bellacos, malsines, delatores y afeminados que se destacan en sus cuadros de un realismo tan brutal como los hechos denunciados: en la sátira horaciana, muy al revés, el autor y la obra forman un todo indivisible: ésta no es más que la manifestación alegre y divertida de sus gustos, sus deseos y su propensión á reirse de todos y de todo, sin perdonar sus propias inconsecuencias y volubilidades que le hacían á menudo pensar si acaso no estaría tan loco como aquellos de quienes tan graciosamente se burlaba. Cuando no es el principal actor ó interlocutor de las escenas cómicas que representa con su siervo Davo, el jurisconsulto Trebacio ó el anticuario Damásipo, es un elemento que bulle, se agita y deja sentir á través de sus chistes, dándonos cuenta exacta y cumplida de su manera de pensar, sus ocupaciones y sus contratiempos, y mostrando á todas horas que desea ser conocido como hombre, ya que nadie le desconoce como escritor; y á este afán continuo de exhibición debemos noticias preciosas y anécdotas interesantes que nos infunden la creencia de haber vivido con él una larga temporada en amistoso y agradable consorcio; pues su franqueza y la irritabilidad de su carácter ponen al descubierto los últimos repliegues de su corazón sano y bueno, aunque voluble y antojadizo, y por consiguiente, si no siempre digno de elogio, merecedor siempre de una generosa indulgencia. Así, por ejemplo, cuando reniega y maldice del tráfago

insoportable de Roma, lo que más le irrita y encoroca es que por ser tan conocido tenga que mostrarse tan tolerante con las impertinencias de los ociosos y mentecatos, es prestar á regañadientes una fianza por el amigo problemático que puede comprometer su crédito ante el tribunal, es verse obligado por negocios que no le van ni le vienen, á dejar el lecho en las mañanas de Enero, cuando el cierzo sopla más inclemente ó caen en abundancia los copos de nieve y esparcen por el suelo un manto de inmaculada blancura; es el que uno solícite su presencia ante el pretor, otro que no deje de acudir á la reunión de los empleados del Tesoro, y un tercero de muy malas pulgas, viéndole correr desalado por cumplir lo antes y más fielmente posible sus compromisos, se le encare con desfachatez y le pregunte con sorna si cree que el favor de la corte le autoriza á toda clase de atropellos; pero aguanta el chubasco, y si algún posma no se atraviesa en su camino, vuelve con las orejas gachas á su mansión murmurando entre dientes:

«¡Oh, mi amada granja! ¿Cuándo te veré de nuevo, cuándo podré bajo tu techo recrearme ya con los libros de los antiguos, ya con la quietud del descanso, ó las delicias del sueño que me haga olvidar las molestias de tanta agitación?»

*O rus, quando ego te adspiciam? quandoque licebit
Nunc veterum libris, nunc somno et inertibus horis
Ducere sollicita jucunda obliviam vital?*

(Sát. VI del lib. II.)

Y suspira por su quinta, donde encuentra el ocio que reclama su espíritu atormentado, y se dispara en amargas pullas contra las incomodidades de la capital que le roban el tiempo indispensable

para continuar su labor literaria, una de las más hermosas y fecundas que registran los siglos. En Juvenal nada de esto. Umbricio personifica al ciudadano probo y decente, que elige como el mejor partido retirarse á una casita de campo y huir de Roma, albergue de los mil y un bribones que, con sus astucias y bellaquerías, iban desterrando de prisa los pocos ciudadanos íntegros que en ella quedaban, obscurecidos por el insolente fausto de los advenedizos, y suplantados en las casas de sus patronos por la garrulería helénica, más grata á sus oídos que los acentos viriles del que había respirado los aires del Aventino. Le subleva ver que las artes honrosas son objeto de menosprecio y el trabajador muere de hambre, mientras nadan en la opulencia los contratistas de la limpieza de puertos y cloacas, los encargados de la cremación de cadáveres, y los traficantes en esclavos. ¿Qué otro partido tomar, si el pobre no sabe mentir descaradamente, ni alabar un libro detestable, ni extraer el veneno de los reptiles, ni prometer á un hijo desnaturalizado la muerte de su padre, ni llevar los regalos del adúltero á la infiel desposada, ni servir de cómplice á ningún famoso ladrón? Estos excelentes sujetos eran los que vivían á sus anchas, triunfaban de sus rivales y constituían la flor y nata de la sociedad romana, podrida por los cuatro costados: éstos y las prostitutas, los músicos y danzantes de Siria, y los astutos y solapados griegos que se deslizaban como reptiles en las casas grandes, y bien pronto las señoreaban á su antojo y conseguían echar á la calle al cliente de largos servicios, pagados con la ingratitud ó la indiferencia del patrono. Aun le llena de más sonrojo ver á los vástagos de un patricio formar entre la turba de los acompañantes de un esclavo recién llegado

á la opulencia, sin que los gritos de la sangre les recriminen su humillación, y oír las chanzas picantes que los burlones se permiten con el pobre que lleva la túnica apolillada y el zapato descubierto el lino untado de pez en el cuero mal cosido, amén de sufrir los rigores crudos de la abstinencia, pues los alquileres de las habitaciones y el precio de los comestibles suben al compás que disminuyen sus medios, imponiéndole á diario sensibles y continuas privaciones. Luego los incendios, las muertes repentinas, los carros que atropellan, los estrépitos que ensordecen, el tropel que detiene ó empuja con las formas poco delicadas de golpes, estacazos y pisotones, y en último término los sustos del transeunte pacífico que afronta por la noche tantos peligros cuantas son las ventanas abiertas, tantos enemigos cuantos son los camorristas que á deshora se apostan en las esquinas, dispuestos á emprenderla con el incauto á quien su mala ventura obliga á navegar por un golfo tan lleno de sirtes y escollos, como los que ofrecía el maremágnum de aquel pueblo cosmopolita que albergaba en su seno la nata de la grandeza y la hez de la plebe más cínica y desharrapada. El mismo tono domina en la sátira octava que la Harpe considera la mejor de la colección, y es una filípica contra los vástagos de los nobles que ultrajaban con su incapacidad y molicie los vetustos cuadros de sus antecesores. Como hombre justo y sensato hace residir en la virtud la verdadera nobleza, juzga el vicio más degradante cuanto mayor la alcurnia de quien se abandona á sus halagos, y se dirige á Póntico, advirtiéndole de cuán poco sirven los árboles genealógicos, si los frutos que producen no son tan sanos como lo permite esperar la fecunda savia que en otro tiempo circulara por

sus ramas; pues sólo los que imitan la abnegación y heroísmo de los Paulos y los Drusos, y juntan á los timbres heredados otros no menos gloriosos á su propio esfuerzo debidos, tienen derecho á engrairse con la fama de sus ínclitos ascendientes, siempre que esta vanidad no les induzca á tratar con altanería insolente á los plebeyos distinguidos por méritos relevantes; porque en la obscura plebe se educa el orador elocuente que defiende los intereses del noble amenazado por un litigante de mala fe, el jurisconsulto que desata los nudos del derecho y el mozo que maneja la espada con brío, y corre á defender las águilas que vigilan las fronteras; pues no hay nada más triste que un noble decaído de su prosapia, ni más glorioso que sacar de la obscuridad un nombre resplandeciente con el brillo de sus propias hazañas. Páganse crecidas sumas por el caballo de sangre que, enardecido por el aplauso, consigue cien veces la victoria en el circo atronador, aunque venga de padres oscuros; y se vende á vil precio el potro de la yegua más celebrada cuando desdice de su casta, y acaba por tirar perezosamente de una carreta ó dar vueltas con los ojos tapados á la rueda de un molino; caso que la fortuna se huelga en repetir, para que nadie se envanezca necio y jactancioso y pagado de sí mismo por el lustre de sus ascendientes, y con sus laureles pretenda ceñirse la cabeza, sin haber obtenido ningún triunfo glorioso sobre los enemigos; porque su alcurnia será una voz acusadora de su negligencia ó una antorcha á cuyo fulgor se destague á la vista del pueblo, un hijo que afrenta á sus padres y un ciudadano baldón de la patria que ennoblece el nombre que él arrastra por el fango.

Y tras un pasaje de moral política que debieran aprender de memoria los destinados al gobier-

no de las provincias y las colonias, dá la última pincelada al retrato de Damásipo, quien poco atento á su dignidad consular, pasa alegremente su juventud en tabernas y caballerizas, en la honrosa compañía de prófugos, sicarios, ladrones, verdugos, rufianes y enterradores, derrochando sus caudales en la compra de caballos y la conquista de mujerzuelas, y acabando por contratarse como histrión, uno de los oficios más bajos para el orgullo de cualquier ciudadano, cuanto más para las ínfulas de un noble.

Juvenal procede siempre con sumo tacto, estudia la tesis, la desenvuelve bajo los varios aspectos que ofrecen puntos de vista favorables á la impresión apetecida, la adorna con las reflexiones y epifonemas que le sugieren los hechos, y la ilustra con pinturas y escenas copiadas de la realidad, con líneas tan justas, tonos tan vivos y luz tan intensa, que nos parece tomar parte en los descubrimientos de su mirada escrutadora, y una vez descubiertos jamás los olvidamos, como esos episodios culminantes de la existencia que dejan en ella una impresión de terror, amargura, espanto ó desolación que el curso de los años no consigue borrar nunca de la memoria.

También Horacio se burla en la sátira sexta del orgullo de la nobleza, también profesa la convicción de que el mérito personal vale más que el heredado, y se envanece de ser el hijo de un liberto que ha merecido la confianza de Augusto y el favor de Mecenas, pero su plan es enteramente distinto: no insiste en demostrar una verdad de que él está plenamente convencido, y hasta creería agraviar el talento de Mecenas, dirigiéndole advertencias que su proceder despreocupado hacía por completo innecesarias; y así se limita á ensal-

zar á su munífico protector, por cuyas venas corría sangre de reyes, y en cuyo pecho tuvieron más cabida el ingenuo Virgilio y su propia persona, que otros individuos célebres por la fama de sus ascendientes, y en seguida consagra á su padre el elogio más tierno y expresivo, por el celo que puso en darle una educación esmerada y en que la torpeza no manchase sus juveniles labios con esas frases mal sonantes que si molestan al que las oye, denotan en el que las profiere un desahogo harto libre y una corrupción anticipada. En Horacio la obra y el autor forman una hipóstasis que sólo la abstracción mental puede descomponer en sus términos integrantes. Cuando no es el protagonista de sus invectivas, es un personaje de los principales, ó se siente el hálito de su vena humorística correr por sus versos como la sonrisa por sus labios burlescos: escribe sátiras porque á ello le inclina su ingenio malicioso, porque lo mismo que el borrachón perdonavidas pintado por Juvenal, no acertaba á conciliar el sueño si antes de acostarse no había descalabrado á algún infeliz, él tampoco conseguía dormir tranquilo, si no había disparado alguna de sus pullas agresivas contra los que irritaban su cólera, tan pronta á estallar como á serenarse plácidamente, y seguro del éxito, y pertrechado con las cómicas sales de la comedia antigua que pierden algo de su acritud estimulante al rozar la finura de sus labios, se lanza á la calle y la emprende á roso y á belloso con los necios, los posmas, los locos y los mentecatos, no con la intención de corregirlos de sus estupideces y extravagancias, sino con la menos piadosa de que sean la fábula de la ciudad, regocijada de mantener en su seno payasos y bufones que á tan poca costa la diviertan de sus pesadumbres y tristezas. Diríase

al observar su marcha libre y desembarazada, que navega sin rumbo fijo en aquel golfo proceloso y alborotado por los chismes, los ruidos, los escándalos y los desatinos, como si no persiguiese otro fin que su propio deleite y entretenimiento, que más tarde había de saborear el lector, condensado y purificado en versos fáciles y picarescos. Así comienza en la sátira primera por aturdirnos con los votos, reniegos y maldiciones de los mil fracasados que atribuyen á su mala sombra ó peor elección lo que en realidad es la triste suerte de todos los nacidos. ¿Adónde irá á parar? nos preguntamos, y bien pronto una habilísima transición nos advierte que va á asestar sus dardos contra la avaricia, y que á través de aquellas recriminaciones á la fortuna, en el fondo late el descontento de los más, al ver defraudadas sus ambiciosas esperanzas. En la tercera se burla de la desigualdad chocante del carácter de Tigelio, ya adusto, ya complaciente, ya frugal y sencillo, ya fastuoso y derrochador, como el prototipo de la inconstancia y la versatilidad; pero acordándose de que el censor también tiene mucho de que avergonzarse y arrepentirse, entra en una serie de consideraciones sobre nuestra habitual falta de indulgencia con los defectos que descubrimos, si no inventamos, en el amigo, cuando tan benévolos, tolerantes y dulces somos con los nuestros, si ya no los defendemos como consecuencias legítimas de las grandes cualidades que nos adornan; y pasa á combatir la doctrina estoica que consideraba todas las faltas iguales, proclamando la equidad en el castigo, que haga santo y respetable el duro ministerio de la justicia. Tal es la índole de la sátira romana: lo mismo que el dítirambo griego, se mueve con un desorden más aparente que real, y á la conclusión reúne los

cabos sueltos, y los traba con tal fuerza que harían necesarios los brazos de Hércules para romper su cohesión y unidad. El poeta aparece en ella como un vagabundo que recorre las calles sin plan ni objeto determinado, pero al acercarse la noche, se encamina directamente al zaquizamí donde descansa de sus diarias y continuas excursiones. De aquí que sea á primera vista bastante difícil dar á sus sátiras un título apropiado y exacto, mientras con una sola palabra, los votos, los nobles, las mujeres, los hipócritas, la superstición, quedan perfectamente tituladas las de Juvenal, quien enlaza las distintas partes de la composición, como los miembros del discurso ó las escenas de una tragedia, que todos miran al fin inmediato por el orador ó el trágico perseguido. No se distrae, no divaga, no se extravía por tortuosos senderos, arrebatado por la violencia de la fantasía, hasta que la razón le advierta la necesidad de volver sobre sus pasos y encaminarlos con mejor acuerdo; va siempre derecho á su objeto, y si la pasión le arrastra, galopa briosamente como ginete que intenta llegar el primero al término de la jornada; si obedece á los dictados de la persuasión, se mueve con lentitud, como filósofo que aprovecha las horas de viaje y se abisma en austeras y graves cavilaciones; y cuando tropieza en su ruta con bicharracos y reptiles inmundos, deformes ó venenosos, los aplasta con sus pies, ó los señala con el látigo de la ira que crispa sus nervios y solivianta su ánimo, hasta el paroxismo: ataca sin miramiento ni vacilaciones, como quien juega el todo por el todo, y sabe de antemano la temeridad de la empresa que acomete, muy abonada para acarrearle sinsabores, destierros y persecuciones, que acaben con su salud y sosiego antes que con su ruda y varo-

nil entereza; y á los simples, á los necios, á los mentecatos, los acribilla con atroces sarcasmos ó les tira mordeduras crueles, llevándose entre los dientes pedazos de carne; á los cínicos y crapulosos con el látigo les cruza el rostro que jamás pudo enrojecer la vergüenza ni el pudor inconprensible al desenfreno de sus apetitos, ó con sus insultos les enciende la sangre más que las ansiedades de la lujuria que, como hierro candente, quema de pies á cabeza sus cuerpos prostituidos; y á los criminales y ladrones los coge, los oprime, los sujeta y los turlura, hasta descoyuntarles los miembros que chorrean sangre, quebrantarles los huesos, y arrancarles alaridos de terror, ya que su conciencia embotada por la culpa es incapaz de prorrumpir en gritos y confesiones de arrepentimiento: La virtud es su ídolo, y se goza inmolando en sus aras á los descreídos que le niegan su respeto y veneración: no la virtud acomodaticia del Venusino, que casi se confunde con el arte de vivir sin zozobras y molestias, ni la intolerante y adusta de Persio, que exige de la voluntad sacrificios incompatibles con su flaco y deleznable poder, sino la que radica en la conciencia escrupulosa, dueña de sí misma, que la luz del entendimiento distingue de las inclinaciones instintivas de los brutos, y eleva las funciones del organismo, convirtiéndolas en sentimientos purísimos y enternecedores ó en necesidades regidas por el freno de la sobriedad y la templanza: la que brota de la razón, esa partícula invisible del hálito divino, nacida para flotar en la altura y acercarse más cada día al origen inmortal de donde emana, y la que no trocaría un ciudadano patriota y honrado, por todos los sabios, todos los dichosos y todos los potentados de la tierra.

Horacio pretende deleitar antes que corregir.

su obra es más artística que moral; sus tiempos, aunque no muy felices, no tan calamitosos como los que siguieron á la muerte de Octavio. La paz reinaba en el imperio, la gloria lo sublimaba, y una fastuosidad deslumbrante despedía vislumbres de felicidad, ocultaba las miserias de las ínfimas clases sociales, y mitigaba el dolor de los proscritos por el odio de los vencedores. Sentíase dichoso después de los primeros trabajos de la juventud, y una vez conquistada su posición no quiso aventurarla á la primer imprudencia, y procuró guardar los más delicados miramientos á los personajes de la corte augustal. Si los censura es de modo tan suave, que confunde la advertencia con la lisonja: á un rasgo epigramático que produjese vivo escorzor, seguía un rasgo de galantería cortesana que desvaneciese la impresión primera, dejando orgulloso y satisfecho al víctima de sus áticas sales: finge muchas veces la alabanza para que la burla sea más graciosa; pero otras aparenta corregir á sus amigos, cuando en realidad les adula sin que perciban la bajeza de la adulación: su moral no es la aprendida en las escuelas, sino en el trato social y las advertencias del desengaño; sus axiomas, más que leyes categóricas son consejos de utilidad práctica acomodados á las circunstancias, que varían por momentos obedeciendo á la eterna é incesante evolución de las cosas. Piensa y discurre por cuenta propia, y cuando nutre su poesía con máximas de filósofos griegos, al refractarlas en el prisma de su inteligencia, les da visos y colores que las hagan más bellas y seductoras. Quiere ser original y lo consigue, ya tienda su vuelo por espacios inexplorados, ya arrastre perezosamente sus pies por las calles donde hormigueaban en número tan crecido los fatuos y pedantes, los ambiciosos y

calaveras. No bate el hierro en caliente ni aplica el cauterio á las llagas que descubre, por parecerle curables con más blandos remedios. Castiga las faltas con su risa-benévolá y juguetona, porque entiende que el ridículo obtiene éxitos más francos y decisivos que la virulencia hermana de la crueldad. Huye de las exageraciones de un proselitismo ciego, persuadido de que para caer en lo falso y erróneo, no hay como exagerar demasiado los argumentos que acreditan la misma verdad. Es bueno sin parecer intachable, prudente y comedido sin confundirse con un astuto vividor: limpia sus flechas del veneno de la acrimonia, y las asesta con ojo certero contra enemigos que no han de perder la vida, y acaso tras la convalecencia se sientan más fuertes y robustos: de aquí que Horacio ha sido y será el poeta de todas las edades, en tanto que Juvenal con sus crímenes horrendos y sus atrevidas desnudeces, sólo es disculpable refiriéndolo al siglo en que reinaron los Tiberios, Calígulas, Nerones y Domicianos. Si se nos preguntase á cual de los dos sistemas dábamos la preferencia, contestaríamos que los dos son excelentes, los dos responden á necesidades tan imperiosas como reales, y á los temperamentos poéticos de sus inventores: pero en Horacio vemos el genio del siglo de oro, y en Juvenal el feliz intérprete de un siglo abatido y decadente.

Nada más fácil á un espíritu superior que evitar el contagio de la obscenidad y la perversión, pero nada tan difícil como sustraerse á esas influencias invisibles que se filtran por los poros de una lengua, modifican lentamente su estructura, y adulteran el gusto con los más extravagantes caprichos. Al lado de Nerón puede alentar un patricio como Thraseas, un filósofo como Cornuto, una

esclava como Epicaris; desde el instante en que la decadencia se inicia en las bellas artes, corre apresurada por una pendiente fatal, y aun los ingenios de numen más privilegiado contribuyen á precipitar la ruina del edificio que pretenden sostener con los puntales de su talento y prestigio: tan flaco es el poder individual cuando se empeña en resistir el cumplimiento de las leyes que la naturaleza impone á las manifestaciones del espíritu humano.

Juvenal pagó tributo á la moda imperante, y si en el acierto es inimitable, cuando su indignación se calma, y la ironía le abandona, dejan en descubierta al declamador de los primeros años que llena con lugares comunes los huecos de su valiente inspiración. En los retratos de sus personajes apenas consiente rival, tres ó cuatro pinceladas firmes y vigorosas le bastan para presentárnoslos tan al vivo como si los tuviéramos delante: sus descripciones rebosan luz, ambiente y color, y no suelen incurrir en esa prolijidad enfadosa del realismo que lo copia todo porque ignora el arte de copiar: si narra algún suceso importante, creemos oír la trompa de Homero: tal es la majestad soberana que resplandece en su poesía fastuosa y grandilocuente: de pocos se podrán citar frases tan incisivas, sarcasmos tan punzantes, befas tan amargas, anatemas tan duros, desprecios tan inconsiderados, imágenes tan hermosas, y consejos tan útiles y practicables; pero si tiene momentos felicísimos, los tiene de gran desmayo y postración, en que el retórico ocupa la plaza del poeta, y estropea lastimosamente su obra soberana. La hipérbolo le saca de quicio, la antítesis le enamora, la paradoja no le parece recurso de poco valor y el retruécano que se divierte con la inversión artificiosa de los

términos, lo estima moneda de buena ley para comprar nuestra aprobación. Así en la sátira séptima, encareciendo la fortuna de Quintiliano que por la enseñanza de la retórica llegó á la dignidad consular, entona un ditirambo al feliz mortal que logró detener la rueda de la voluble diosa, y prorrumpe en esta trivialísima frialdad:

«Si á la fortuna se le antoja, de retórico te hará cónsul y de cónsul retórico».

*Si Fortuna volet, fies de rethore consul:
Si volet haec eadem, fies de consule rethor.*

(Sát. VII).

Su repugnancia instintiva, por los hombrezuelos de la Acaya que pusieron en Roma cátedra de todas las artes, sin excluir las más indignas y sospechosas, siempre las mejores recompensadas, no fué bastante á disuadirle de emplear voces y locuciones helénicas que corrompiesen la nativa pureza del idioma; y su afán de vi_ orizar y condensar el pensamiento, le lleva á menudo á la sequedad y dureza, que se compaginan muy bien con lo rudo y cruel de sus ataques. Juvenal nos parece un Victor Hugo á la romana: veía mejor las antinomias que las armonías, y se recreaba en producir con ellas poderosos efectos: maneja con suma habilidad el contraste, y como recelando que sus cuadros sombríos necesitasen una luz vivísima que causara la sorpresa de un claroscuro fuerte y atrevido, se afana por intercalar en las escenas de la disipación y la iniquidad otras tan delicadas é inocentes que parecen recuerdos de la musa virgiana. Tras las lamentaciones de Umbricio que sale

de Roma como vecino desahuciado, no por mal pagador, sino por resistir con firmeza las impertinentes exigencias del dueño de la casa, nos pinta la hermosa y aseada vivienda rural con su pozo de agua casi á flor de tierra, y su huerto de frutas y hortalizas que bastaban al regalo de cien pitagóricos. En la feroz invectiva contra las mujeres, ronco ya de pregonar escándalos y lubricidades de casadas y solteras, vuelve amorosamente la vista á los tiempos en que la honestidad santificaba el hogar doméstico con los frutos de la sucesión, vástagos dignos de la honradez de los padres y el pudor de las esposas; y por no multiplicar las citas, en la duodécima que da el parabién á su amigo Catulo, por haber regresado sano y salvo de una expedición marítima que milagrosamente no acabó en espantoso naufragio, bosqueja la deshecha tempestad con su obligado cortejo de rayos y truenos, el fuego que abrasa las velas, y el escalofrío de terror que hiela la sangre de los marineros, obligándoles á desembarazar la nave de su impedimenta, y hasta arrancar el mástil como único remedio de su situación desesperada, y contrasta aquel cuadro de horror y espanto, con éste que nos deja respirar una brisa balsámica y arrulladora.

«Después de atroces angustias el mar se serena, el tiempo benigno regocija al piloto, el destino vence la cólera de los vientos y las olas, las parcas sonrientes hilan con pródidas manos estambres más blancos que la nieve, Eolo respira con la suavidad de una brisa delicada, y la nave deslízase ligera, con los vestidos de los tripulantes puestos á guisa de lonas en la única vela salvada del incendio. Cesa el rumor del austro, y la esperanza de la vida

renace con el nuevo sol que dora la excelsa cumbre preferida por Julio á Lavinio».

*Sed postquam jacuit planum mare, tempora postquam
Prospera vectoris fatumque valentius euro,
Et pelago, postquam Parcae meliora benigna
Pensa manu ducunt hilares, et staminis albi
Lani cae, modica noc multum fortior aura
Ventus adest, inopi miserabilis arte cucurrit
Vestibus extensis, et, quod superaverat unum,
Velo prora suo. Jam deficientibus austris,
Spes vitae cum sole redit; tunc gratus Iulo,
Atque novercali sedes praelata Lavino,*

Lástima que en pos de tales versos, dignos de la zampoña pastoril de Virgilio, se entretenga en darnos cuenta del origen de la población, á que dió nombre la cándida puerca que los troyanos descubrieron, al descender de sus naves, amamantando con sus treinta ubres igual número de lechoncillos. No lo puede evitar, como acuda á su mente una idea que le permita el lujo de ampliificaciones ostentosas, da vueltas en torno de la misma, y la presenta bajo todas sus fases, y dice cuanto se le ocurre, aun á riesgo de interrumpir la hilación de los pensamientos que forman el núcleo de la sátira. Sin salir de la misma, veremos que al condenar la baja adulación de aquellos que apenas un rico poderoso como Galita ó Pacio sentía el amago de la fiebre, no vacilaban en sacrificar por el restablecimiento de su salud un elefante; así que nombra este paquidermo tan útil en la paz y la guerra, refrena el ímpetu de su ironía, y como un profesor de Historia natural, nos enseña que los elefantes «son extraños al Lacio y al resto de Italia, pues vienen de la India calurosa á pastar en los

bosques rútilos ó los amenos campos de Turno, y constituyen una propiedad exclusiva del César, no consentida á ningún ciudadano particular; y en las pasadas épocas servían al tirio Aníbal, al rey Pirro y á nuestros caudillos, para conducir á los campos de batalla las máquinas bélicas, las altas torres y las compañías enteras de soldados».

*Quatenus hic non sunt nec venales elephantii,
Nec Latio ant usquam sub nostro sidere talis
Bellua concipitur, sed furba gente petita.
Arboribus Rutulis et Turni pascitur agro
Caesaris armentum, nulli servire paratum
Privato: siquidem Tyrio parere solebant;
Annibali, et nostris ducibus, regique Molosso
Horum majores, ac dorso ferre cohortes,
Partem aliquam belli, et euntem in praecia turrim.*

Digresión á todas luces impertinente; pues no quita ni pone un ápice á la vil adulación que es el blanco de su invectiva, y casi nos hace olvidar la ruindad del sacrificador, ante la grandeza de la víctima inmolada; pero ésta le proporciona un motivo de amplificación y lo aprovecha como novel orador que solicita el aplauso de los oyentes, en períodos altisonantes y rotundos, que los embriague hasta el delirio con el ardor y la elocuencia de su maravillosa palabra.

Personajes satirizados por Juvenal

Horacio, por su amena jovialidad y humor chispeante, parece un simpático camarada que con sus alegres ocurrencias, nos alivia de enfadosas preocupaciones, y encaja como anillo al dedo en la crítica de los defectos, inconsecuencias, pretensiones y vanidades sin número de sus compatriotas, á quienes el humo de la prosperidad había trastornado los cascos de tal modo, que quien no andaba de coronilla, iba dando continuos traspiés en testimonio de su inseguridad cerebral. Si descubre las flaquezas de sus semejantes y las que reconocía en sí mismo, no más sensato ni circunspecto que aquellos con quienes vivía unido por los lazos de la amistad ó el simple conocimiento, pinta al hombre de todos los pueblos cultos y de todas las edades, al hombre que no peca en demasía por su candor ni tampoco por sus astucias diabólicas y crímenes horrendos, al hombre que podemos observar en calles y plazas, teatros y salones, ni tan malvado que infunda horror, ni tan cándido y bueno que su compañía nos haga saborear la inocencia de los años infantiles, al hombre egoísta, vano, malicioso, hipócrita, versátil, disipador, grotesco, chismoso y petulante, que se hincha como

la rana para dar un estallido, reniega de su profesión y desprecia la de los otros, amasa caudales y vive en la miseria, pretende deslumbrar y sólo consigue hacer reír con sus locas insensateces; pero al cual aceptamos de buen talante con sus máculas y resabios, como compañero de nuestra peregrinación, porque los santos, los perfectos, los impecables, si existieran algunos, acaso contribuyesen con su austeridad y rigidez á aumentar los tedios y sinsabores de que tan pródiga se muestra la existencia de los mortales.

Después de leer las sátiras horacianas nos sentimos más advertidos y más alegres, y nuestro concepto sobre la humanidad, aunque poco lisonjero, no es tan pesimista que reneguemos de nosotros mismos, por la consideración de estar formados del mismo barro y el mismo aliento. En Juvenal sucede al contrario, los personajes de sus sátiras el que menos debe arrastrar la cadena, el que más patear en la horca. Hubiera creído faltar á su deber entreteniéndose en pequeñeces, cuando tantos escándalos y crímenes solicitaban su atención, y pedían á gritos los anatemas de su cólera, ya que habían burlado las persecuciones de la justicia. Sólo por excepción se destacan en sus sátiras tres ó cuatro figuras nobles, que nos invitan á reflexionar sobre la minoría insignificante de los buenos en tiempos tan desventurados. El Umbricio de la sátira tercera, que se destierra voluntariamente, porque no sabe mentir, ni adular á los ricos, ni vivir á costa de su reputación, y como inválido para el trabajo que estuviese cojo ó manco, se resigna á su inutilidad, antes que á ser mudo testigo de las escenas que diariamente presenciaba. El anciano Crispo (Sát. IV). de carácter bondadoso, honestas costumbres y persuasiva elocuencia, que

llegó á morir octogenario, contemporizando con los males presentes, á fin de que no descargaran sobre su cabeza, harto débil para resistirlos; su colega Acilio, tan prudente, tan diplomático y tan feliz, hasta el día en que pasó por el horrible suplicio de ver cómo la cuchilla imperial separaba del tronco la cabeza de su hijo, sin otra culpa que su valor sospechoso á los ojos del déspota; y Cato, el héroe de la duodécima que sorprendido en alta mar por una furiosa borrasca, sólo piensa en la salvación de los tripulantes de su nave atestada de riquezas, y arroja sin dolor á la voracidad de las olas los mantos de púrpura, los tejidos de lana de la Bética, las vajillas de plata, las fuentes y las copas cinceladas, y acaba por derribar el mástil con el hacha, jugando el todo por el todo, y consiguiendo en premio de su desinterés y abnegación, que á los pocos momentos, sus temores de inminente naufragio se convirtieran en esperanzas de pronta y segura salvación.

Fuera de estos bellos y aislados caracteres que dan un momentáneo respiro al ánimo atribulado, los demás forman una galería de personajes odiosos, bajos y repulsivos, que ni siquiera tratan de cubrir con el antifaz de la hipocresía la desnudez hedionda de su inmoralidad, antes afectan vanagloriarse de ella, como si la audacia, coronándose con los atributos del valor, fuese un escudo que los defendiera de las iras de la ley y las lenguas de los maldicientes. La depravación había llegado á tal extremo que, en la creencia de Juvenal, los siglos venideros no añadirían gran cosa á las maldades del presente: porque la crueldad, la infamia y la prevaricación rebasando los límites de lo verosímil, se acercaban á los linderos de lo increíble. Aquí aparece, en magnífica pompa, rodeado de

un ejército de acompañantes, el tutor enriquecido con la hacienda del huérfano á quien corrompió su torpe brutalidad, para que la miseria le consolase de su afrenta, y el sonrojo de ésta le hiciese pensar menos en su infelicidad y abandono; allá el marido haragán y complaciente, que campa por su respeto y por las seducciones de su mujer, y que ora distrae sus ojos en las vigas del techo; ora ronca despierto con la nariz sobre la copa, convencido de que sus sueños y distracciones le han de poner la cama y la mesa con el regalo de un príncipe: acullá la cónyuge opulenta, harta del marido que quiso atarla corto en sus desenvolturas, y más hábil que Locusta en el arte de preparar brebajes mortíferos, sin miedo á las sospechas y rumores de vecinos y parientes escandalizados de la impunidad con que el crimen se atreve á romper los lazos del matrimonio: más allá el viejo verde que con las dádivas abre el camino á las insinuaciones y llega á corromper la esposa de su propio hijo, para que éste reniegue del padre que le engendró, y de su descendencia mancillada por el incesto; y el glotón insaciable que se sienta solitario á la mesa y devora con avidez un pavo entero, cuya difícil digestión le obliga á meterse en el baño, y trasladarse luego á la cama, donde fallece repentinamente, siendo conducido al sepulcro por sus amigos desatados en improperios contra su glotonería, que hizo imposible la menor muestra de liberalidad. En la sátira cuarta, con motivo de la asamblea que Domiciano convoca para discutir sobre el guiso y condimento del rodaballo descomunal que un pobre pescador acaba de ofrecerle, al lado de los bondadosos Crispo y Acilio aparece el indecente Rubrio, nacido en el cieno, viviendo en el cieno y arrojándolo á manos llenas contra sus ene-

migos, como si creyese purificarse de su inmunidia en vileciendo á los que se la arrojaban al rostro: Crispino el corruptor de una vestal, el antiguo vendedor de pescado, ungiendo su cuerpo con tal cantidad de esencias, que olía como dos cadáveres juntos, según la viva expresión del satírico: el cruel y sanguinario Pompeyo, hábil en captarse el favor del soberano con sus delaciones que hacían rodar nobilísimas cabezas; el sagaz Veyentón á quien su mujer Hípia puso en ridículo con su escapatoria en compañía de un soez gladiador, y el ciego Catulo, delirante por una doncella que nunca vieron ni habían de ver sus ojos, y que á fuerza de bajos servicios salió de la obscuridad para hacer más visible su degradación: dignos satélites del César que los congregaba á toda prisa, como si se tratase de una alteración en las fronteras ó algún secreto de estado del cual dependiese el orden y la seguridad del imperio.

Ya en la calle nos encontramos al rechoncho Dámásipo, conduciendo su veloz carroza á lo largo de la vía donde se alzan los sepulcros de sus antecesores y pasando la noche de claro en claro en hosterías mal olientes, acompañado de ramerás, ladrones y enterradores, los únicos sujetos dignos de merecer la confianza de un noble envilecido, aunque no tanto como aquel descendiente de los Gracos, que sordo á las voces de la sangre, tuvo la poca aprensión de salir á la arena, no con el escudo, el yelmo y la espada del mirmillón, sino con el tridente y la red que extendía su flaca diestra, huyendo de su adversario con la cara descubierta y reconocida por los espectadores asombrados de tal rebajamiento en alcurnia tan esclarecida. Si de la nobleza descendemos á la plebe, vemos al obscuro y solapado Novio con el aire mustio y afligi-

do del reo que aguarda la sentencia, tan apesadumbrado por el amago de fiebre que postra en el lecho á Galita, ciudadano opulento y sin hijos por supuesto, que, en un arranque de fingido dolor, promete conducir al ara un elefante de la India recreado en los bosques rútilos y degollarlo con pompa solemne ante los lares de su amigo, pero en balde, porque no faltará un Pacuvio que se ría de su ofrecimiento, y se disponga á inmolar por la salud del enfermo los más hermosos y arrogantes de sus esclavos; y si tuviese una hija doncella ofrecería también degollarla en los altares, para comprar con su sangre inocente la salud de quien le es más querido que su propia descendencia; y el enfermo, repuesto de su pasajera indisposición, y sorprendido por tanto heroísmo, testa legando sus inmensos bienes á Pacuvio, orgulloso de haber triunfado de sus estúpidos rivales. Luego viene el incrédulo que desafía temerariamente la ira de los númenes, convencido por mil ejemplos de que deja sentir muy tarde sus rigores inexorables, y acaso antes de llegarle el turno logre ablandarlos con sus preces: el ladrón sacrílego que pone sus manos en los vasos sagrados ó las ofrendas de los templos, y si la ocasión se ofrece, no vacila en raer con su cuchillo el muslo de Hércules, ó aliviar á la efigie de Castor de las láminas de oro que la adornan: el hábil falsificador que protesta de su inocencia ante el tribunal, y jura, sin mudársele el color del semblante, por la luz del sol, por los rayos de Júpiter Capitolino, por la framea de Marte, por las saetas de Apolo, por las flechas y aljaba de la cazadora Diana, por el tridente de Neptuno, padre del Egeo, y por todos los dardos que forjan las herrerías celestiales: el desalmado Rutilo que predica la igualdad y la solidaridad humanas, y no bien

alguno de sus siervos incurre en el menor desliz, lo azota sin piedad ó le quema las carnes con el hierro candente, y se deleita en el crujir de las cadenas y el rumor de los latigazos, como si llevasen á sus oídos ecos dulcísimos del canto de las sirenas: la impúdica Larga, que casi cuenta por los días de su vida el número de sus adulterios, y cuando la vejez le obliga á detenerse en los umbrales del deseo, alecciona á su hija inocente, y le dicta los términos de las cartas amorosas que ella misma entrega á sus perseguidores, por el orgullo de ver reproducidas en su descendencia las prendas y virtudes maternas: hijos que aceleran la muerte de sus padres con el cuchillo ó el veneno, suegros que corrompen á fuerza de regalos las mujeres de sus hijos, tutores que cumplen de igual modo la misión educadora que la ley les encarga con respecto á sus pupilos, poetastros famélicos y rastros, abogados farsantes, maestros que delatan á sus alumnos, alumnos que atropellan á sus maestros, la insolencia, la codicia y la prostitución en ricas literas, y la modestia y la honradez avergonzadas de sus triunfales exhibiciones, á cuyo esplendor contribuía una plebe ruin y cobarde tan idólatra del éxito, como despreciadora de la moral, la justicia y la religión de sus antepasados. El camino que debía conducir á la cárcel ó al patíbulo, llevaba á los favoritos de la suerte á la gloria y la exaltación: de aquí que fuesen tantos los imitadores, que siguiendo sus huellas, confiaban llegar más tarde ó temprano á la realización de sus quiméricas esperanzas.

Los hombres de bien escaseaban como el trigo en año de sequía, y su número llegó á ser tan corto que un ciudadano de pudor y sanas costumbres, parecía al poeta milagro semejante al niño que

nace con miembros dobles, á las mulas en estado de preñez, á los nubarrones lloviendo piedras, ó á un río cuya corriente desembocara en el mar, ondas de leche ensangrentada. En torno de las figuras principales sobre quienes derrama toda la bilis que su hígado segrega, y á quienes cubre de ignominia y vilipendio con los ultrajes que le dictan la cólera y el aborrecimiento, bulle, se agita y hormigüea el tropel de los clientes pisoteándose y estrujándose en el vestíbulo del patrono, al comenzar la distribución de la espórtula: los griegos intrigantes que se deslizan más adentro, comienzan á servir como maestros, luego se imponen como consejeros, y acaban por dominarlas como señores, gracias á la flexibilidad de su espinazo y á las agudísimas lisonjas con que conquistan la voluntad de sus imbéciles amos: las mozueltas de Siria, entregadas á la prostitución en las cercanías del circo, y mezclando los hedores del tugurio al vaho de la sangre de las fieras y los hombres que caen en la trágica lucha; y las parejas de bailarinas gaditanas que regocijan los postres del banquete, y provocan la lascivia de los viejos agotados y las mujeres histéricas con las contorsiones incitantes de las caderas: los jndíos miserables, supersticiosos y agoreros, vendiendo sus profecías á las mujeres del pueblo, por el precio que las gitanas de nuestro tiempo venden al primer desconocido la buena ventura; y el populacho soez y desocupado, siempre amigo de peligrosas novedades que le permitiesen pescar á río revuelto, aclamando con los mismos vítores á Tito que á Domiciano, y pidiendo á voz en cuello, pan que mitigase su hambre y espectáculos del circo que divirtiesen su ociosidad. En presencia de tanta desolación y podredumbre por fuerza había de clamar hasta romperse los pulmones, el ciuda-

dano amante de su patria que rindiese tributo á los fueros de la verdad y las imposiciones de la justicia: por fuerza había de creer que sus antepasados fueron malos, que sus contemporáneos eran mucho peores, y que éstos habían de engendrar descendientes aun más corrompidos, que apestasen como la inmundicia de las cloacas, y arrojasen á la faz del pueblo los miasmas que habían de aniquilarlo en una consunción lenta, cruel y enloquecedora.

El lujo de la mesa

Para completar este cuadro ya harto recargado de sombríos colores, vamos á detenernos un momento en el examen de las sátiras quinta y undécima que ponen de relieve la profusión de los banquetes, y en seguida examinaremos las que nos dan cuenta de las relajaciones sexuales, que pusieron en peligro de extinguirse el fuego sagrado del hogar doméstico, á despecho de las leyes que castigaban con rigor los abusos de la mesa y los delitos contra la honestidad, capaces de reducir el matrimonio á la categoría de las instituciones viejas é inservibles, para satisfacer el ansia de deleites que era el norte á donde enderezaban su proa los navegantes de aquel mar revuelto y proceloso.

La glotonería romana fué tan insaciable como su ambición. No contenta con dominar el mundo, quiso devorarlo, poniendo á contribución los golfos y las costas, los campos y los bosques, para alimentar sus viveros de agua dulce y salada, sus parques de aves indígenas y extrañas, y sus jardines de aclimatación donde á fuerza de dispendios se producían los frutos de los más opuestos climas. Lúculo, Hortensio, Filipo, Orata y Licinio, se hicieron célebres en los anales gastronómicos, y se

vanagloriaban de su inventiva de platos desconocidos, tanto como de su elocuencia, sus triunfos y sus honores; pero sobre todos estos héroes de cocina descuellan, como gigantes, el mísero y frugal Apicio, contemporáneo de Augusto, que en pocos años devoró una fortuna de novecientos millones de sestercios, y cuando en el arca exhausta sólo le quedaban unos diez, se suicidó filosóficamente, creyendo que no valía la pena una vida que había de estar en adelante sujeta á las más negras é insufribles privaciones; y el feroz Vitelio que derrochó su inmensa fortuna en las cuatro ó cinco comidas diarias insuficientes á su estupenda voracidad, siempre renovada merced á los continuos vomitivos con que quedaba en disposición de recibir, como si no se hubiese desayunado, nuevos y apetitosos manjares. Cuenta Suetonio que no bastándole sus tesoros, se hacía invitar por los particulares, y cada invitación les costaba sumas tan enormes, que hubieran podido levantar á su antiguo lustre una casa arruinada. En el banquete que le ofreció su hermano, el día de su victoriosa entrada en Roma, se sirvieron dos mil peces exquisitos y siete mil aves; pero lo que más asombro produjo, fué la presentación del famoso plato llamado El escudo de Minerva, compuesto con sesos de faisanes, hueva de lampreas, hígados de escaro y lenguas de flamencos; y es de suponer, aunque no lo diga el cronista de los Césares, que en vinos, entremeses, frutas y pastas, la profusión y la esplendidez fuese tan desatinada como en los platos de que se conserva memoria. A tales principios tales fines: en la hora de la desgracia, solo tuvo Vitelio dos amigos fieles, su cocinero y su panadero; los dos ministros más importantes de su efímero y cruel principado. Al tenor de los emperadores se

trataban los magnates y ninguna comida les parecía tan á propósito como la cena, para hacer ostentación de su riqueza y fastuosidad.

No creemos pecar de extemporáneos, puesto que nos dirigimos al común de los lectores y no á un círculo de eruditos, inteligentes en antigüedades romanas, dar una idea general de los cenadores y las viandas por las que se mostraba mayor predilección. La mesa tenía tres lados en recuerdo de las tres gracias, con tres asientos en cada uno que completaban el número de las musas. Cuando eran más los convidados se multiplicaban los lugares siguiendo la proporción ternaria. Los anfitriones que por sus caudales podían dar rienda suelta á la vanidad, desplegaban un lujo deslumbrador en mesas de cidro, más estimado que el oro, con pies de marfil; fuentes de plata cincelada, vasos murrinos de precio fabuloso, copas con incrustaciones de esmeraldas y otras ricas piedras, lechos de bronce con adornos de oro y nácar, cojines de blandas plumas, colchas de lana teñidas de púrpura, mosaicos que reproducían en el suelo los mangers del festín, y techos que se entreabrían y derramaban sobre los comensales una lluvia de flores y esencias, á fin de que sus vivos perfumes neutralizasen los efectos del vino, siervos lindos y juvenuelos que lavaban los pies y las manos de los invitados con aguas aromáticas, y ceñían á sus cabezas frescas guirnaldas; danzas de mujeres medio desnudas, equilibrios de funámbulos, luchas de atletas y hasta combates de gladiadores; cuanto podía exigir el capricho, soñar el orgullo y realizar la opulencia, para dar al olvido tristezas y pesares con la copa en la mano, hasta que el nuevo sol les invitaba á fantasear y reproducir en el sueño las deliciosas impresiones de un festín digno de

los númenes que se alimentan de ambrosía, y apuran el néctar que les sirve el hermoso Gamfmedes.

Al lujo y esplendidez de los cenadores correspondía lo succulento y peregrino de las viandas, las aves y los mariscos, las carnes y los pescados frescos, los dulces y los vinos añejos y estomacales, que apuraban mezclados con agua tibia ó fría, y en cuya mezcla fué algunas veces disimulada la ponzoña mortífera, con que príncipes cobardes y asesinos se desembarazaban de presuntos sucesores, cuando necesitaban envolver la muerte en las sombras del misterio, por los inconvenientes y alteraciones que ofrecía el decretarla en justicia, faltando los fundamentos á la acusación y motivos á rigor tan despiadado. Era muy poco frecuente la vaca ni el carnero de que tan enorme consumo se hace en la actualidad: pero muy solicitado el ánade, el flamenco y el tordo cebado; el pavo real que hoy es el encanto de los ojos, servía entonces de recreo de la vista y placer al estómago: la grulla, aunque de sabor poco grato, se la apreciaba mucho por la dificultad de su caza, y hasta la cigüeña, que tanto respeto nos inspira, se vió asaltada en su nido, sin consideración á los grandes servicios que presta al labriego en la policía de los campos. En punto á carnes las liebres y los cabritos, sobre todo los de Ambracia, el jabalí y el puerco servido en cien guisos diferentes. En el artículo de pescados privaban las murenas, las doradas, las langostas, los sollos, los salmonetes y los rodaballos, uno de los cuales costó á Crispino seis mil sestercios; y las costas de Italia se veían llenas de criaderos de sabrosos mariscos, siendo entre ellos la reina y señora la ostra, que aún no ha renunciado á inaugurar con su pulpa estimulante el prin-

cipio del festín. A los postres servíanse raras golosinas, pasteles y dulces, frutas de todas las regiones que se aclimataban en los invernaderos, y ensaladas compuestas con la lechuga y el berro, la malva y las hojas del lampazo. Tras la hartazón la borrachera, el juego, las pantominas y otras diversiones, ya artísticas, ya brutales, según los instintos y la cultura del anfitrión. Los dados se encargaban de designar al rey de las copas, *rex convivii*, que presidía esta última y peligrosa escena de la comedia gastronómica. Apurábanse sendos tragos á la salud de ausentes y presentes, á la del emperador y los jefes del ejército, y si los brindis se dedicaban á la mujer adorada, debíase de vaciar tantas copas cuantas letras tuviese su nombre, como lo afirma Marcial: (Ep. 72 lib. I.) «Brindemos tres copas á Ida, cuatro á Lide, cinco á Licas, seis á Naevia y siete á Justina»; y brindando, charlando, disputando, jugando y riñendo, les sorprendía el amanecer con la bolsa vacía por la suerte adversa de los dados, ó con la cabeza rota por las broncas y pendencias que surgían de repente y convertían el cenador en un verdadero campo de batalla.

Como el lector podrá comprender, estas fastuosidades sólo se las permitía un corto número de potentados; pero despertaban los apetitos de la plebe, y hasta los mismos esclavos rechazaban con asco la comida que en otro tiempo hubiese bastado á satisfacer la necesidad de un patricio, recordando el delicioso sabor de la ubre de la puerca con que se regalaban á menudo en la hostería.

Juvenal combate tan locas dilapidaciones en la sátira undécima una de las menos sarcásticas, con el ejemplo de la cena frugal que dispone en obsequio de su amigo: en la cuarta con el extracto de la sesión culinaria abierta en el palacio de Domiciano, y

en la quinta, una de las más irónicas y entretenidas, describiendo las angustias y trasudores del parásito Trebio en la mesa del insolente Virrón. Para explicarnos satisfactoriamente la escena, es preciso estar en autos de ciertas particularidades sobre el papel de los comensales, que ocupaban los ínfimos lechos del triclinio. No todos eran previamente invitados: algunos hambrones se pegaban á éstos, sin haberlo sido directamente, y se les llamaba sombras, *umbræ*, con graciosa propiedad: otros recibían su invitación á título de ocurentes y dicharacheros, *derisores*; y estaban en la obligación de saber los chismes de actualidad palpitante, contar picarescas anécdotas, acribillar á chistes á los enemigos del anfitrión, tener siempre la respuesta preparada en la boca, y divertir con sus bufonerías á los presentes: acaso de este tipo hayan quedado vestigios en nuestra edad. Había otra tercera clase, la más triste y desconsiderada, la de los cabezas duras, *duricapitones*, que pagaban su costa á trueque de hartar el vientre, sufriendo mansos y resignados humillantes improperios y bochornosos tratamientos. Los ricos necesitaban una víctima de sus genialidades. Azotar á un esclavo ó estamparle el plato en la cara, eso podía hacerlo cualquiera, y se hacía con demasiada frecuencia; lo que tenía realmente gracia, lo que todos celebraban con sonoras carcajadas, era ver á un ciudadano con la cabeza descalabrada, por la fuente que esperaba le sirviesen los esclavos, para acallar los gritos de su estómago, y contemplar como se limpiaba con la servilleta las lágrimas y la sangre, mientras se reían los demás de su aspecto tan mohino y cabizbajo como si acabase de enterrar á una persona querida. No es extraño que la clase tan maltratada de los *duricapitones* fuese disminuyendo poco á

poco, á fuerza de ultrajes, y llegase á desaparecer del escenario de la buena sociedad; ni tampoco que Juvenal, enemigo de toda bajeza y humillación, se disparase en la sátira de los parásitos, contra los que soportaban tamañas injurias forzados por el hambre, y que encontrase más honroso estacionarse sobre un trozo de estera en un camino ó un puente transitado, y hasta recoger los mendrugos de pan que se arrojan á los perros, antes que soportar las impertinencias de un patreño burlón y las jugarretas de sus siervos desvergonzados.

¡Y qué cena la del infeliz Trebio! Danle un vino ordinario que ni aun para desengrasar la lana sirve, mientras Virrón paladea el trasegado en la época de los antiguos cónsules, ó el licor de la uva cogida durante la guerra social, si ya no se regala con el de Alba ó de Setia, cuya edad ha borrado el tiempo de los viejos toneles, empuñando la copa de ámbar guarnecida de brillantes, á cuyos bordes no han de llegar jamás los labios del despreciable parásito. Sirven al amo la blanca langosta rodeada de tiernos espárragos, el purpúreo salmonete de Córcega, la rica murena de las costas de Sicilia, los hígados del ánade, la gallina asada, las trufas de Africa y las manzanas que parecen cogidas en el jardín de las Hespérides; y Trebio tiene que clavar el diente en el camarón guisado con medio huevo, la anguila semejante á una culebra, el sollo cebado con la inmundicia de las cloacas, los hongos tan sospechosos como el que preparó á Claudio su criminal esposa, y las manzanas medio podridas que roen los reclutas ocupados en lanzar los dardos bajo la disciplina del brutal centurión. ¿Qué más?, hasta el agua y el pan son diferentes; y desdichado de Trebio, si fingiendo un momento de distracción, echa mano á los canastillos de pan tierno y candeal

reservado para bocas de más fino paladar; pues se arriesga á los apóstrofes y golpes de los siervos, y á que le hagan renegar de la hora en que dejó el lecho de su esposa, para correr á la salutación de un patrono sin entrañas, cuyas burlas y libertades le enseñan á cuánto puede atreverse la autoridad indiscutible de las riquezas.

La que escribió sobre el lujo de la mesa es una severa amonestación encaminada á que cada cual atempere sus gastos á la medida de su bolsa, si no quiere acabar en la carcel por sus estafas, ó comer el pan de los gladiadores y jugarse la vida en la arena, como único medio de sustentarla, mísera é ignominiosamente, por haberse tratado antes con un fausto que no consentía la cortedad de sus rentas; y predicando con el ejemplo, expone el *menú* con que trata de obsequiar á su amigo en los siguientes versos:

«Tendrás un gordo cabrito del campo Tiburtino, el más tierno del rebaño, que no haya aún pacido la hierba ni mordido las ramas del humilde sauzal, y fluya más leche que sangre de su cuerpo, ederezado con los espárragos silvestres que la labradora recoge en el monte, después de abandonar el huso y la rueca; y no faltarán los grandes huevos calentados en el heno que los guarda, la gallina que los ha puesto, las uvas conservadas buena parte del año tan sanas como si pendieran del sarmiento, las ricas peras de Siria y Sigmia, y en los mismos canastillos las manzanas olorosas émulas de las del campo Piceno, y nada nocivas al estómago por haber perdido sus jugos indigestos con el frío del invierno. Esta cena ya hubiese parecido un banquete á nuestros antiguos senadores».

*De Tiburtino veniet pinguisimus agro
 Haedulius et toto grege mollior, inscius herbae,
 Necdum ausus virgae humilis mordere salicti,
 Qui plus lactis hobet quam sanguinis, et montani
 Asparagi, posito quos legit villica fuso.
 Grandia praeterea tortoque calentia foeno
 Ova adsunt ipsis cum matribus, et servatae
 Parte anni, quales ferunt in vitibus, wae;
 Signinum Syriumque pyrum, de corbibus isdem
 Aemula Picenis, et odoris mala recentis.
 Nec metuanda tibi, siccatum frigore postquam
 Autumnum et crudi posuere pericula succi.
 Haec olim nostri jam luxuriosa senatus
 Coena fuit.*

Después divertirán las horas, no menudeando las copas hasta caer ebrios por el suelo, ni en el juego peligroso de los dados, donde los amigos se desvalijan como salteadores, ni en las danzas provocativas que soliviantan las pasiones dormidas, sino en pláticas útiles y sabrosas, en la lectura de los poemas de Homero y Virgilio, en aquellos esparcimientos, en fin, lícitos y honestos, que les dejen en el alma recuerdos indelebles de alegría y satisfacción; porque la templanza es el mejor condimento de todos los placeres.

La disolución

De buen grado renunciaríamos al examen de los cuadros de la disolución que ofrecen las sátiras (II y IX) de los hipócritas y pederastas, y la sexta que es una exposición universal de las flaquezas, debilidades, astucias, desenvolturas, fechorías y atrevimientos de las mujeres, que convirtieron el hogar doméstico en un burdel ó un campo de batalla, donde casi nunca salía bien librado el jefe de la familia. Sus pinturas son de un realismo tan crudo, que hoy apenas serían tolerables en esos libejos pornográficos ocultos en las papeleras de los colegiales, que los leen á hurtadillas, para estimular, con la desnudez de sus láminas y las procaçidades de su estilo, una sangre pronta á alborotarse á la menor provocación; pero sí la naturaleza del asunto las hace un tanto peligrosas por lo obscenas y atrevidas, acaso muy pocas las aventajan en la agudeza de los chistes, el rigor de los sarcasmos, el personalismo de los caracteres, la verdad de las descripciones, y los saludables antídotos con que acude inmediatamente á borrar la dolorosa impresión causada por la pintura de tantas obscenidades.

Con ceño airado se revuelve en ellas contra los

transgresores de la ley de la generación, y contra los númenes que permanecían impenetrables ante los estragos de crápula tan horrorosa, sin vibrar el rayo ni blandir la lanza que derribase á los descendientes de aquellos pastores latinos, en quienes fueron tan naturales la honradez y el valor, como la honestidad y la continencia en sus respectivas esposas. El himno del amor que entonan las aves en el aire, los peces en las olas, las fieras en los antros, los insectos en las flores, y las flores en las ramas; el amor que rinde la fortaleza á la ternura, haciéndola capaz de sorprendentes sacrificios por la salud de los vástagos que engendra su unión venturosa; el amor que renueva la vida sobre el planeta, sustituyendo la decrepitud vieja y cascada que mira al sepulcro, por los ardores juveniles, lozanos y exuberantes, que se ríen de la muerte, el amor que funde los cuerpos, identifica las almas, y somete las voluntades á un yugo tan placentero como imperioso, que es la fianza de la inmortalidad de la especie, y aun del individuo reproducido en ella con gotas de su sangre, ideas de su mente, vibraciones de sus nervios y potencias de sus músculos; ese amor, según Juvenal, apenas si se le conocía en las cabañas de los bosques y en las aldeas arrinconadas donde, el trabajo duro, la frugalidad de la alimentación, y la ingenua sencillez de las diversiones, como otros tantos frenos, contenían á sus toscos habitantes, en la carrera loca y vertiginosa á que se arrojaban los que vivían en las grandes poblaciones, y sobre todo á los romanos que en punto á lascivia y afeminación no quisieron quedarse á la zaga ni aun de los pueblos más lúbricos y estragados.

Sus poetas elegíacos no se avergonzaban de cantar con notas tristes y quejumbrosas los desdenes

de los efebos, por los cuales olvidaban los encantos de las doncellas; y hasta el cándido Virgilio impregnó con los olores del tomillo y el cantueso, las brisas de las montañas donde resonaban las quejas y lamentos que al pastor Coridón arrancaban los desvíos de Alexis. El comercio sexual entre los hombres fué cosa tan corriente, como la aversión á la coyunda del matrimonio; y si los hipócritas taciturnos de Juvenal se esforzaban por ocultar bajo la toga la inmundicia de sus cuerpos, otros, alentados por altos ejemplos, cubrían el rostro de sus mancebos con el velo nupcial, les señalaban la dote, y los conducían á su casa con el cortejo y la pompa que acompaña á las recién casadas, á la mansión del esposo. Uno de estos absurdos é infames ayuntamientos dió motivo á la página más atroz é implacable del satírico.

«Graco entrega como dote cuatrocientos mil sestercios, no sé si á un tocador de cuerno ó de trompeta. Firma el contrato, recibe los parabienes, dispone un gran convite, y la nueva desposada se reclina en el seno de su marido. ¡Oh, próceres, necesitamos un censor ó un arúspice! ¿Te horrorizarías más ó juzgarías mayor monstruosidad, que una mujer diese á luz un becerro ó una vaca un corderillo? Hoy luce vestidos con guarniciones de seda, el que ayer sudaba conduciendo de las secretas riendas los escudos anciles. ¡Oh, Marte, padre de la ciudad, de dónde ha venido esta infamia sobre los pastores del Lacio? ¿Dónde nació esta ortiga que punza á tus descendientes? Un joven esclarecido y opulento se entrega en los brazos de otro, ¿y no agitas el yelmo, ni clavas en tierra la lanza, ni te quejas á tu padre? Vete enhoramala y abandona los tristes campos que desprecias.

—Mañana por la mañana tengo que hacer en el valle de Quirino.—Y qué tienes que hacer?—Pues sábelo, se casa un amigo y sólo admite á sus íntimos en la boda.—Como vivamos algunos años, veremos celebrarse estas uniones en público, y constar en las actas matrimoniales. Un solo tormento martiriza á los cónyuges, que no pueden dar á luz, ni retener con el parto á los maridos.

*Quadringenta dedit Gracchus sestertia dotem
Cornicini, sive hic recto cantaverat aere,
Signatae tabulae; dictum feliciter; ingens
Coena sedet; gremio jacuit nova nupta mariti.
O proceres! censore opus est an aruspice nobis?
Scilicet horreres majoraque monstra putares,
Si mulier vitulum, vel si bos ederet agnum?
Segmenta, et longos habitus, et flammea sumit,
Arcano qui sacra ferens nutantia loro
Sudavit clypeis ancilibus. O pater Urbis!
Unde nefas tantum Latiis pastoribus? unde
Haec tetigit, Gradive, tuos ortica nepotes?
Traditur ecce viro clarus genere atque opibus vir!
Nec galeam quassas! nec terram cuspide pulsas!
Nec quereris patri! Vade ergo, et cede severi
Jugeribus campi, quem uegligis. Officium cras
Primo sole mihi peragendum in valle Quirini.
Quae causa officii? quid quaeris? nubit amicus,
Nec multos adhibet. Liceat modo vivere, fient,
Fient ista palam, cupient et in acta referri.
Interea tormentum ingens, nubentibus haeret
Quod nequeunt parere, et partu reti ere² maritos.*

(Sát. II.)

En honor de la verdad, estos contratos nupciales entre varones, que hacían proferir gritos de horror á la naturaleza afrentada, eran casos aisla-

dos y rarísimos, á los que sólo se aventuraba un César omnipotente, ó algún noble desaprensivo, á quien no importase un bledo la notoriedad de su infamia; pero sin formalizar irrisoriamente el acto, ni constituir al bardaje en el sitio y honor reservado á la legítima esposa, eran tan corrientes y se habían hecho tan habituales, que casi se miraban entonces con la indulgencia con que hoy vemos salir un soldado ó un escolar de una casa de reputación sospechosa.

La turbamulta de los afeminados se esforzaba por ocultar su vileza á las miradas del vulgo, componía el rostro con seriedad ceñuda y displicente, y ornaba sus casas con las efigies de Crisipo y Cleanto, para que su aspecto taciturno fuese traducido por la melancolía del sabio que se alegra raras veces, porque reflexiona mucho y penetra muy hondo en las miserias á que vive sometida nuestra flaca naturaleza. Mas sus hipócritas apariencias no engañaban á nadie, siquiera diesen testimonio del miedo cerval que les infundía la lengua demasiado suelta del cliente convertido en pregonero de sus deleites nauseabundos. Tal se nos ofrece en la sátira novena el repugnante Névoló, con el rostro marchito, los ojos lánguidos, los pasos inciertos, y quejándose á voz en cuello de la tacañería con que recompensa sus servicios el opulento Virrón. El gañán que cava la tierra no merece tanta lástima, en su sentir, como el dedicado á complacer á un patrono avariento. Ni su juventud, ni su hermosura, ni su pujanza consiguen arrancarle de las garras de la indigencia; y eso que es el ídolo de la casa, que Virrón le mima y festeja, y su esposa le agradece el pago de los débitos conjugales que ni aun la primera noche pudo pagarle su marido, por lo cual éste se le confiesa deudor

del derecho paterno que goza y acalla con la nueva prole las habladurías de la gente.

«Así distingues (exclama Névoló) y aprecias al cliente servicial por cuya virtud ha dejado tu esposa de permanecer virgen á estas horas. Bien recuerdas cuántas veces y por cuántos medios me solicitaste, á fin de que te sacase del apuro, alucinándome con tus ofertas. ¡Cuántas veces detuve en mis brazos á tu esposa fugitiva, que había anulado el contrato matrimonial, y dispuesto con otro su enlace! ¡Cuántas veces compuse vuestras discordias trabajando esforzadamente toda la noche, mientras tú gimoteabas afuera! Testigo me es el techo de tu mansión y tú mismo que percibías la voz de tu mujer y el rumor producido por el movimiento de la cama. El adúltero estrecha en mil ocasiones el débil nudo del matrimonio, ya próximo á soltarse ó ya enteramente suelto.

¿Adónde hubieras ido á parar sin mi socorro? ¡Pérfido, ingrato! ¿así estimas en su valor el que por mí te hayan nacido un hijo y una hija? Tú los educas, y te enorgulleces de probar en los libros del registro los argumentos de tu virilidad.

Cuelga coronas en las puertas, ya eres padre, ya te he dado hijos que acallen la maledicencia. Por mi gozas el derecho paterno y puedes ser instituído heredero y recibir los legados completos, sin excluir la parte del fisco, á cuyas ventajas se te agregan otras más positivas, si consigo hacerte padre de tres hijos».

*Verum, ut dissimules, ut mittas cetera, quantum
Metiris pretio, quod, ni tibi deditus essem
devotusque cliens, uxor tua virgo maneret?
Scis certe quibus ista modis, quam saepe rogaris,*

*Et quae pollicitus. Fugientem saepe puellam
 Amplexu rapui: tabulas quoque ruperat, et jam
 Signabat; tota vix hoc ego nocte redemi,
 Te plorante foris. Testis mihi lectulus, et tu,
 Ad quem pervenit lecti sonus, et dominae vox.
 Instabile, ac dirimi coeptum, et jam paene solutum
 Conjugium in multis domibus serravit adulter.
 Quo te circumagas? quae prima aut ultima ponas?
 Nullum ergo meritum est, ingratae ac perfide, nullum,
 Quod tibi filiolus vel filia nascitur ex me?
 Tollis enim, et libris actorum spargere gaudes
 Argumenta viri. Foribus suspende coronas,
 Jam pater es: dedimus quod famae opponere possis:
 Jura parentis habes, propter me scriberis haeres,
 Legatum omne capis, nec non et dulce caducum.
 Commoda praeterea jungentur multa caducis,
 Si numerum, si tres implevero.*

(Sát. IX.)

Este derecho *jus trium liberorum* concedido por la ley Papia Popea á los padres que tenían tres hijos en Roma, cuatro en Italia y cinco en las provincias, les eximía de las cargas públicas, y les hacía aptos para recibir toda clase de herencias, prefiriéndolos en los altos puestos y distinciones á los que no ostentasen el título de la paternidad, y á los célibes que dejaban resbalar los años sin doblar la cerviz al yugo amoroso.

Desde las postrimerías de la república, la despoblación amenazaba convertir la península itálica en un desierto. El lujo retraía á los hombres del matrimonio, y las contiendas intestinas y las proscripciones antipatrióticas de los triunviros fueron tan lamentables por las existencias que segaron, como por los nacimientos que impidieron, arrancando la juventud de los brazos del amor sano y

fecundo, para arrojarla á los disturbios y las aventuras peligrosa, donde el que no perdía la vida, perdía la cabeza, y se habituaba al desorden incompatible con el sosiego y la tranquilidad del hogar. César y Augusto, previendo las funestas consecuencias de la disminución de la natalidad, publicaron atinados decretos que atajasen el mal; pero las leyes son impotentes á crear las buenas costumbres, y acaban desautorizándose á sí mismas, ya vencidas por el interés, ya capciosamente interpretadas por la malicia. Suetonio, que fué poco feliz con su mujer, no sabemos si por no congeniar los caracteres ó por la falta de prole, obtuvo del gran Trajano, mediante la recomendación de Plinio, este precioso derecho, y los que no tenían tan influyentes valedores en la corte, y esperaban la próxima defunción de parientes acaudalados, y sabían que la esterilidad de sus esposas era el resultado de su impotencia ó sus excesos, acudían sin reparo al expediente de entregarlas á un siervo de confianza ó á un amigo servicial. A veces el mismo bardaje era el encargado de llenar esta misión indecente, ya para que la esposa en un raptó de furor no desgarrase los velos nupciales, y publicase á gritos la inutilidad de su marido, ya para aprovechar los beneficios de la ley, y pavo nearse con el honor de una descendencia adulterina.

Y si tales eran los hombres, quede á la consideración del discreto lector cuáles serían las mujeres. Siguen éstas por su flaca condición la suerte de sus padres y maridos, y con la misma facilidad toman de maestros tan cercanos y que tanto les interesan, los ejemplos buenos como los dudosos y aun detestables. La mujer del labriego, forzada por la dura necesidad á tomar parte en las faenas

agrícolas, para que no caiga todo el peso del trabajo sobre los hombros del marido, y le aplaste con la carga superior á su resistencia, la mujer que ve en sus convecinas esposas honradas y fieles, madres amantes y administradoras económicas de la pobreza de la casa, es muy difícil que se deje llevar por los relumbrones del lujo ó los alicientes de la liviandad que en su corazón aborrece; pero la que nace en el bienestar y la opulencia, y desde el claustro materno pasa á los brazos del ama, y luego al cuidado de una servidumbre que la mimó y regala; la que entreabre sus sentidos á la malicia con una precocidad anticipada á los años, la que á pedir de boca realiza sus insensatos caprichos, y, sin darse cuenta, muestra á todas horas una voluntad más virgen que la de su cuerpo, todavía no completamente formado, la que duerme en lechos blandos y suaves que invitan á la voluptuosidad y á entretener los momentos del descanso en perezosos extravíos, mientras ignora las santas leyes del deber, la sumisión, el trabajo y el sacrificio, milagro será, llegado el momento crítico en que la crisálida rompe su capullo y se echa á volar, que no mancille la pureza de sus alas, y no se convierta en una de tantas como han sido el baldón de sus padres, y la desgracia del joven que, seducido por su belleza ó alcurnia, las condujo al tálamo de Himeneo con la esperanza de una eterna felicidad. El ambiente del pudor que se respira en el seno de una familia modesta, honrada y cariñosa, conviértese en aire mefítico y letal que envenena la sangre y mata los afectos más puros en las casas opulentas, donde el padre tira por un lado, la madre por otro, y ambos se denigran recíprocamente con inculpaciones tan graves como merecidas, que despiertan en los hijos

el afán de imitar á sus progenitores, si ya no les aventajan, creyendo obra meritísima el poner en práctica las lecciones en su escuela aprendidas.

Juvenal, que admite de buen grado el pudor en las primitivas romanas, ingenuas y montara-ces, cree también que esta virtud huyó al cielo acompañada de la justicia, en el momento que las costumbres griegas y el lujo de los asiáticos comenzaron á inficionar los antiguos hábitos de templanza y laboriosidad.

Sus relaciones con las mujeres de aquel entonces le permitieron conocerlas á fondo, y desde luego se echa de ver que no escribe de memoria, sino que pinta con la frase lo que la realidad ha grabado en su retina. La violencia con que las ataca prueba que las amó tal vez demasiado, pues el que habla de ellas con mayor resentimiento suele ser el que antes las profesó amor más hondo y entrañable, que si de lo sublime á lo ridículo hay sólo un paso, de la inclinación al odio se puede saltar muy bien por una sonrisa desdeñosa, ó una palabra mortificante. Hasta consideramos muy posible que extremase la acusación vengando en ellas agravios personales, que echaban leña al fuego de su iracundia harto soliviantada por otros motivos. Así parece desprenderse del rencor con que las persigue, y la burla con que sazona el relato de sus deslices y extravagancias, cuando no se muestra cruel, porque el delito no consiente el exceso de la severidad. No le aplaudimos encono tan desahorado ni el hecho de ofrecernos revueltas y confundidas en el mismo tropel, á criminales sin entrañas y descocadas meretrices, con niñas mal criadas ó necias impertinentes; mescolanza que nos causa el pésimo efecto de ver en el mismo penal, aunque extinguiendo diferentes condenas, al la-

drón, al secuestrador y al asesino, confundidos con el joven que por imprudencia ó arrebató, incurrió en la primera falta castigada por las leyes. En este punto fueron más discretos sus imitadores castellanos. El gran Quevedo, con ruda aspereza que no excluye la burla maligna ni el equívoco escaabroso, ataca á las mujeres por su sensualismo; Jovellanos, con menos gracejo y mayor amargura, las reprende por su inclinación á las modas extranjeras, los vestidos de colorines y los ridículos perifollos que cuestan un sentido, y les obliga á dar frecuentemente con toda su honestidad al traste. Y Vargas Ponce, el más festivo y humorístico de los tres, no se subleva, no declama con énfasis, no echa mano á la caja de los truenos ni las asusta con sus roncos estampidos, pero les saca á colación sus zalamerías, pretensiones, intrigas, antojos, despilfarros, arrogancias y sensiblerías, sin dejarse en el tintero ni una sola de las macas y lindezas, que las hacen tan impertinentes como peligrosas en el hogar donde reinan con absoluto poderío.

Juvenal, que les abrió el camino, lo recorrió todo sin experimentar fatiga ni postración; y deja el pozo tan agotado, que mal año para el que pretenda sacar una sed de agua que calme su fiebre de originalidad. Reprende con dureza, se burla con desenfado y castiga con rigor implacable, según la categoría de las culpas que caen bajo el tribunal de su justicia, pocas veces templada por la dulzura ni la misericordia. No le detiene la debilidad del sexo, pues creyéndolas débiles para el esfuerzo, las halla muy animosas al emprender empresas descabeladas que lisonjeen su vanidad ó satisfagan su lascivia. Ni fía en su honradez, ni admite que puedan contribuir á la ventura del que les entrega su corazón, porque se gozan en ator-

mentar al que afectan querer como locas, aburriéndole y desesperándole siete veces al día. Cuando le hablan de una doncella intachable que vive en la granja paterna, con tal recato que la maledicencia se reconoce á su vista vencida, lo achaca á falta de ocasión, y la invita á trasladarse á Roma ó cualquier aldea vecina, seguro de que su pudor agreste se ha de humanizar pronto al influjo de las dádivas, que así quebrantan las peñas como las más rijosas enterezas. Si le traen á cuento una matrona que con su gracia y hermosura és la delicia del esposo que se mira en ella como en el espejo de toda perfección, sonríe maliciosamente y espera á que su rostro pierda la tersura y sus labios el fuego que los enciende, para ver la antorcha del amor convertida en la tea de la discordia que ilumine los preparativos del divorcio, única manera de acabar las reyertas matrimoniales. Ni aun á la nobilísima madre de los Gracos, hermosa, rica, arrogante y honesta, le tolera un poco de orgullo por sus hijos, que eran los ídolos del pueblo, y por sus ascendientes que eran la gloria de las armas romanas. Y si con tal desconsideración trata á tan egregia patricia ¿á quién había de guardar mayor miramiento? ¿Acaso á la Lesbia sentimental de Catullo, á quien la muerte de un pájarillo inundó de llanto los lindos ojuelos?

Así al tener noticia de que su amigo Póstumo reúne los testigos, disponiéndose á firmar el contrato del desposorio, intenta retraerle por todos los medios de doblar su cuello humildemente al cabestro marital, y le da en los ojos con el cuadro de las infidelidades y torpezas de matronas y doncellas, que habían convertido el hogar en un teatro donde se representaban las escenas menos edificantes ni consoladoras. Allí las sorprende, con-

sumidas por el fastidio que engendra la ociosidad, acariciando proyectos atrevidos que dulcificuen sus negras horas, arrojándose ciegas, frenéticas y ardorosas en los brazos de sus amantes, convirtiendo el tálamo de los lícitos y castos amores en el sucio lecho de la mancebía que multiplica sus goces á fuerza de lubricidades, y dando muestras de una resistencia inesperada que desmiente su proverbial delicadeza, hasta que las rinden como muertas los espasmos desfallecedores del placer agotado. Allí aparece Tuscia abrasada de lujuria cuando Batilo representa la pantomina de Leda, mientras Apula respira tan sofocada como si la ahogasen los brazos de su amante, y Timele aprende lo que ignoraba en los ágiles y provocativos movimientos del bailarín. Elia, enamorada de un cómico que sólo corresponde á las insinuaciones de las matronas opulentas. Hispula regodeándose con un actor trágico, y Laufela que provoca á las más renombradas meretrices consiguiendo el premio de la lubricidad, que muy pronto ha de ceder á la bestial Medulina, concedora de posturas y ademanes capaces de resucitar la lascivia del anciano Príamo ó el sesudo Nestor.

Pero entre todas descuella la noble Hipia, de cuya escapatoria con un gladiador traza el siguiente relato:

«Hipia, la esposa de un senador, huye en compañía del matachín Sergio, á Faro, las bocas del Nilo y la ciudad famosa de Lago, sublevando á la misma Canopo contra el libertinaje de Roma. La perversa ahoga el recuerdo del hogar, del marido, la hermana y la patria; abandona sus llorosos hijos, y, llenate de admiración, se priva de los juegos y las representaciones del cómico Paris. Aunque de niña habíase criado en la opulencia y recl-

nado su cuerpo en colchones de pluma y asientos de ricas telas, desprecia los peligros de la navegación, como antes despreció la fama; cuya pérdida es cosa de poco valor para matronas de su catadura, y desafía las olas del Tirreno y las alborotadas del Jonio, sin que arredren su ánimo brioso las borrascas de tantos mares.

Cuando la causa del peligro es justa y honrada, tiemblan, el pavor les hiela el aliento, y no aciertan á sostenerse en las trémulas plantas; pues sólo tienen osadía para las hazañas emprendidas por la liviandad. ¿Lo manda el marido? ¡Oh!, entonces qué cosa tan dura es embarcarse, y aguantar el olor de la sentina y las náuseas por el mareo provocadas. La que sigue al adúltero en cambio tiene estómago para todo. Aquella vomita sobre el esposo, ésta come con la chusma, anda por la popa y se divierte manejando los recios cables.

Y decid: ¿Qué hermosura trastornó los sesos de Hipia? ¿Qué juventud la hechizó? ¿Qué singulares dotes la arrastraron á la afrenta de ser llamada la gladiadora? Porque Sergiolo ya comenzaba á raerse la barba más abajo de la nuez y esperaba su jubilación con un brazo de menos: su rostro era además extremadamente feo, tenía la frente aplastada por el yelmo, un tumor grueso en mitad de la nariz, y los ojos siempre cubiertos de legañas. Mas era gladiador y eso le hacía tan hermoso como Jacinto, eso fué lo que aquella vil mujer antepuso á sus hijos, su hermana, su patria y su esposo. Le gustan los matones. Cuando este mismo Sergio se retire del oficio le parecerá otro Veyentón».

*Nupta senatori comitata est Eppia ludium
Ad Pharon et Nilum famosaque moenia Lagi
Prodigia et mores Urbis damnante Canopo.*

*Inmemor illa domus, et conjugis atque sororis,
 Nil patriae inuulsit, plorantesque improba natos,
 Utque magis stupeas, ludos Paridemque reliquit.
 Sed quanquam in magnis opibus, plumaque paterna,
 Et segmentatis dormisset parvula cunis,
 Contempsit pelagus: famam contempserat olim,
 Cujus apud molles minima est jactura cathedras.
 Tyrrhenos igitur fluctus, lateque sonantem
 Pertulit Ionium constanti pectore, quamvis
 Mutandum toties esset mare. Justa pericli
 Si ratio est et honesta, timent, paridoque gelantur
 Pectore, nec tremulis possunt insistere plantis:
 Fortem animum praestant rebus quas turpiter audent.
 Si jubeat conjux, durum est conscendere navim;
 Tunc sentina gravis, tunc summus vertitur aer.
 Quae moechum sequitur, stomacho valet. Illa maritum
 Convomit; haec inter nautas et prandet, et errat
 Per puppim, et duros gaudet tractare rudentes.
 Qua tamen exarsit forma qua capta juventa
 Heppia? quid vidit, propter quod ludia dici
 Sustinuit? Nnm Sergiolus jam radere guttur
 Coeperat, et secto requiem sperare lacerto.
 Praeterea multa in facie deformia; sicut
 Attritus galea mediisque in naribus ingens
 Gibbus, et acre malum semper stillantis ocelli.
 Sed gladiator erat; facit hoc illos Hyacinthos.
 Hoc pueris patriaeque, hoc praetulit illa sorori
 Atque viro: ferrum est quod amant. Hic Sergius idem,
 Accepta rude, coepiset Veiento videri.*

Mas no le admira tanto la desvergüenza de Hippias, como el cúmulo de ultrajes sufridos por el emperador Claudio, con una calma rayana en la imbecilidad.

«Así que la augusta meretriz se asegura del sueño de su esposo, más apasionada por el lecho de

la mancebía que por el tálamo imperial, cubre su cabeza con el capuchón nocturno, recoge su cabello de ébano en el rojo bonete, y acompañada de una esclava penetra en el caliente lupanar y ocupa su celda propia. Incontinentemente desnuda los pechos ornados de joyas de oro, y bajo el nombre de la hermosa Licisca, descubre ¡oh, generoso Británico! el vientre donde te alimentara nueve meses. Agasaja cariñosa á los que entran, les pide el dinero adelantado, se tiende de espaldas y resiste sus brucas acometidas. Cuando á las altas horas el alcahuete despidе á las rameras, Mesalina retrasa de propósito echar la llave á su aposento, sale la última, meláncolica, y aun soliviantada por el apetito de la rígida vulva, y con las mejillas pálidas y ennegrecidas por el humo de la lucerna, vuelve á palacio, cansada, mas no harta de placeres, llevando el hedor del tugurio á la cámara del César.

*Quid privata domus, quid fecerit Hippiá, curas?
 Respice rivales Divorum: Claudius audi
 Quae tulerit. Dormire virum quum senserat uxor,
 Ausa Palatino tegetem praeferre cubili,
 Sumere nocturnos meretrix augusta cucullos,
 Linquebat, comite ancilla non amplius una;
 Et, nigrum flavo crinem abscondente galero,
 Intravit calidum veteri centone lupanar,
 Et cellam vacuum atque suam: tunc nuda papillis
 Prostitit auratis, titulum mentita Lyciscae.
 Ostenditque tuum, generose Britannice, ventrem.
 Excipit blanda intrantes, atque aera poposcit,
 Et resupina jacens multorum absorbuít ictus.
 Mox, lenone suas jam dimittente puellas,
 Iristis abít: sed, quod potuit, tamen última cellam
 Clausit, adhuc ardens rigidae tentigine vulvae,
 Et lassata viris, sed non satiata recessit;*

*Obscurisque genis turpis, fumoque lucernae
Foeda, lupanaris tulit ad pulvinar odorem.*

Trozo verdaderamente épico que imitó Quevedo en aquel pasaje:

Dirásme tú, que hay muchas principales,
Y que hay rosa también donde hay espina,
Que no á todas las vencen cuatro reales,
En Claudio te responde Mesalina,
Mujer de un grande emperador de Roma,
Que al adulterio la mejor se inclina,
¿Cuándo insolencia tal hubo en Sodoma,
Que en viendo al claro emperador dormido,
Cuyo poder el mundo rige y doma,
La emperatriz, tomando otro vestido,
Se fuese á la caliente mancebía
Con el nombre y el hábito fingido?
Y en entrando los pechos descubría,
Y al deleite lascivo se guisaba,
Así que á las demás empobrecía.
El precio infame y vil regateaba,
Hasta que el taita de las hienas brutas
A recoger el címbalo tocaba,
Todas las celdas y asquerosas grutas,
Cerraban antes que ella su aposento,
Siempre con apariencias disolutas.
Hecho había arrepentir á más de ciento
Cuando cansada se iba, mas no harta
Del adúltero y sucio movimiento, etc.

En pos de las infieles que sólo escatiman sus halagos al esposo, y las jóvenes que saborean las primicias del amor antes de tomar los velos nupciales, desfilan en larga procesión la recién casada, orgullosa del ascendiente que ejerce sobre el mari-

do, arruinándole con sus exigencias de muebles, siervos, vasos murrinos y joyas magníficas para presentarse como ascua de oro á la vista de los extraños: la marisabidilla que menosprecia el idioma patrio y lo sustituye por el griego, cuyos vocablos poéticos y sugestivos son tan peligrosos como el tacto en la carne encendida por los ardores juveniles: la pleitista contumaz que escribe los alegatos y dicta al orador los argumentos, donde ha de apoyar la defensa de sus embrollados intereses: la mujer marimacho, enemiga de su sexo y discípula aventajada del maestro de esgrima, que no suelta el palo de la mano hasta completar los últimos ejercicios como el más diestro y consumado espada-chín: la celosa astuta y solapada, guardando en reserva un río de lágrimas prontas á desbordarse, y fingiéndose sabedora de los secretos devaneos del esposo, mientras el adúltero amante, escondido en la pieza contigua, depone su miedo y sonríe al ver la audacia de la reo convertida en acusadora: la borrachona que se regala á media noche con las ostras estimulantes y las copas de Falerno, cuyos vapores se le suben á la cabeza y le abrasan la sangre, hasta el extremo de no distinguir en su embriaguez si la enardece la fuerza del vino ó el ímpetu de la sensualidad: la malversadora que para asistir con la pompa exigida por su alcurnia á los juegos del circo, derrocha un capital en trajes, almohadones, criados, amigas y sirvientes, y reparte entre los atletas más apuestos y fornidos las últimas reliquias de su patrimonio; y á los pocos pasos la enamorada de las caras lampiñas de los eunucos que entretienen la voluptuosidad sin temor al embarazo pregonero de la deshonra: la apasionada por la música, sin dejar un momento el órgano ó la cítara cuajada de piedras preciosas, corrompién-

do á todas horas los oídos con sus sonatas y suspiros por el tierno citarista que la inició en los secretos del arte, y en otros mucho menos estéticos, pero mucho más divertidos: la intrépida amazona que, con la cabeza erguida y el pecho medio desnudo, se entremete en los corrillos de los hombres, discute con los jefes las maniobras del ejército, propala las noticias más estupendas sobre las alteraciones que amenazan turbar la paz en las fronteras de la Tracia ó la India, si ya no las inventa, y las comunica al primer transeunte, llenándole de asombro con la profecía de inminentes cataclismos: la rabiosa y bravía, tan predispuesta á la cólera como sorda á las voces de la compasión que, por haber turbado su tranquilo sueño el perro del vecino, manda á sus siervos apalearse al vecino y al perro, gozándose con irascible furia en los tremendos estacazos que los derrengan hasta no dejarles hueso sano: la literata esclava de las reglas del buen decir y admiradora entusiasta de Homero y Virgilio, pronta á reprender el vocablo impropio de su mejor amiga y á tachar de bestia al marido por un simple solecismo deslizado en la conversación familiar: la fanática, que rompe los flotantes hielos del Tíber en las crudas mañanas de Enero y sumerge tres veces en sus ondas la tímida cabeza, y tiritando de frío y sosteniéndose apenas en las rodillas ensangrentadas, da la vuelta al espacioso campo de Tarquino, tras la absolución de la culpa que le hizo olvidar la continencia en los días festivos consagrados á los dioses, y como si aun no hubiese cargado bastante la mano, ni agotado todos los siniestros colores de su paleta, cierra la marcha, con una conclusión tan espantosa y aterradora como la catástrofe de una tragedia, presentándonos la madre cruel y desnaturalizada, deshonra

de su sexo y baldón de la maternidad, que instigada por la sórdida codicia, propina el tósigo á sus inocentes hijos, y se vanagloria de su crimen como de una hazaña merecedora de perpetuarse en mármoles y bronces. Las consecuencias de tan brutal relajación comenzaron á sentirse bien pronto en el número de los nacimientos. El pueblo romano se devoraba á sí mismo, y con la hediondez de su libertinaje robaba á la patria cada año más ciudadanos, que le hubieran arrebatado sus enemigos siempre vencedores en las márgenes del Eúfrates ó el Danubio; y las hordas levantiscas de las fronteras, donde fermentaba perenne el espíritu de la rebelión aguzado por la venganza, podían cruzarse de brazos y esperar con la certeza de su triunfo definitivo, á que sus opresores extenuados, podridos y aniquilados, pusieran en sus manos las armas que ellos eran impotentes á manejar, para defender las águilas que sujetaban con sus garras las presas conquistadas en nueve siglos de incesantes victorias.

Estas últimas invectivas hubiesen podido, en concepto de críticos meticulosos, presentarse menos ligeras de ropa, y escandalizar algo menos al lector pudibundo; pero ¿quién ignora al presente que á los poetas clásicos latinos les era generalmente desconocida esa exquisita delicadeza de nuestros escritores, para decir las cosas á media voz y evitar que se les tache de groseros y escandalosos? Al pan, le llaman pan, y al vino, vino, sin ambages ni repulgos. Descubren la morbidez de las carnes y sus actitudes y ademanes provocativos reflejando en su estilo lo que la realidad ha grabado en su fantasía, y no es defecto del cristal, que represente desnuda la imagen que en él se contempla desnuda, ó retrate deforme el semblante notado por su

bárbara incorrección. Hoy lo entendemos de otro modo; ¿pero lo entendemos mejor? Una sutil hipocresía que pretende plaza de tributo á la decencia, nos asemeja á esas damas que se sirven del abanico para ocultar el descote atrevido con que se presentan en el baile, luciendo las sabrosas redondeces de su busto escultural; y el eufemismo delicado, el hábil circunloquio y la frase de doble sentido, autorizan los mayores atrevimientos, como se guarden por supuesto las conveniencias de la buena educación.

Conformes por nuestra parte con los progresos que en el transcurso de los siglos ha hecho el decoro de la expresión y el respeto á las costumbres, no lo estaremos jamás con aquellos que por unas cuantas frases y pinturas algo vivas, disculpadas muchas veces por la índole del asunto, chillan y vociferan contra la moralidad de un autor, que estudió con espíritu serio y reflexivo las enfermedades morales, para infundir odio al crimen y aversión al libertinaje en los corazones sanos que aun fueran capaces de responder á los saludables consejos de la experiencia y la razón.

El anatómico que consume en el anfiteatro las horas muertas, examinando nuestro organismo, no se escandaliza, no se tapa los ojos, ni los pasa lleno de rubor por determinadas partes del cuerpo, temeroso de que le inspiren sentimientos ajenos á las graves contemplaciones que le embargan; antes se afana en la disección minuciosa de las mismas, observando lleno de asombro, cómo todas convergen al desarrollo, conservación y reproducción de la humana naturaleza. Un disector de las costumbres es el poeta satírico, y forzosamente ha de estudiar los miembros sanos, y los podridos que acaban por corromperlos, emponzoñando la sangre, y

ahogando el aliento de la vida en los individuos, las familias, los pueblos y las naciones. Si así no lo hiciera, alentado por la conciencia de la propia honradez, más que su miramiento, acreditaría su temor, y nunca, los que se detienen ante el primer obstáculo, llegan á realizar empresas que la posteridad califique de memorables.

Traductores castellanos

A pesar de la gran importancia literaria y política de las sátiras de Juvenal, que las constituye en documentos preciosísimos de la historia interna de Roma, no merecieron de los humanistas y gramáticos españoles aquella predilección apasionada que tributaron á los poetas del siglo de oro; y de ahí que sean tan poco conocidas, y tan escasos y deficientes los trabajos de interpretación y versión á las mismas consagrados.

El diligente polígrafo Mayans cita una traducción de las sátiras sexta y décima, obra de don Jerónimo Villegas, prior de Cuevas Rubias, impresa en Valladolid á 15 de Abril del año 1519, por el librero Arnao Guillén de Brocar. Sus ejemplares debían ser en el siglo XVIII ya tan rarísimos, que escaparon á las curiosas investigaciones de Nicolás Antonio, y tampoco llegaron á noticia de Pellicer, pues no menciona la referida versión en su ensayo de Biblioteca de traductores.

Diego López, caballero del hábito de Alcántara, publicó más tarde en Valencia la Declaración magistral de las sátiras de Juvenal y Persio, obra de pacienzudo benedictino, en la que pone á contribución los más diestros y sagaces comentadores,

para hacer una anatomía prolija y detenida de las frases del satírico de Aquino, traduciéndolas siempre pegado á la letra, aunque no siempre con fidelidad, y deteniéndose en ellas con notas y aclaraciones á veces inútiles, á veces erróneas y pedantes; así que su lectura, de distracción instructiva y amena, se convierte en labor tan fastidiosa y cansada, que dudamos tenga nadie la constancia indispensable para seguir la vena del satírico, interrumpida á cada paso por los comentarios del intérprete, que pretende facilitar su comprensión, sepultando los áureos granos de su ingenio bajo el cúmulo de una indigesta y enfadosa erudición.

Incorre además con frecuencia en el contrasentido de parafrasear en latín los rasgos más picantes del satírico, dejándolos por un lado en la misma obscuridad, y abriendo por otro los ojos á la malicia de los entendidos en la lengua del Lacio; de suerte que por miedo al escándalo, en el primer caso resulta incomprensible, y en el segundo doblemente escandaloso.

También debemos consignar, que en la interpretación de buen número de conceptos se equivoca lastimosamente; y es lo peor, que defiende sus *lapsus* con multitud de datos y razones, tan inseguros los unos, como poco fundadas las otras, y en su consecuencia inaceptables. Si á esto se añaden sus peregrinas aseveraciones con respecto al origen de la lengua latina, según él derivada de la española, la ligereza y falta de tino con que prescribe reglas ortográficas, que el uso y la etimología rechazan abiertamente, las observaciones falsas y triviales, que si demuestran tal cual erudición, delatan un discernimiento menguado, y por último su estilo, que no se recomienda por lo elegante, ni aun por lo correcto, tendremos que confesar que

su obra es una enfática Declaración magistral, que no puede aspirar al título de fiel traducción, en el verdadero sentido de la palabra.

Después de López viene don Luis Folgueras, deán de la santa iglesia de Orense y académico de las reales de la Historia y Latina Matritense, que imprimió en Madrid á principios del pasado siglo (1817), su versión de las sátiras de Juvenal, tan desmayada, fría y monótona, que si ya no es algún bibliófilo impenitente, dudamos haya cristiano que encuentre placer en su lectura. El miramiento debido á su dignidad eclesiástica le obliga á un desmoche vandálico, suprimiendo la sátira última, por creer, con la opinión más recibida, poco firmes los fundamentos de su autenticidad; tomando igual determinación con la novena, en castigo de su obscena desenvoltura, y cercenando pasajes enteros de las restantes, temeroso de que la versión íntegra y franca no dejase bien parada su fama de sacerdote ejemplar. Conoce la Declaración magistral de Diego López, que le merece escaso concepto por su servilismo y obscuridad, y aunque se esfuerza por no caer en las faltas reprendidas en su antecesor, cae en otras más graves, al acometer la empresa de versificar su traducción, apoyado en estas especiosas razones del prólogo:

«A beneficio de este verso (el libre ó blanco), y variándole con el de once y siete sílabas, y sin desechar el consonante, cuando él de su buena voluntad se me viene á la mano, acometí la empresa de mi versión, determinado de hacerla en verso, y por ningún caso en prosa, como quiera que el volver en común y desatado lenguaje á los poetas, sea lo mismo que despojarles de lo mejor de sus galas. El poeta traducido en prosa ya no es poeta, sino autor prosaico, y esta metamorfosis es

la más cruel que avenirles puede á los hijos de Apolo. Quien así traduce confiesa que no es poeta, pues á serlo, se guardaría muy bien de no hacer prueba y alarde de su ingenio. En ruin y vergonzoso traje le presenta al mundo literario el intérprete de un poeta á quien declara en prosa. Afréntale y le desluce, robándole su ornamento favorito y el que le constituye en estado de encantador y maravilloso».

Con el mayor respeto, sea dicho de paso, disentimos de su parecer. El que siente repercutir en su alma la sonoridad de un verso bien forjado, sabe y reconoce que su efecto maravilloso nace del concepto que expresa y la forma con que se reviste, de la combinación de los sonidos en las voces, del ritmo especial de la frase poética y las modulaciones y tonos á que responden los latidos del corazón; y sabe también que al trasladarlo á un idioma del todo diferente, se volatilizan y pierden sus más delicados aromas y gracias si le queda algo del primitivo sabor. El que traduce un poeta en prosa confiesa que no es poeta, y al que le traduce en verso acontece lo propio, sin confesarlo; porque únicamente tiene derecho á reflejar en su idioma patrio con escrupulosa fidelidad, bellezas concebidas en otro distinto, y si fuese tal poeta, dejaríase llevar por su fogosa imaginación tan lejos, que acaso no se hallase en determinados momentos parentesco ninguno entre el original y la traducción. No es esta la enfermedad que padece el entendimiento del erudito deán, sino la del vulgar prosaísmo que con tanta acrimonia reprende en los demás, y sin negarle que pone nimio empeño en conservar la fuerza y concisión del texto, empeño que, dada la índole menos elíptica de nuestra lengua, le conduce á dejar en las tinieblas

pensamientos y frases que el autor pone de relieve con transparente limpieza, es de lamentar que no advirtiese cauto y desconfiado, que no eran sus condiciones las más abonadas para vestirle las galas de la versificación castellana. Escribe su traducción en verso blanco, porque no domina el consonante, ó, lo que es lo mismo, porque no sabe versificar ni tiene á su disposición los varios y opulentos recursos de la métrica castellana, por lo cual debió reducirse á papel más modesto, y abstenerse de criticar tan duramente á los que, como López y Dusaulx, tuvieron en este punto el buen acuerdo de no traducir á Juvenal en ramplones versos franceses y castellanos. Algunos ejemplos se encargarán de corroborar la certeza de nuestros asertos sobre las pobrísimas dotes de versificador del erudito Martí y Folgueras.

Léanse los siguientes de la sátira segunda que casi conservan el brío del original:

¿De dónde, ¡oh, padre y fundador de Roma!
Tanta depravación, de dónde vino
Del Lacio á los pastores? ¿Quién les pudo
Infeccionar de tan lasciva furia?
¡O, Marte!, á tus ilustres descendientes,
Varones en haber y sangre claros,
A otros varones entregarse miras,
¿Y no golpeas el morrión, ni hieres
La tierra con tu lanza ni indignado
A Júpiter tu padre te querellas?

Y compárense con estos otros tan desgraciados y vulgares:

De férula yo mismo estoy exento,

Y que dejando el mando á pierna suelta
 Durmiese á Sila amonesté en las aulas.

ó con estos otros que no tienen desperdicio:

No escribir en papel perecedero
 Es sandía ocupación, si en todas partes
 Hierve de vates. Pero cual motivo
 En el campo á correr me haya empeñado
 Del grande Arunco, si el honor, ¡oh, amigos!
 O el tiempo dejan escuchar, dirélo».

Y allá van los siguientes del mismo jaez que los
 anteriores:

Prócida no que Cumas, á Suburra
 Prefiero yo. ¿Pues qué tan horroroso
 Yermo será por cierto ó triste asilo,
 Que no sea más penoso
 Temblar en los incendios y ruinas
 De las casas frecuente, y á otros riesgos
 Expuesto hallarse de la cruda Roma,
 Y en agosto al garlar de los poetas?

No queremos molestar más tiempo al lector con
 este martilleo poético, que tal es la impresión que
 las silvas de Folgueras, producen en el oído menos
 exigente, ya que la desconfianza no le advirtió,
 que no era su estro el llamado á versificar en cas-
 tellano los exámetros brillantes de las sátiras de
 Juvenal.

También recordamos haber leído otra versión
 hecha directamente del francés, por un tal Alva-
 rez, y de la cual no diremos palabra, seguros de
 que su autor no pretendió alcanzar por ella los ho-

nores de la crítica; y don Narciso Campillo lamenta ignorar el paradero de la concluída y no publicada del docto cordobés Ramírez de las Casas Deza.

La más reciente de todas es la que dió á luz, en 1892, don Francisco Díaz Carmona, con un discreto prefacio, donde se avaloran y ensalzan los méritos relevantes del poeta; y aunque podrían oponérsele no pocos reparos, es de justicia declarar que en ella sale mejorado en tercio y quinto el Juvenal de Folgueras. El señor Díaz Carmona sabe versificar, siquiera quede vencido más de una vez en la ardua empresa de dar á sus versos la rotundidad ó la intención de los latinos, y sin arredrarle las dificultades del terceto, traduce algunos lugares con gallardía verdaderamente inesperada.

¿Quién no clama al cielo
Y á la tierra y al mar, si recrimina
Verres cual delincuente á un ladronzuelo;
Milón á un homicida, si fulmina
Clodio contra el adúltero la pena,
O bien contra Cetego, Catilina?

Versos tan briosos como estos podrían citarse muchos, y remitimos á los amantes de estos estudios al tomo respectivo de la Biblioteca Clásica, seguros que nos han de agradecer el consejo; y si todos fuesen del mismo valor, nuestras observaciones se convertirían en otros tantos desinteresados elogios: pero juzgamos tan difícil, si no imposible, el conservar los encantos y primores de la métrica latina en la castellana, que preferimos verlos vertidos en prosa, atentos á conservar el concepto, aun á costa del ritmo y la cadencia, que sólo en el idioma nativo dejan percibir sus perfumes embriagadores y deleitosos.

Traducir en verso es traducir dos veces, y si en la primera el autor pierde algunos miembros de su cuerpo, en la segunda está muy á pique de perderse todo entero, y quedar aniquilada su personalidad, ó ser sustituída por la de aquel que le viste las galas de una lengua extranjera.

FIN

ÍNDICE

AULO PERSIO FLACO

	<u>Págs.</u>
Su vida.	5
El estoicismo.. . . .	13
Fondo de las sátiras.. . . .	23
Estilo de Persio.	32
Bellezas del estilo de Persio.. . . .	41
Los lectores.	43
Los centuriones.	50
Avaros y disolutos.	54
Nerón.	59
Imitadores de Persio.	63
Juicios contradictorios sobre Persio.. . . .	72
Traductores de Persio.	76
El fragmento de Sulpicia.	79

DÉCIMO JUNIO JUVENAL

Su vida.	87
La declamación.	101
Política y filosofía de Juvenal.	114
Juvenal y Horacio.	146
Personajes satirizados por Juvenal.	165
El lujo de la mesa.	174
La disolución.	183
Traductores castellanos.	205

ERRATAS PRINCIPALES

TOMO PRIMERO

Página	Línea	Dice	Léase
19	5	tremendas	tremendos
19	13	y al	al
42	28	<i>ant</i>	<i>aut</i>
73	18	agitado	agitado
85	8	<i>fronde</i>	<i>fronte</i>
113	21	sencillas	sencillos
135	21	sazona	dora
149	33	de	que
196	6	<i>cruovis</i>	<i>cruoris</i>

TOMO SEGUNDO

Página	Línea	Dice	Léase
29	22	<i>genneruut</i>	<i>gemneruut</i>
33	13	intento	intenso
48	3	<i>fructus</i>	<i>fractus</i>
67	22	Polinuro	Palinuro
87	9	Sátira	sátira primera
92	25	dejen	dejan
109	7	realidades	realidad
110	12	dialactica	dialectica
149	29	<i>vital</i>	<i>vita</i>
159	3	can	con
163	7	<i>noc</i>	<i>nec</i>
164	10	<i>coneiptur</i>	<i>concepitur</i>

UNA PESETA EL TOMO

- Kropotkine.*—La Conquista del pan.
 › —Palabras de un rebelde
 › —Campos, fábricas y talleres.
 › —Las Prisiones.
- Guy de Maupassant.*—El Horla.
 › —La Mancebía.
- Merejkowski.*—La muerte de los dioses. (2 tomos).
 › —La resurrección de los dioses. (2 tomos).
- Mirbeau.*—Sebastián Roch (La educación jesuítica).
- Reclus.*—Evolución y revolución.
 › —La montaña.
 › —Mis exploraciones en América.
 › —El arroyo.
- Blasco Ibáñez.*—Arroz y tartana.
 › —Flor de Mayo.
 › —Cuentos valencianos
 › —La Condenada.
- Anatolio France.*—La cortesana de Alejandría (Tais).
- Wagner.*—Novelas y pensamientos.
- E. Zola.*—El mandato de la muerte.
 › —Cómo se muere.
- G. D'Annunzio.*—Episcopo y C.^a
- Alfonso DauDET.*—Cuentos amorosos y patrióticos.
- Matilde Serao.*—¡Centinela, alerta!
- Judith Gautier.*—Las crueldades del amor.
- Petronio.*—El Satiricón.
- M. Gorki.*—Los ex-hombres.
- V. Rydberg.*—Singoala.
- S. Faure.*—El dolor universal. (2 tomos).
- P. Merimée.*—Los hugonotes.
- M. Bueno.*—A ras de tierra
- Comandante * * **—Así hablaba Zorrapastro.
- V. Hugo.*—El sueño del Papa.
- León Tolstoy.*—La verdadera vida.
- E. de Goncourt.*—La ramera Elisa.
- Paul Alexis.*—Las chicas del amigo Lefèvre.
- Rider Haggard.*—El hijo de los boers.
- José Rizal.*—Noli me tangere (El país de los frailes).
- H. Sudermann.*—El camino de los gatos.
 › —El deseo.
 › —Las bodas de Yolanda.
 › —El molino silencioso.
 › —La mujer gris.
- Henry Rochefort.*—La aurora boreal.
- Pérez Arroyo.*—Cuentos é historias.
- Carlos Malato.*—Filosofía del anarquismo.
- Paul Alexis, Luis Bonafoux, Vicente Blasco Ibáñez.*—Emilio Zola: (su vida y sus obras).
- Juan Grave.*—La sociedad futura. (2 tomos).
- Schopenhauer.*—El amor, las mujeres y la muerte.
- Teófilo Gautier.*—Un viaje por España.
- Emilio Vandervelde.*—El Colectivismo.
- Ernesto Haeckel.*—Los enigmas del universo. (2 tomos).
- E. Ibsen.*—Los espectros—Hedda Gabler.
 › —Emperador y Galileo—Juliano Emperador (2 t.)
- C. Darwin.*—El origen del hombre
 › —Mi viaje alrededor de mundo: (2 tomos).
- Conde Fabraquer.*—La expulsión de los jesuitas.
- P. J. Proudhon.*—¿Qué es la propiedad?
- Voltaire.*—Diccionario filosófico. (6 tomos).
- E. Renán.*—Estudios religiosos.

Francisco Sempere y C.^a, Editores.—Valencia.

UNA PESETA EL TOMO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS

- Origen de las especies, por Carlos R. Darwin (3 tomos).
Dios y el Estado, por Miguel Bakounine.
El porvenir de la Ciencia, por Ernesto Renán (2 tomos).
La Libertad, por Arturo Schopenhauer.
Conflictos entre la Religión y la Ciencia, por J. G. Draper
Fuerza y Materia, por Luis Büchner.
El Rey, por Bjærnstjerne Bjærnson
Drama de Familia, por Jacinto O. Picón.
Moisés, Jesús y Mahoma, por el Barón d'Holbach.
Origen de las profesiones, por Herbert Spencer.
El mal del siglo, por Max Nordau (2 tomos).
Literatos extranjeros, por Angel Guerra.
El Capital, por Carlos Marx.
Luz y vida, por Luis Büchner.
La Comedia del amor — Los guerreros en Helgeland, por
Enrique Ibsen.
El tesoro de los humildes, por Mauricio Maeterlinck.
-

J. MICHELET

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Ilustrada con más de MIL grabados reproduciendo escenas de la revolución, cuadros, estatuas, retratos, estampas, medallas, sellos, armas, trajes, caricaturas y modas de la época.—Traducción y prólogo de Vicente Blasco Ibáñez.

Tres gruesos volúmenes encuadrados en tela, á 10 pesetas volumen